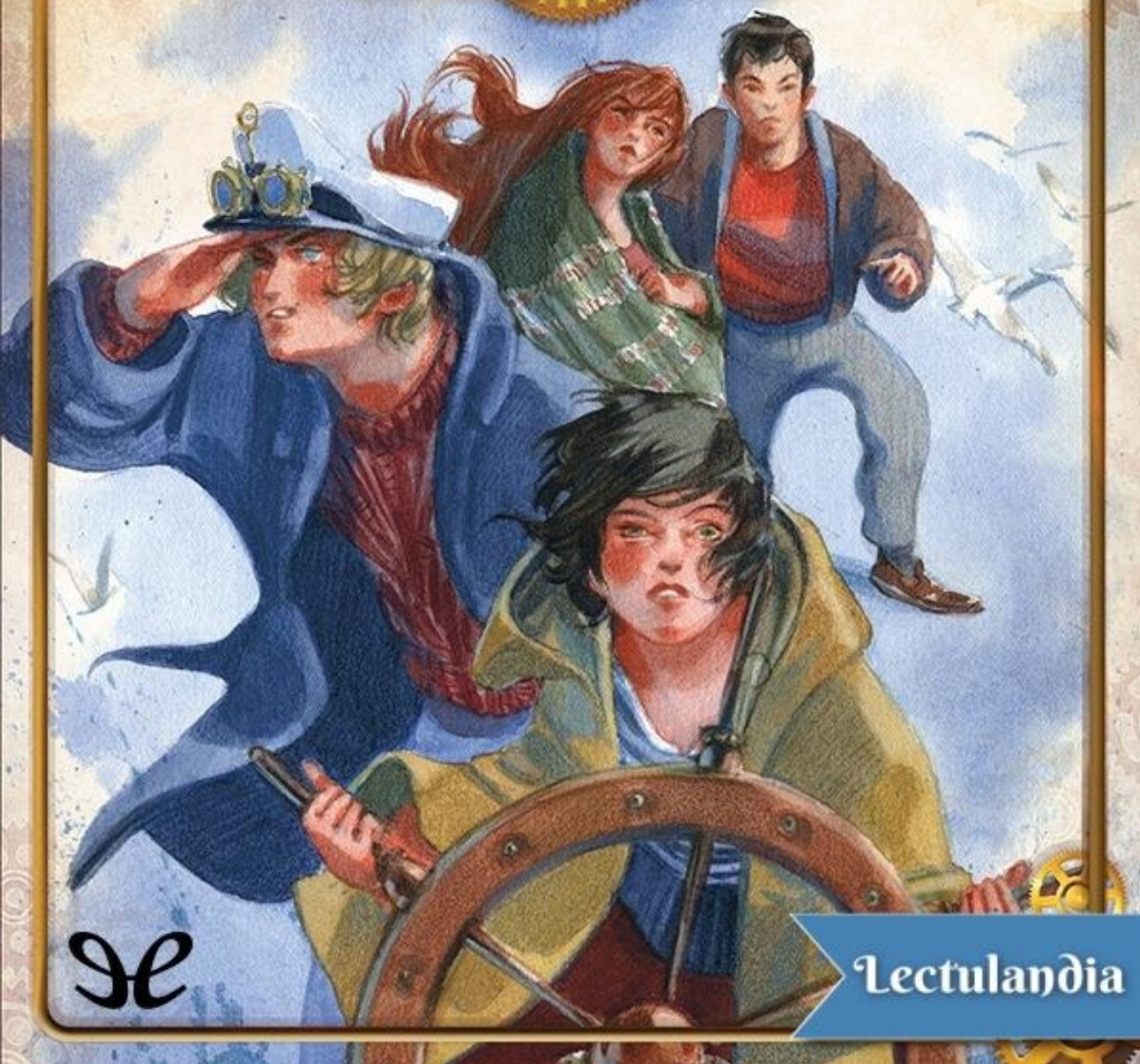


· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

UN CAPITÁN DE DOCE AÑOS



de

Lectulandia

¡Menuda suerte han tenido Jules y sus amigos al ser los elegidos para representar al colegio en la excursión a la isla de Yeu! Pero tras la euforia inicial, los problemas surgen nada más zarpar. Una tormenta obligará a Jules y a sus amigos a mostrar sus mejores habilidades para gobernar el barco. Y eso solo es el principio de una arriesgada aventura... Esta claro que sus enemigos, La Orden Contra el Progreso, se han propuesto que no regresen a sus hogares.

Capitán Nemo

Un capitán de doce años

Las aventuras del joven Jules Verne - 6

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2021

Capitán Nemo, 2017
Ilustraciones: Paco Porres
Ilustración de cubierta: Eva Sánchez Gómez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ANIVERSARIO



8°



epublicbre



Los aventureros del siglo XXI

Jules Verne



Es un niño de doce años, muy inteligente y extraordinariamente imaginativo. ¡Su curiosidad no tiene límites! Se pasa el día ideando artilugios para el futuro, como un vehículo para ir por el fondo del mar o una máquina que detecta la presencia de fantasmas. ¡Sabe que algún día alguien hará realidad sus ideas!

Huan



De origen asiático, tiene doce años, es compañero de escuela de Jules y su amigo del alma. Tiene un gran sentido del humor ¡y siempre está metiendo la pata! Le encanta hacer gamberradas, en especial a sus profesores. Aunque intente mostrar lo contrario, es el más miedoso del grupo.

Caroline



Prima de Jules. Tiene trece años y es una niña encantadora. Proviene de una familia adinerada. Es inteligente y muy rápida a la hora de tomar decisiones. Estar con Jules y sus amigos es su válvula de escape para contrarrestar su rígida vida familiar.

Marie



Tiene once años, es de familia humilde y siempre se preocupa por los más necesitados. No oculta que le hubiera gustado ser un chico porque «pueden hacer lo que quieren». Es ágil, soñadora y muy imaginativa. Está convencida de que si los adultos también lo fueran, ¡el mundo funcionaría mejor!

PRÓLOGO DEL CAPITÁN NEMO



Cuando Jules, Huan, Caroline y Marie fueron a visitar a Nemo al lujoso hotel donde se alojaba, el capitán se imaginó que querrían pedirle algo. Ponían esa cara de niños buenos que no han roto jamás un plato, y estuvieron muy educados durante toda la merienda. Hablaron del tiempo y del colegio, pero la conversación pronto derivó hacia la navegación y los viajes: los chicos tenían un especial interés en saber todos los lugares que había visitado el misterioso capitán Nemo, y sus ojos brillaban al oírlo relatar historias de tierras lejanas y mares remotos.

—Capitán Nemo —comenzó Jules al cabo de una media hora—, me gustaría que me dejara llevar el timón del *Nautilus* algún día.

Nemo miró a Jules visiblemente sorprendido. Ese chico que acababa de cumplir doce años, junto a los tres amigos que siempre lo acompañaban,

había vivido todo tipo de aventuras en su corta vida, más de las que cualquiera podría imaginar, y poseía, sin duda, una mente brillante, dispuesta a resolver todo tipo de retos que se interpusieran en su camino. Confiaba mucho en él; sin embargo, el capitán no debía olvidar que todavía era un niño.

—Jules, solo tienes doce años —razonó Nemo—. Nadie capitanea ni pilota una nave a esa edad. Lo siento, pero no puedo permitirlo.

Los cuatro miraron al capitán desilusionados.

—Qué lástima... —suspiró Caroline.

—Hace mucho tiempo que no corremos ninguna aventura —le comunicó Marie, para intentar que el capitán reconsiderara su decisión.

—Mejor —contestó el capitán Nemo sin dejarse persuadir—. Ahora tenéis que centraros en vuestros estudios.

—Eso es demasiado aburrido —se quejó Huan—; ¡nosotros queremos acción!

Jules no decía nada. Aparentemente, había aceptado las palabras del capitán Nemo: Jules tenía solo doce años, y no existían capitanes de esa edad. Pero, en su fuero interno, el chico no se rendía; sabía que acabaría demostrándole al capitán que él podía manejar un timón igual o mejor que cualquier marino.

CAPITÁN NEMO

Capítulo 1

CAZANDO BOLAS DE LUZ.

HUAN DESAPARECE



—Parece que este lugar esté encantado. ¿No es lo más bonito que habéis visto nunca?

Caroline paseaba su mirada ensoñadora y romántica por el entorno, suspirando de gozo a cada momento. Estaba anocheciendo y una brisa suave les sacudía el pelo a ella y a sus amigos. El cielo, de color anaranjado, rosáceo y azul, se asemejaba a un lienzo pintado por algún artista parisino. Cada vez había menos luz en el firmamento, pero, en cambio, pequeños destellos luminosos iban apareciendo en los árboles y entre la hierba que crecía bajo sus pies.

Huan, Jules y Marie pasaron corriendo por su lado. Se estaban divirtiendo mucho brincando y saltando, intentando atrapar las pequeñas bolas de luz. Sin

duda, ellos no poseían el mismo gusto que Caroline, y no se habían dado cuenta del maravilloso espectáculo que la naturaleza les estaba brindando. La chica siguió contemplando las lucecitas que aparecían entre la vegetación unos instantes más; luego se encogió de hombros y empezó a correr con el cazamariposas alzado en la mano derecha para tratar de alcanzar a sus amigos.

Se encontraban en el Parque de la Luz, que sin duda hacía honor a su nombre. Durante el día era un sitio como cualquier otro; sin embargo, cada noche, justo después del atardecer, el parque se iluminaba con miles de luciérnagas que aparecían como por arte de magia. La oscuridad de la noche nunca llegaba al Parque de la Luz. Los chicos, corriendo de un lado para otro, agitaban los cazamariposas e iban atrapando todas las luciérnagas que podían; los bichos luminosos quedaban fácilmente enzarzados en la red, de la que ya no podrían volver a salir. Todos se lo estaban pasando fenomenal, especialmente Huan, que era el que más luciérnagas atrapaba mientras no dejaba de reír. De repente, agarró una luciérnaga que centelleaba cerca de la suela de su zapato y se la llevó a la boca. Marie, que lo había visto todo, le gritó horrorizada que no se la comiera. Pero el chico no tenía intención de tragársela: la colocó en su lengua y, tras mirar a sus amigos esbozando una brillante mueca con la boca abierta, dijo algo que a los demás les sonó más o menos así:

—*¡Ia, ios, engo u en a oca!*

Jules lo tradujo correctamente a Caroline y Marie como: «¡Mirad, chicos, tengo luz en la boca!». Y es que Huan prácticamente no podía pronunciar las consonantes por miedo a mover la lengua y tragarse el insecto (aunque sus amigos sospechaban que tampoco le habría importado mucho si la luciérnaga hubiera acabado sin querer en su aparato digestivo).

—Eres repugnante, Huan —dijo asqueada Marie.

—¡Estás loco! ¡Sácate el bicho de la boca! —exclamaba mientras tanto Caroline. Casi ni se atrevía a dirigir la vista hacia su amigo, que parecía un auténtico monstruo con la luz brillando en medio de su boca abierta.

Las chicas miraron entonces a Jules en busca de apoyo, pero este se había echado sobre la hierba y no podía parar de reír, revolcándose entre decenas de puntitos de luz. Marie puso los ojos en blanco y le tendió una mano a Jules para que se levantara del suelo.

Entretanto, Huan, que había cerrado la boca y recobrado la compostura, y parecía un muchacho totalmente normal, se acercó a una joven pareja que paseaba por el parque cogida de la mano. Cuando estuvo enfrente de ellos,

abrió la boca en una macabra mueca: la chica chilló muy fuerte al ver lo que sin duda le pareció un fantasma y echó a correr lo más rápido que pudo. Su novio miró con reprobación a Huan y luego salió en busca de su enamorada, que se había escondido entre los árboles.

—Te has pasado, Huan —lo reprendió Marie.

—Ha estado completamente fuera de lugar; seguro que la pobre chica tendrá pesadillas por tu culpa —coincidió Caroline.

Huan, molesto, se sacó la luciérnaga de la boca y le dio unos golpecitos con el dedo índice para que alzara el vuelo. El insecto, atolondrado, descendió en picado hasta el suelo y no remontó.

—Sois unas aguafiestas —murmuró mosqueado.

Jules, que ya se había recuperado de su ataque de risa, aprovechó para recordarles a sus amigos el verdadero motivo de su visita al Parque de la Luz:

—Vamos, es hora de ir metiendo las luciérnagas que hemos ido cazando en los botes de cristal que cogimos de la tienda de los padres de Huan.

Marie y Caroline, que no querían defraudarlo, se apresuraron a hacer lo que Jules les había indicado. El día anterior, cuando planeaban la salida al Parque de la Luz, su amigo les había hablado, con los ojos brillantes y una sonrisa en la cara, de la idea que tenía para su nuevo invento: unas gafas de visión nocturna. Las chicas lo habían escuchado embobadas mientras Jules explicaba en qué consistiría el artefacto y cómo lo iba a fabricar. Huan, normalmente muy entusiasta con los inventos de su amigo, se había quedado en un rincón, muerto de celos por las miradas que las chicas le dirigían.

—¡Qué bonitos, ahora son botes de luz! —exclamó Caroline una vez que hubo llenado y cerrado el suyo. Estaba encantada con el artilugio que iba a inventar su primo. No solo estaba resultando muy divertido ir a cazar las luciérnagas, sino que, además, ¡con unas gafas de visión nocturna, nunca iban a volver a pasar miedo en los sitios oscuros! Empezó a bailar al son de una música imaginaria, mientras movía el recipiente repleto de luciérnagas en distintas direcciones: lo llevaba de un lugar a otro rápidamente, con lo cual daba la sensación de que agarraba una pequeña estrella fugaz entre sus manos.

Jules, que también había acabado de rellenar su bote de luciérnagas, se quedó observándola largo rato sonriendo. Marie, viendo a Jules tan extasiado con Caroline, frunció el ceño y se volvió hacia Huan para conversar con él y así pensar en otra cosa. Pero Huan no estaba detrás de la chica.

—¿Huan? ¡Huan! —lo llamó.

Caroline dejó de bailar en el acto, y ella y Jules miraron a Marie expectantes.

—¡No lo veo por ninguna parte! —les explicó ella, un tanto alarmada.

Los tres chicos empezaron a buscarlo por el lugar y a gritar su nombre. Los minutos pasaban y no había ni rastro de Huan. Miraron por los alrededores durante un rato; luego, Jules reunió a sus amigas en un pequeño corro.

—Lo que me temía —les comunicó con voz grave y seria—. Como veis, Huan ha desaparecido, y parece que está muy claro lo que ha pasado aquí.

—¿Qué? —preguntaron Marie y Caroline a la vez, puesto que ellas no lo veían nada claro.

—Lo ha secuestrado la Orden Contra el Progreso —les explicó Jules rápidamente—. Siempre nos la han tenido jurada, pero desde que sabotamos su atentado a la Luna, nos tienen más odio que nunca. No consiguieron destruir la Luna porque nosotros se lo impedimos, y ahora deben de estar más furiosos que nunca; nos lo quieren hacer pagar. Ya sabéis que tanto el capitán Nemo como nosotros podemos ser atacados en cualquier momento, y la primera víctima de todo esto ha resultado ser Huan.

—No puede ser, ¡estaba aquí hace tan solo un momento! —chilló Marie—. ¡Huan! ¿Dónde estás?

Caroline se unió de nuevo a sus gritos, ansiosa por obtener respuesta del chico. No era capaz de dejar de pensar en lo que podía hacerle Claude Mathieu, el malvado director del colegio, a su buen amigo. La Orden Contra el Progreso procuraba demoler cualquier atisbo de modernización de la sociedad, pero, hasta ahora, Caroline y los demás siempre habían podido pararle los pies. Sin embargo, ¿qué sería de Los aventureros del siglo XXI si no encontraban a Huan? Aunque no fuera precisamente el más valiente de los cuatro, su inquebrantable lealtad equilibraba al conjunto. Precisamente fue él quien los salvó a todos en su última aventura, cuando se le ocurrió utilizar la pólvora con la que la Orden iba a destruir la Luna para crear pequeñas bombas que apresaran a sus captores y así poder escapar del lugar. La chica volvió a gritar su nombre, cada vez más nerviosa.

—¡Chists! —Jules se llevó el dedo índice a los labios—. Creo que lo más sensato será permanecer en silencio si no queremos que nos encuentren a nosotros también.

Las chicas callaron atemorizadas e, inconsciente mente, se acercaron más a Jules. Todo estaba en silencio y ya era noche cerrada. Caroline iba a abrir la boca para decir que allí no había nadie y que debían seguir buscando a su amigo, cuando, de repente, oyeron un ruido seco. Tragó saliva y se apretó más a su primo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—Seguro que es alguien de la Orden Contra el Progreso que nos ha estado siguiendo —le respondió él también en susurros.

Marie y Caroline se miraron tremendamente asustadas. En aquel instante, vieron una sombra moviéndose en el aire y chillaron, convencidas de que los de la Orden ya habían dado con ellos. Incluso Marie, histérica, habría jurado que acababa de ver a Mathieu. Escondió el rostro entre las manos durante un par de segundos, y, al notar que no había pasado nada, volvió a mirar la fantasmagórica sombra. Era solo una rama que se había movido por el viento. Suspiró, con el corazón latiéndole fuerte en el pecho del susto.

Pero, de todos modos, ¿qué había sido ese ruido? ¿Y dónde estaba Huan? Los tres chicos seguían apretujados en silencio, mirando hacia todos lados pero sin atreverse a dar un solo paso. Todo fue muy rápido. Alguien puso la mano en el hombro de Caroline, que se dio la vuelta mientras chillaba y se encontró cara a cara con un encapuchado de la Orden Contra el Progreso. Una voz gutural salió de debajo de la capucha:

—¡Vais a morir!

Las chicas chillaban mientras el encapuchado reía maléficamente. Jules estaba tendido en la hierba de nuevo; ¿lo había abatido el encapuchado? Si era así, ¿por qué el joven inventor también reía?

El encapuchado se retiró lentamente la capucha para desvelar su verdadero rostro. Marie ahogó un grito.

—¡Huan! —gritó Caroline en tono de reproche—. Pero ¿qué...?

—Era una broma —exclamó sonriente el chico.

Caroline miró a Jules, que seguía riendo.

—¿Tú lo sabías? —preguntó dirigiéndole una mirada amenazadora.

—Bueno... Sí —reconoció un poco avergonzado—. Lo hemos planeado juntos. Huan debía esconderse cuando yo dijera lo de poner luciérnagas en los botes.

—Pues no ha tenido ninguna gracia, ninguna —los reprendió señalándolos acusadoramente con el dedo—. Ha sido una broma de muy mal gusto; con estas cosas no se juega, chicos. ¡Nos vamos a vengar! ¿Verdad, Marie?

Pero Marie estaba muy seria y no decía nada.

—¿Marie? —preguntó Huan dubitativo—. ¿Estás bien? ¿Te he asustado mucho?

Por toda respuesta, la muchacha empezó a sollozar. Caroline se acercó rápidamente a ella y la abrazó, mirando con odio a los chicos. Jules y Huan

permanecieron en el sitio, profundamente avergonzados, sin saber qué hacer.

Jules avanzó un paso hacia su amiga.

—Perdónanos, Marie. Hemos sido unos estúpidos. No hemos pensado en las consecuencias de la broma y la hemos llevado demasiado lejos.

Marie seguía llorando. Jules miró a su amigo y le hizo una seña para que añadiera algo.

Huan carraspeó y se rascó la cabeza.

—Marie... Marie, lo siento mucho, de verdad. —Huan hablaba lentamente para intentar encontrar las palabras—. Jules y yo hemos sido unos brutos y unos insensibles, no merecemos tener unas amigas como vosotras. Perdonadnos, por favor.

Las dos chicas sonrieron un poco, pero Caroline continuaba un tanto enfadada, y a Marie se la seguía viendo muy triste. Lo cierto era que llevaba varios días alicaída, y los otros notaban que estaba más sensible y menos animada de lo habitual. En general, era una chica fuerte, aventurera, con iniciativa, pero últimamente la veían apagada, pocas veces abría la boca y parecía que estuviera a punto de echarse a llorar en cualquier momento.

Marie se desprendió lentamente del abrazo de Caroline y se frotó los ojos, secándose los restos de lágrimas. Miró alternativamente a Huan y a Jules. Ambos la observaban atentamente con ojos suplicantes. Jules hacía un mohín con la boca y Huan había juntado ambas manos implorando perdón. Estaban muy monos, y Marie no pudo evitar esbozar otra sonrisa:

—¿Qué hacemos, Caroline? ¿Los perdonamos?

—A mí me parece que les tendríamos que hacer sufrir un poco más.

—¡Eh, no! —se quejaron ellos.

Caroline hizo como que lo meditaba.

—De acuerdo —aceptó tras unos segundos de silencio—. Pero a partir de ahora os tenéis que portar mejor con nosotras —los advirtió—. Y recordad que la venganza es un plato que se sirve frío.

Jules y Huan rieron, y Marie se esforzó en volver a sonreír.

—Chicos —les dijo entonces—, puede que mi reacción también haya sido algo desmesurada. La verdad es que llevo días preocupada y triste, y esta broma de mal gusto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Los demás aguardaron expectantes a que dijera algo más. Todos la habían notado rara, pero no se atrevían a preguntarle qué le ocurría. Marie seguía cabizbaja y no parecía que fuera a decir nada más, pero, al levantar la vista y descubrir a sus tres amigos mirándola preocupados, se dio cuenta de que podía contarles lo que fuera.

—Sea lo que sea, lo solucionaremos, te lo prometo —dijo Jules para infundirle ánimos.

—Es por el asilo donde trabajo —les explicó Marie entre suspiros—. Ya casi no nos queda dinero y últimamente no podemos dar de comer a los pobres. —Una lágrima volvió a rodar por su mejilla—. Los que más me preocupan son los ancianos... Son más vulnerables que el resto; de hecho, algunos ya han empezado a enfermar. No sé cómo conseguir dinero para que puedan comer. —Enterró la cara entre las manos para que sus amigos no la vieran desmoronarse de nuevo.

Huan, Caroline y Jules la envolvieron en un abrazo y se miraron entre ellos preocupados. Jules tragó saliva. Le había prometido a Marie que solucionarían su problema, pero, ahora que sabía de qué se trataba, no veía la solución por ninguna parte.

Capítulo 2

LA VIUDA NEGRA

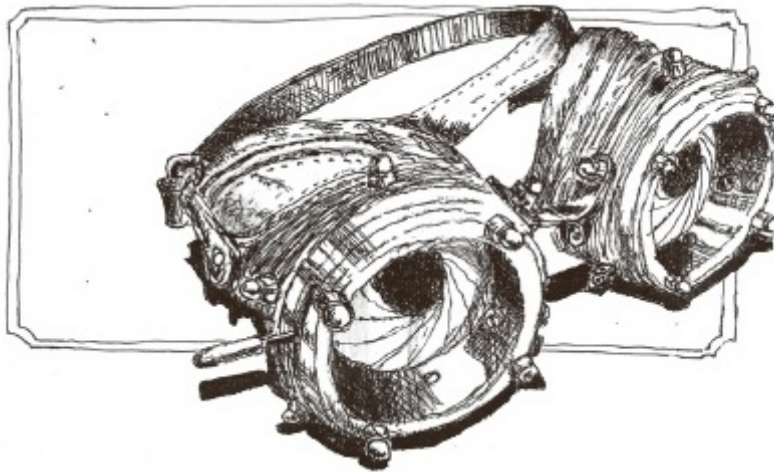


Sus padres lo castigaron sin cenar por haber llegado tan tarde. De todos modos, Jules no tenía hambre; seguía preocupado por lo que les había contado Marie. Le parecía, más que nunca, que el mundo era un lugar injusto, y sus pensamientos volvieron a volar hacia el futuro, como le sucedía a menudo. Jules tenía muchas ideas sobre los años venideros y soñaba con que el progreso científico haría aumentar la calidad de vida de todas las personas —ricas y pobres, jóvenes y ancianas, hombres y mujeres—, para que no se produjeran este tipo de situaciones. ¡Cómo le habría gustado vivir en el futuro! Eso era imposible; sin embargo, tenía claro que en sus manos estaba mejorar el presente y, de este modo, lograr un futuro mejor para todo el mundo. Él, como inventor, tenía que ponerse al servicio de la sociedad, al servicio de los buenos, para que las cosas cambiaran a mejor, y la gente

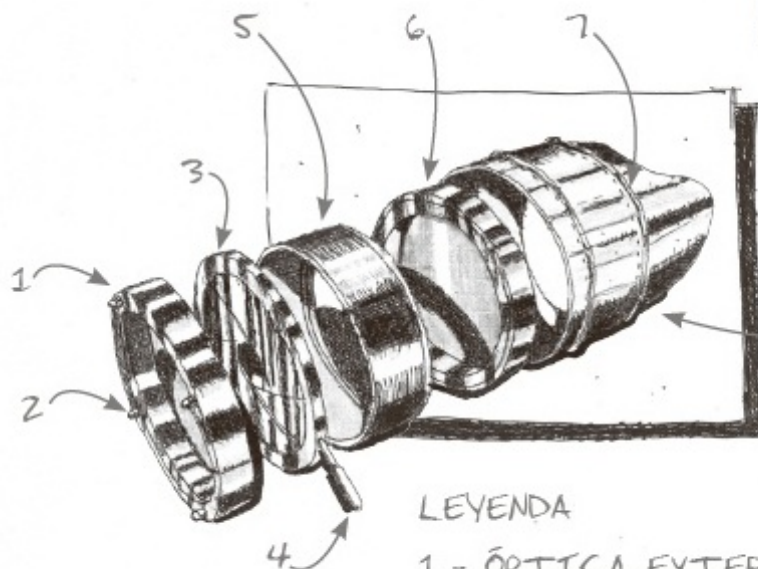
desprotegida, como los ancianos del asilo donde trabajaba Marie, no enfermara por falta de alimento.

Meneó la cabeza con resignación, puesto que en esos momentos poco podía hacer por los ancianos, y volvió a la realidad de su habitación en el siglo XIX. Recordó, entonces, que todavía tenía una misión pendiente, y eso lo animó bastante. La casa estaba en calma; sus hermanos ya dormían. Se colocó las gafas de visión nocturna, que había confeccionado ideando un depósito que albergaba cientos de luciérnagas. Los pequeños insectos le proporcionaban la luz adecuada para ir viendo los objetos que estaban frente a él. Comprobó satisfecho que las gafas funcionaban: veía perfectamente todos los muebles de su cuarto, desde la cama hasta la mesa. Ya estaba listo.

GAFAS DE VISIÓN NOCTURNA



LUCIÉRNAGA
(LAMPYRIS NOCTILUCA)



SECCIÓN
MONTAJE
GAFAS

LEYENDA

- 1.- ÓPTICA EXTERIOR
- 2.- TUERCAS DE CIERRE
- 3.- LENTE DEL DIAFRAGMA
- 4.- PALANCA DE APERTURA DIAFRAGMA
- 5.- CAJA ALOJAMIENTO LUCIÉRNAGAS
- 6.- LENTE DE CIERRE
- 7.- PROTECTOR OCULAR

Salió del dormitorio sin hacer ruido y avanzó de puntillas por el oscuro pasillo de su casa, que ahora veía a la perfección. Tras cruzar el corredor sigilosamente, llegó hasta la puerta deseada y no lo dudó: la abrió sin que esta emitiera ningún chirrido. Se coló dentro de la estancia con más elegancia y agilidad que si se tratase de un felino.

Recorrió el cuarto con la mirada, con las lentes puestas, detectando todos los detalles del lugar. Objetivo localizado: en el rincón de la derecha, arropado bajo las sábanas de la cama, su hermano pequeño dormía a pierna suelta. Avanzó silenciosamente hasta el centro del dormitorio y giró 360 grados sobre sí mismo, comprobando que nadie lo había seguido hasta su posición. Todo iba bien, pero aún quedaba por cumplir la parte más importante de la misión, que solo podía realizar alguien con los nervios de acero, alguien como el joven Jules Verne.

Y es que esa noche no estrenaba un único invento; las gafas de visión nocturna eran tan solo un mero artilugio que lo ayudaría en la realización de su verdadero plan. El invento estrella de la noche era otro, más macabro, más terrorífico, más espeluznante. Dirigió su mirada de visión nocturna hacia sus manos y sonrió. Realmente parecía auténtica. Sus ocho patas refulgían a través de las lentes de Jules, que se sintió entre maravillado y repelido ante su monstruosa creación.

Había fabricado la araña, del tamaño de un puño, utilizando el mecanismo de un viejo reloj de cuerda. Aunque no fuera lo más correcto decírselo a uno mismo, Jules reconocía que le había quedado muy bien. Apenas se notaba el mecanismo; mucho se tendría que fijar alguien para darse cuenta de que el movimiento de las patas del arácnido era sincopado, como el de un reloj.

Antes de fabricarla, por supuesto, se había pasado toda una tarde en la biblioteca pública de Nantes, buscando información sobre los arácnidos en la voluminosa enciclopedia. Así, había averiguado que existían más de 45.000 especies de arañas, pero que la mayoría de ellas no eran peligrosas para el ser humano. Mientras que en Francia difícilmente podía uno encontrarse con una araña que le causara la muerte, en Australia existían treinta y seis especies distintas que se podían encargarse de conseguirlo. Jules silbó maravillado y se imaginó zarpando en un barco rumbo a Australia para dar con el antídoto que salvaría a toda una población aterrorizada por los arácnidos. Siguió leyendo y descubrió que la tela que fabricaban las arañas estaba hecha de seda.

—Si Caroline lo supiera, seguro que les tendría más simpatía —exclamó divertido.

Por fin dio con lo que buscaba: la especie de araña que iba a tomar como modelo para la fabricación de su artilugio: «*Latrodectus*, o más comúnmente llamada *viuda negra*», leyó. Se trataba de una araña muy peligrosa para el ser humano, aunque su veneno pocas veces era letal. Sin embargo, su presencia en todos los continentes la convertía en una de las especies de arácnidos más famosas y temidas.

Jules siguió leyendo las características de ese magnífico animal. El veneno de las arañas hembras era hasta tres veces más fuerte que el de los machos.

«A las chicas les gustará saber esto», pensó Jules. Sus amigas siempre estaban reivindicando que las mujeres eran igual de buenas que los hombres, o incluso más.

El chico trazó rápidamente un boceto del animal: sus cuatro pares de ojos negros brillantes (que, en realidad, prácticamente no eran capaces de ver nada), sus ocho patas delgadas y negras, y su cuerpo negro manchado de topos de un rojo brillante. Ese inquietante color escarlata le parecía a Jules una especie de muda advertencia por parte de esta araña, la viuda negra: «Cuidado —parecía decir—, puedo causarte la muerte».

Se esmeró en lograr una araña lo más parecida posible a la viuda negra. Estaba especialmente orgulloso de sus largas patas y de los topos rojos, que contrastaban con el sombrío negro de su cuerpo. Lástima que la araña de Jules no produjera seda para formar telarañas ni pudiera insertar veneno en sus víctimas.

Había llegado el momento: Jules dio cuerda varias veces a la araña mecánica y depositó el invento con gran suavidad sobre la colcha de la cama de su hermano. El artilugio se puso en marcha al instante; las patas de la abominable araña avanzaban por la colcha en dirección al cabezal de la cama, buscando, sin lugar a dudas, el cuello y la cara del joven durmiente. Jules, de pie junto al lecho, lo observaba todo en silencio, con una media sonrisa traviesa en el rostro, orgulloso del monstruo que había creado. Lo veía todo gracias a sus gafas de visión nocturna: las luciérnagas que había cazado junto a sus amigos en el Parque de la Luz cumplían perfectamente con su función. En aquel momento, el arácnido ya estaba a la altura del pecho de su hermano, y las ocho patas seguían moviéndose sin parar, avanzando lentamente. La sonrisa de Jules se hizo más amplia. Faltaba poco.

En estas, su hermano se removió en sueños, alterado, y se rascó en el lugar exacto donde instantes antes había estado la araña. De repente, abrió los ojos sobresaltado y se encontró con el loco de su hermano mayor mirándolo

desde arriba con un artilugio extrañísimo colocado delante de los ojos. Paul, que lo conocía demasiado bien, sabía que el hecho de que Jules estuviera observándolo a medianoche con unas extrañas gafas puestas no podía significar nada bueno.

Bajó la vista rápidamente hacia su cuerpecito al notar un escalofriante cosquilleo. La araña se dirigía en aquel preciso momento a su cara...

El grito de Paul resonó en el silencio de la noche. Se retorció convulsivamente en la cama, tratando de desprenderse del arácnido que, finalmente, cayó de nuevo entre las sábanas.

—Esta me la pagas, Jules —le aseguró entre resuellos.

Pero era imposible que Jules pudiera tomarse en serio a su hermano pequeño, y menos cuando este estaba tremendamente asustado, en pijama, sacudiendo las sábanas con sus temblorosas manos. La visión del chico en esas condiciones, claramente nítida gracias a sus gafas, provocó en Jules una enorme carcajada.

De repente, notó una presencia detrás de sí y deseó que sus gafas de visión nocturna se convirtieran en gafas de visión trasera. Vio un brazo que descendía hasta la colcha y agarraba con firmeza y determinación la araña. Jules se volvió para encararse con el dueño de ese brazo:

—Mamá...

—Jules —respondió ella secamente.

—¡Mami! —exclamó Paul mientras se echaba a llorar.

La madre de Jules se sentó en la cama de su hijo menor y lo abrazó arrullándolo:

—Ya está, no ha sido nada, pequeño mío. Ahora, descansa —le aconsejó dándole un beso en la frente.

Arropó a Paul y no levantó la vista del niño hasta que vio que se había calmado del todo y que volvía a cerrar los ojos. Jules ya pensaba que se había librado de un buen lío y que su madre se había olvidado de él, cuando...

—Tú. —Su madre se había erguido de nuevo y, a través de las gafas de visión nocturna, Jules vio con total claridad que estaba muy pero que muy enfadada—. A tu habitación, ahora.

Jules salió del dormitorio de su hermano y avanzó por el pasillo; en esta ocasión, la adrenalina había desaparecido de su cuerpo e iba arrastrando los pies cabizbajo. La madre lo siguió hasta su cuarto, donde Jules sabía que le aguardaba una gran bronca. Efectivamente, nada más entrar en el dormitorio, la madre comenzó a sermonearlo:

—Tienes que dejar en paz a tus hermanos de una vez, Jules. Paul es solo un niño pequeño que no merece que lo tortures así. Debería darte vergüenza.

Jules se sintió en falta por segunda vez aquel día; aún le pesaba haber asustado a sus amigas en el parque. Pero, en esta ocasión, no se sentía del todo arrepentido: la cara de su hermano al despertar había valido la pena. Sin querer, sonrió.

—Ya veo el efecto que te producen mis palabras —exclamó su madre al ver su sonrisa—. Tal vez no te hará tanta gracia ver cómo confisco tu juguete.

Jules levantó la cabeza alarmado.

—Mamá, no, por favor. No la volveré a utilizar en contra de mis hermanos, de verdad. Es una viuda negra y me ha costado mucho fabricar...

Su madre lo cortó a media frase:

—No me cuentes cuentos. Me da igual si es una viuda negra o una viuda blanca. Estoy harta, Jules, siempre estás dando problemas con tus tonterías. Y ahora vete a la cama.

La mujer lo acompañó hasta el lecho y lo obligó a meterse dentro. Las mejillas de Jules ardían; su madre no solo se había metido con su genial invento menospreciándolo, sino que ahora lo acompañaba hasta la cama como si fuera un niño pequeño.

—Déjame en paz —protestó cuando su madre intentó arroparlo—. Ya no soy un niño.

Su madre lo miró desconcertada y dolida. Luego pareció reponerse y su mirada se endureció de nuevo.

—Ya que dices que no eres un niño, aprende a comportarte como un adulto.

Se dirigió hacia la puerta del dormitorio, con la araña mecánica entre las manos, y a Jules casi le supo mal cómo la había tratado. Pero entonces ella se volvió y le dijo:

—Y haz el favor de quitarte esas estúpidas lentes de la cara.

Capítulo 3

EL NUEVO INVENTO DE JULES. NADIE SE QUEDA SIN CENAR



Cuando unos días más tarde vieron a Jules llegar desde el otro extremo de la calle, con el pelo rubio alborotado y la cara colorada por el esfuerzo, arrastrando trabajosamente una extraña máquina, sus amigos no cabían en sí del asombro. Jules no les había contado en el colegio que hubiera ideado un artilugio nuevo. Huan, Caroline y Marie se acercaron a él y lo rodearon con curiosidad.

—¿De qué se trata?

—¿Está acabado?

—¡Cuéntanos!

Pero Jules no estaba en condiciones de contestar en aquel momento.

—Chicos —les pidió jadeando—, ¿me ayudáis a llevarla? Luego os lo cuento.

Huan, siempre dispuesto a probar sus músculos, se apresuró a acudir en su ayuda y se colocó en cabeza, mientras Marie y Caroline agarraban el artilugio por la parte central y Jules coordinaba la operación desde la cola. Huan marcaba un buen ritmo, y al cabo de pocos minutos todos estaban sudando.

—¿Cambiamos el rumbo o seguimos yendo al asilo? —le preguntó a Jules.

—Al asilo —respondió este.

Su escueta respuesta aumentó la curiosidad de los demás. Esa mañana, en el colegio, se habían citado para ir al asilo por la tarde para ver cómo iban las cosas, puesto que estaban preocupados por todo lo que les había contado Marie. Sin embargo, al ver aparecer a Jules con ese extraño aparato, habían dado por hecho que querría pasar primero por la sede del club, en la trastienda del negocio de los padres de Huan. Era allí donde los cuatro amigos trazaban planes y construían estrambóticos inventos. Cuando estaban en la trastienda, algo se activaba en la mente de Jules y los demás, y se sentían casi invencibles. Todos ellos soñaban con un mundo mejor, con un siglo XXI que, desde el siglo XIX, se les antojaba moderno y justo, un futuro que la Orden Contra el Progreso trataba por todos los medios de impedir que se convirtiera en realidad algún día.

Por todo ello, el hecho de mantener el rumbo y de no pasar por la trastienda los había sorprendido todavía más, puesto que indicaba que seguramente el invento de Jules estaría relacionado con ayudar a las monjas de la Charité Nantaise. Marie volvió la cabeza disimuladamente lo justo para observar de reojo a Jules e intentar cazarle alguna expresión al vuelo. ¿Qué debía de estar tramando su amigo? En esos últimos días, había estado muy atento con ella y le había preguntado con frecuencia por las necesidades de la gente que frecuentaba el lugar; la chica había disfrutado mucho con esas pequeñas atenciones que le dedicaba. Aunque tuviera una personalidad fuerte e independiente, a Marie le gustaba que Jules se tomara en serio sus preocupaciones.

Cuando llegaron frente al asilo, tuvieron que parar a descansar en la entrada, puesto que estaban demasiado sofocados como para ponerse a conversar con las monjas. Dejaron la extraña máquina en el suelo y estiraron las extremidades, doloridas por el peso del aparato. Una vez hubieron recobrado el aliento, a Jules le volvieron a llover preguntas: sus amigos querían saber qué era lo que habían estado transportando hasta el asilo.

—No he visto nunca una cosa igual, y mira que en la tienda de mis padres hay de todo —dijo Huan, sin dejar de observar embelesado la máquina.

—Parece que venga del futuro —añadió Caroline, como siempre, la más imaginativa y soñadora de los cuatro.

—¿Ayudará esta máquina de algún modo a la gente del asilo? —le preguntó Marie a Jules, esperanzada.

—Eso espero —respondió él sonriente.

Todos se arremolinaron en torno al muchacho, impacientes por conocer en qué consistía su nuevo invento. Huan sospechaba que si Jules había mantenido la elaboración de ese invento en secreto y se estaba tomando tantas molestias con los ancianos, era para obtener el perdón definitivo de las chicas, sobre todo de Marie, pero no lo dijo para no desinflar la emoción del momento.

—¡Os presento la máquina de hacer pan fino! —exclamó él exultante.

Los demás se lo quedaron mirando pasmados.

—Sé que no suena maravilloso, pero está riquísimo, ya veréis. Con esta máquina se puede cocinar un tipo de pan muy fino y crujiente de forma circular, y encima se le pueden poner todo tipo de ingredientes que hayan sobrado de la comida anterior, como queso y embutidos; así se aprovecha todo.

—Pero para comer pan con queso y embutidos ya están los bocadillos —razonó Marie.

Jules negó con la cabeza:

—No exactamente. He incluido un pequeño horno que calienta los ingredientes hasta que el pan fino se tuesta y el queso se derrite.

A Huan, que había seguido con atención la descripción de su amigo, como siempre que se trataba de comida, ya se le estaba haciendo la boca agua.

—¡Esto habrá que probarlo! —sentenció.

—Recuerdas que es para los pobres, ¿verdad, Huan? —lo advirtió Marie.

Jules y Caroline se echaron a reír.

—¿Y estos pedales que hay aquí? —preguntó Caroline confusa, señalando la parte más aparatosa de la máquina—. Parece una bicicleta.

—Es para que los ancianos hagan ejercicio; pero, además, con la energía obtenida, la máquina cocina la receta. —Sus amigos lo miraban otra vez con los ojos como platos, y Jules sonrió—. Suena más raro de como es en realidad. Venid, metamos la máquina en el asilo y os enseño cómo funciona.

Estaban tan impacientes por ver cómo iba el invento que en menos de un minuto ya estaban en el interior del asilo, esta vez sin quejarse por tener que

cargar con el aparato. Enseguida se acercaron un par de monjas a saludarlos y observaron con curiosidad el artilugio que llevaban los chicos.

—¿Me permitís hacer una demostración? —les preguntó Jules, poniendo su mejor cara de niño bueno.

Las monjas, que ya sabían de qué era capaz el muchacho, no quisieron perderse el funcionamiento de la máquina. Jules les pidió diversos ingredientes para hacerla funcionar; rápidamente fueron a buscar lo que les solicitaba. Pronto, entre la gente del asilo corrió la voz de que los amigos de Marie habían traído un nuevo invento para que comieran mejor, y en menos de cinco minutos se había creado un pequeño corro que aguardaba expectante a que Jules acabara de colocar los ingredientes para su receta de pan fino en el interior de la máquina. Parecía como si le estuviera dando de comer: primero introdujo harina, agua, un chorro de aceite y un puñado de sal, todo ello necesario para la confección del pan. Después abrió otro compartimiento del aparato y puso allí el queso, el tomate y los embutidos.

El chico, un tanto sonrojado por tener un público más numeroso del que esperaba, se subió a la bicicleta que a Caroline tanto le había llamado la atención y comenzó a pedalear. Poco a poco fue ganando velocidad, hasta activar el mecanismo.

—¡Mirad! —exclamó Huan al cabo de un rato—. ¡Sale comida del otro extremo del aparato!

Todos se acercaron a observar maravillados. Efectivamente, Jules había parado de pedalear y de la máquina había salido una masa de pan fino, que se fue depositando encima de una bandeja redonda, tomando la forma del molde. Un minuto más tarde, empezaron a caer otros ingredientes encima del pan amasado: primero fueron trozos de tomate, que al caer salpicaron a las dos monjas (no era culpa de Jules, se habían acercado demasiado al artilugio). Luego, empezaron a caer lonchas de queso que la propia máquina había cortado. Lo último fueron unos trozos de salchicha. A continuación, la bandeja que contenía el pan fino rodó hasta el hornillo, donde se tostó durante unos minutos. Finalmente, se oyó un ruidito y el brazo distribuidor sacó el manjar del fuego.

—Ya está —sentenció Jules, bajándose de la máquina. Le entregó la bandeja a una de las monjas—: solo falta dividir el pan entre los comensales.

La monja se fue rápidamente a la cocina, mientras el resto de los espectadores aguardaban con impaciencia. Cuando regresó, había cortado el pan fino en pequeños trozos, para que todos pudieran probarlo. Huan cogió un pedazo que le pareció más grande que los demás y lo analizó con

detenimiento: el pan fino se veía mucho más crujiente que el pan que él comía todos los días; además, el queso fundido parecía muy apetitoso. Engulló el pedazo de una sentada y pensó que era lo mejor que había probado nunca. Fue a coger un segundo trozo, pero se topó con la mirada reprobadora de Marie, que quería que hubiera para todos.

—Tengo una idea, Marie: ¡me como este trozo y luego fabrico más!

Los demás se echaron a reír, pero la verdad es que todos querían probar el invento. Durante la siguiente hora, no solo Huan, Marie y Caroline pasaron por la máquina, sino también varios de los ancianos (que tardaban más en amasar el pan y en triturar los ingredientes porque, en vez de pedalear rápidamente, lo hacían tan despacio que difícilmente daban la suficiente cuerda al mecanismo) e incluso una de las monjas. Además, cada persona que se subía al aparato elegía qué ingredientes poner dentro de la máquina: así, cada pan fino era distinto al anterior. No había mucho donde elegir porque la comida escaseaba en el asilo, pero todos estaban muy contentos. Jules volvió a pensar en su idea de arreglar el presente para conseguir un futuro mejor, y se sintió orgulloso. Sabía que su invento no evitaba que los pobres pasaran hambre, pero sí que podrían aprovechar mejor los ingredientes de que disponían en la despensa.

La gente no paraba de llegar, atraída por el rico aroma que desprendía el pan fino, y cada bandeja volaba una vez que llegaba a los comensales. En medio de la emoción, Marie abrazó a Jules.

—Muchas gracias —exclamó emocionada—. Los pobres podrán alimentarse de pan hasta que lleguen tiempos mejores, y con tu invento no les parecerá una comida monótona.

Iba a añadir algo más, pero en aquel momento llegó Huan con sus optimistas ideas mercantiles:

—¿Sabes lo ricos que nos haremos si comercializamos este producto? Piénsalo: la gente haría cola para comer algo así. Podríamos crear una empresa y llevar el pan circular a sus casas para que nadie tuviera que cocinar; además, así estaríamos en forma, con tanto hacer ejercicio con la bicicleta.

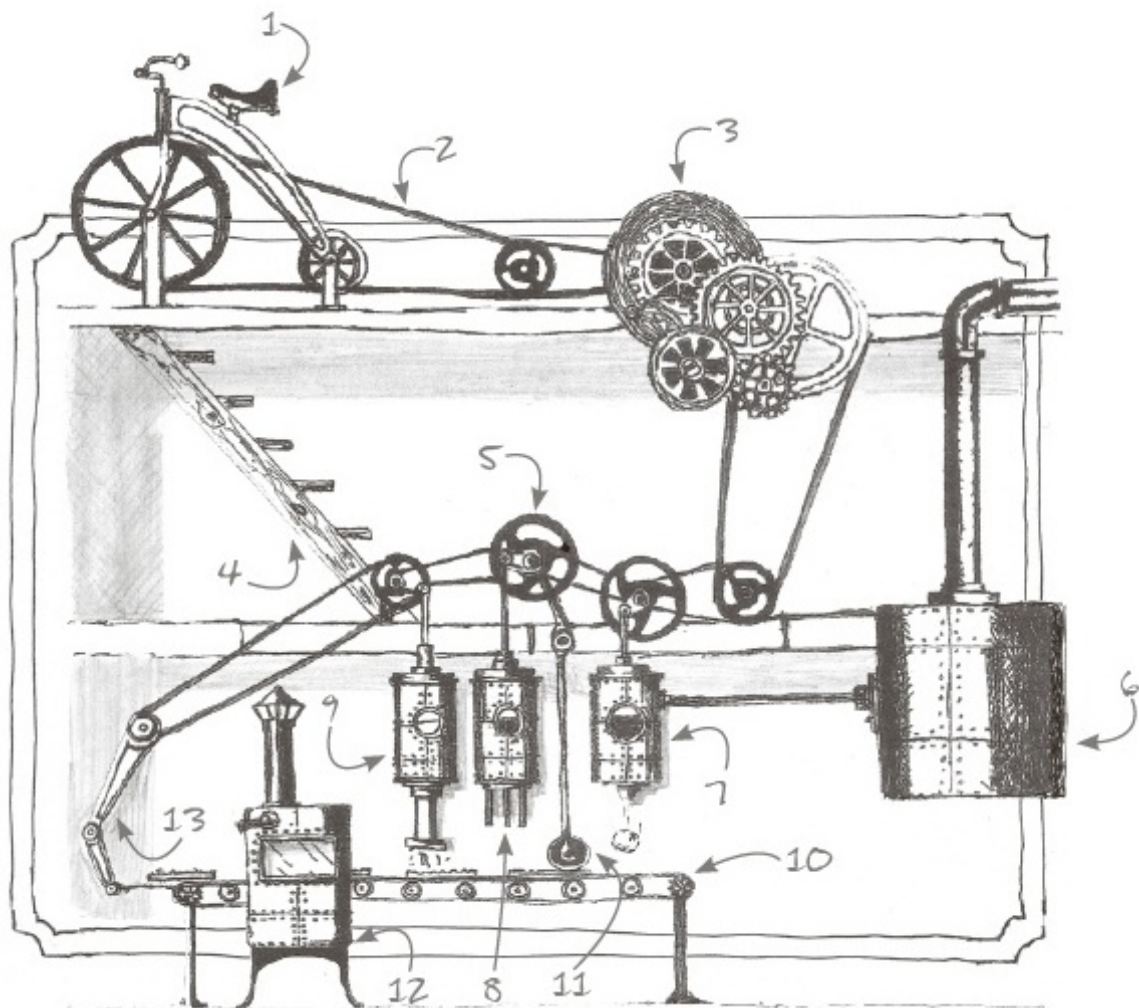
Pero ni Marie ni Jules le hicieron caso: ella estaba más preocupada por hacer llegar la máquina a los necesitados que por hacerse rica, y él estaba demasiado ocupado observando a Caroline, que en aquel momento estaba amasando pan en la máquina.

Caroline, desde encima del aparato, vio que Jules la estaba mirando y le sonrió.

—¡Quién me hubiera dicho que cocinar iba a ser tan divertido! —exclamó alborozada.

Entre tanto ajetreo, las horas pasaron volando y la gente empezó a retirarse. Cuando comprobaron que ya no quedaba nadie en la sala, Jules, Huan y Caroline aprovecharon que había vuelto la tranquilidad al asilo para acercarse a una de las monjas y entregarle un saquito repleto de monedas, ante la perplejidad de Marie.

MÁQUINA PARA PREPARAR COMIDA



LEYENDA

- 1.- BICICLETA PARA DAR CUERDA AL MECANISMO
- 2.- CORREAS DE TRANSMISIÓN
- 3.- MECANISMO DE RELOJERIA
- 4.- ESCALERA DE ACCESO
- 5.- POLEAS Y ENGRANAJES TRANSMISIÓN
- 6.- DEPÓSITO DE AGUA, HARINA Y SAL
- 7.- DEPÓSITO DE AMASADO, HARINA Y AGUA
- 8.- DEPÓSITO DE SALSA DE TOMATE
- 9.- DEPÓSITO DE QUESOS
- 10.- CINTA TRANSPORTADORA
- 11.- RODILLO AMASADOR
- 12.- HORNO DE COCCIÓN
- 13.- BRAZO DISTRIBUIDOR

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó la monja sorprendida.

—Son todos nuestros ahorros —explicó Caroline—: los hemos juntado y los queremos donar al asilo. Sabemos que no es mucho, pero hemos calculado que aquí hay dinero suficiente para comprar la comida de todo un día.

—¿De verdad? —Marie no se lo podía creer; le empezaron a caer lágrimas de felicidad—. ¿Incluso tú, Huan?

—Pues claro, ¿por quién me tomas? —exclamó él simulando indignación.

Todos se rieron. No era precisamente un secreto que Huan era el más avaro del grupo, pero el chico tenía un gran corazón.

Marie corrió a abrazar a sus amigos.

—Este ha sido uno de los días más felices de mi vida —les confesó. Se volvió hacia la monja, que los miraba sonriendo—. Además, han venido a cenar todos, estoy muy contenta; hoy nadie se irá a dormir con el estómago vacío.

La monja arrugó la frente en señal de preocupación pero no dijo nada.

—¿Qué ocurre? —preguntaron los chicos prácticamente al unísono. A ninguno se le había escapado la expresión de la monja.

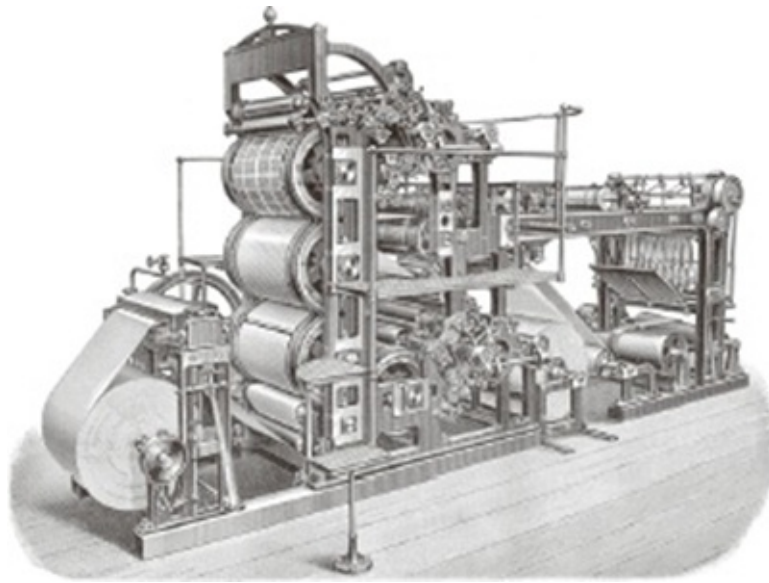
—Cuando has dicho que nadie se irá a dormir sin haber cenado, no he podido evitar pensar en algo que hace tiempo que me tiene preocupada —confesó la monja entristecida—. Solían venir cada día por el comedor benéfico dos niños huérfanos, hermanos, que son muy pobres y lo han pasado muy mal. Sin embargo, hace días que no aparecen. Al principio intenté no darle importancia, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Marie alarmada.

—Temo que les haya sucedido algo.

Capítulo 4

UNA NOTICIA PREOCUPANTE. SOMOS LOS ELEGIDOS



Caroline, Marie y Jules aguardaban a su amigo Huan a la entrada de la escuela La Bonne Tradition. Sin duda se le habían vuelto a pegar las sábanas.

—Deberíamos ir entrando —dijo Caroline preocupada—. Si vuelvo a llegar tarde, se lo dirán a mi padre.

—Tienes razón —coincidió Jules—, mejor será que... Esperad —se interrumpió a sí mismo—: ¿no es ese que viene corriendo hacia aquí como una exhalación?

Efectivamente, Huan se dirigía hacia ellos corriendo, con el pelo despeinado y cara de sueño. Se había dormido, como le sucedía a menudo, y no había podido ni desayunar, hecho que, tratándose de Huan, era todo un drama. Le tranquilizó comprobar que sus amigos todavía estaban esperándolo en la puerta del colegio; eso quería decir que no era tan tarde. Corría con tanto ímpetu que cuando ya estaba prácticamente enfrente de la escuela, chocó sin

querer con un hombre y ambos cayeron de bruces al suelo. Sus tres amigos se acercaron rápidamente y los ayudaron a levantarse.

—¿Estáis bien? —preguntó Caroline.

—Vigila por dónde vas —le reprendió el hombre hurañamente a Huan.

—Lo siento —se disculpó este avergonzado—. Es que llego tarde al colegio y...

Marie, que entretanto había ido recogiendo periódicos del suelo, los interrumpió:

—¿Y estos periódicos?

—Soy repartidor —respondió el hombre—; voy al centro de la ciudad a venderlos, y vuestro torpe amigo me los ha tirado todos.

—¿Qué pasa, Marie? —Jules se acercó a su amiga, que estaba lívida, y leyó por encima de su hombro el titular que encabezaba el periódico que sostenía en la mano—. «Atentado fallido en el puerto de Nantes contra una personalidad de la ciencia».

Jules tragó saliva y miró a los demás. Todos tenían la misma expresión en el rostro, y un idéntico pensamiento había cruzado por sus mentes: el capitán Nemo.

El vendedor de periódicos, que ya estaba en pie y llevaba entre las manos decenas de ellos, carraspeó indicándoles que quería el último periódico de vuelta, el que estaban consultando en aquel momento Jules y Marie, para poder reemprender su camino:

—Si lo queréis leer, comprádmelo.

Los chicos se miraron con tristeza. El día anterior habían donado todo su dinero al asilo.

—No tenemos dinero —se lamentó Caroline—, pero...

—Pero nada. —El vendedor no admitía excusas, ni estaba para regalar periódicos a los niños: tenía una familia de cinco hijos a la que mantener.

Alargó la mano derecha para que le devolvieran el periódico. Jules, ante el estupor de sus amigos, arrancó el periódico de entre las firmes manos de Marie y se lo devolvió al hombre.

—¡Que tenga un buen día! —exclamó saludándolo con la mano.

El vendedor le devolvió un seco saludo y se fue a toda prisa; ya había perdido unos preciosos minutos de su tiempo.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió Marie enfadada—. ¡No hemos podido leer la noticia! Ahora no sabemos si se trata del capitán Nemo.

Huan y Caroline secundaron las protestas de Marie.

—No os enfadéis, chicos. He leído la noticia en diagonal mientras le decíais al vendedor de periódicos que no teníais dinero: en el artículo no aparece el nombre de la víctima. El periodista no daba ninguna información relevante; no sabemos quién ha sido ni qué ha pasado exactamente.

Los chicos se miraron entre pensativos y asustados. La noticia los había descolocado por completo, tenían miedo de descubrir lo que le podía haber pasado al capitán.

Una determinación repentina brilló en los ojos de Marie, que contagió a sus amigos:

—Pues tendremos que ir al puerto a comprobarlo por nosotros mismos, ¿no creéis?

—Sí —coincidió Caroline.

—Por supuesto —afirmó muy serio Jules.

—¡Vamos! —exclamó Huan, que aunque fuera el más miedica del grupo, en esos momentos solo podía pensar en el capitán Nemo y necesitaba saber si le había sucedido algo malo.

—Supongo que este entusiasmo se debe a las ganas que tenéis de entrar en la escuela, ¿no es así? —preguntó una voz maliciosa a sus espaldas. Los cuatro chicos se volvieron y vieron al director, el señor Mathieu, que se acercaba hacia ellos.

—Sí... —afirmó Caroline dócilmente.

—Por supuesto —mintió descaradamente Jules.

Mathieu miró a Los aventureros del siglo XXI enarcando una ceja y los obligó a ir hacia el colegio.

—Llegáis tarde a clase —les comunicó mientras los animaba a acceder al recinto. Los cuatro entraron cabizbajos, con Mathieu pisándoles los talones, y observaron cómo este cerraba el portón detrás de él—. A vuestras aulas.

El director del colegio se quedó en silencio, viendo cómo Jules y Huan entraban en una clase y Caroline y Marie en la contigua. Sonrió.

Una vez en clase, ninguno se pudo concentrar. La imaginación de Caroline volaba todo el rato hacia el puerto en vez de atender en matemáticas; a su lado, Marie tamborileaba los dedos contra la mesa, nerviosa, hasta que la señorita Pringuèle le llamó la atención para que parara. En el aula de los chicos, Huan mordía la pluma en vez de tomar apuntes, y Jules miraba constantemente por la ventana deseando que las horas pasaran más rápido. El capitán Nemo ocupaba los pensamientos de los cuatro en todo momento; la

espera les estaba resultando insoportable, necesitaban tener noticias suyas pronto.

En la segunda hora, apareció Claude Mathieu por clase. Jules y Huan dejaron de pensar por un instante en el capitán y se miraron desconcertados; ¿por qué entraba el director en el aula si no les tocaba la asignatura de Moral hasta última hora?

Se posicionó en el centro de la sala y les comunicó que tenía una sorpresa muy especial para algunos de sus alumnos. Fue paseando la vista brevemente por toda la clase y se detuvo un poco más en Huan y Jules. Este último le sostuvo la mirada desafiante.

—Bueno, bueno —comenzó Mathieu frotándose las manos—. Debo comunicaros que desde la dirección del centro queremos premiar el esfuerzo de los alumnos más tenaces y trabajadores.

—Ya no me hace falta escuchar más —murmuró Huan, que no era ni tenaz ni trabajador.

El señor Mathieu, que no lo había oído, continuó con su discurso:

—Hemos organizado una magnífica excursión que durará dos días a la isla de Yeu, la cual, como seguro que conoceréis gracias a la asignatura de Geografía, está cerca de Nantes. Lamentándolo mucho, solo irán tres personas de cada clase, treinta en total, puesto que en la embarcación que hemos alquilado no hay sitio para todos vosotros. Los elegidos zarparéis mañana por la mañana y pasaréis un fantástico fin de semana conociendo el exuberante paraje natural que alberga la preciosa isla. Será sin duda una gran recompensa a vuestros esfuerzos.

Jules suspiró. Le habría gustado ir a la isla de Yeu, pero era imposible que Mathieu, con la manía que le tenía, lo eligiera como candidato. Levantó la cabeza y se percató de que el director lo estaba mirando de nuevo mientras hablaba.

—La persona que os acompañará en todo momento y supervisará la excursión será vuestra profesora de Matemáticas, la señorita Pringuèle —les comunicó tras una pausa—. Y ahora voy a proceder a leer los nombres de los elegidos. —Claude Mathieu se sacó una lista del bolsillo y la desdobló.

Jules, a quien ya no le interesaba lo que el director pudiera decir, volvió a pensar en el capitán Nemo.

—Rufat, Antoine —leyó Mathieu. Unos pocos aplaudieron y sonrieron a Antoine, un chico que sacaba unas notas mediocres y que tenía serios problemas en los dictados de Francés.

¿Estaría bien el capitán Nemo? El titular decía que el atentado había sido fallido, pero ¿qué quería decir eso exactamente? No especificaba en qué condiciones se encontraba la víctima.

—Verne, Jules.

Jules levantó la vista sorprendido. ¿Por qué Claude Mathieu había dicho su nombre? ¿Se había dado cuenta de que estaba pensando en sus cosas?

—Felicidades —le dijeron los compañeros.

Poco a poco se fue dando cuenta de lo que acababa de suceder: lo habían elegido como a uno de los alumnos que iría de excursión a la isla. Pero eso no tenía ningún sentido; Mathieu lo odiaba.

—Y el tercero es Shian, Huan.

Jules y Huan se miraron boquiabiertos. Édouard, el empollón de la clase, sentado en primera fila, volvió la cabeza hacia ellos y los miró con envidia.

—Mi más sincera enhorabuena a los tres escogidos en representación de la clase —los felicitó Mathieu en una enhorabuena que no tenía nada de sincera—. Espero que esta excursión sea muy instructiva y os sirva para conocer, a partir de la vegetación y la fauna de la isla de Yeu, los límites de la naturaleza. Hay cosas que no se pueden o, mejor dicho, no se deben cambiar. El progreso es peligroso. —Recalcó la última palabra pronunciándola lentamente—. Hay personajes que creen que están haciendo mucho por el bien de la humanidad y que en realidad solo la están llevando a su fin, manipulando cosas que no deberían cambiar. Esto, irremediablemente, comporta consecuencias. —Sonrió mirando de reojo a Jules—. Nunca se sabe qué científico puede acabar de la peor manera —añadió.

A Jules le hervía la sangre en las venas. ¡Claude Mathieu le estaba haciendo una revelación velada! El joven inventor habría puesto la mano en el fuego a que se estaba refiriendo al atentado del puerto.

—Ahora, os dejo que sigáis con la clase. Os deseo un buen viaje a los tres afortunados —dijo con una voz impostada.

Jules y Huan aguardaron la hora del patio con impaciencia. Tenían muchas ganas de hablar con sus amigas sobre la excursión del día siguiente y sobre el atentado del puerto. La clase de Francés se les hizo completamente insoportable y larga, pero al fin sonó la campana. Los chicos bajaron al patio y se encontraron rápidamente con Marie y Caroline, que ya los estaban esperando.

—¡Adivinad qué! —exclamaron ellas nada más verlos llegar.

—¿Qué? —preguntaron los chicos al unísono.

—Nos han elegido para la excursión de la isla —exclamó Caroline emocionada.

—A las dos —puntualizó Marie orgullosa.

Jules enarcó las cejas:

—A nosotros también.

—¿De verdad? —Caroline no cabía en sí de asombro—. ¿A ti también, Huan?

El chico asintió:

—Sí, a mí también. No sé qué mosca le ha picado a Mathieu. ¿Habrán votado todos los profesores? ¿Por qué creen que me merezco ir a la excursión?

—Ni idea —contestó Jules—. No sé qué criterio han seguido; también han elegido a Antoine, y no es precisamente buen estudiante: sus notas son normales y es rebelde. ¿A quién más han elegido de vuestra clase?

—A Amélie. —Marie pronunció el nombre con disgusto.

—Hablando de la reina de Roma... —los advirtió Caroline al percatarse de que Amélie se les acercaba.

—Somos los elegidos, ¿eh? —exclamó la chica sonriendo al llegar junto a la pandilla.

Caroline y Marie, que no la soportaban, la miraron sin decir nada. En cambio, Jules y Huan le sonrieron.

—Hemos tenido suerte —comentó Jules.

—Tengo muchas ganas de que llegue mañana —les dijo ella, mirando a Jules y a Huan.

—Ya —contestó Caroline cortante—. Ahora queremos hablar de un tema importante. ¿Puedes hacer el favor de irte?

Amélie puso mala cara y se alejó del grupo. Caroline y Marie se sentían muy incómodas cerca de ella; estaban seguras de que estaba relacionada de algún modo con la Orden Contra el Progreso, pero Jules y Huan nunca les hacían caso sobre este tema.

—¿No te has pasado un poco? —le preguntó Jules a su prima.

—Tú no la conoces —se apresuró a decir Marie interponiéndose.

—Y vosotras en realidad tampoco —protestó Huan.

—Tenemos nuestras sospechas —se defendió Caroline.

—Vamos, chicos. —Jules cortó la discusión que se estaba iniciando—. Tenemos cosas más importantes en las que pensar ahora.

Los demás asintieron e intentaron serenarse un poco; todos estaban tensos ante la incertidumbre de saber si el capitán Nemo había resultado herido en el

atentado.

—Escapémonos del colegio y vayamos al puerto —les propuso Marie—. Pero tendrá que ser a última hora, porque si nos vamos ahora, nos puede ver demasiada gente.

—Perfecto —coincidió Jules—. Para saltar el muro, usaremos la cuerda de nudos que enterramos hace tiempo en el parterre, junto a la maleza. Cuando suene la campana que anuncia las clases de la última hora, saldremos del aula como si quisiéramos ir al baño y nos encontraremos en el patio, enfrente del parterre. ¿Entendido?

Los demás asintieron y, en ese momento, sonó la campana que los devolvía a clase. Los chicos contaban los minutos y segundos que faltaban para salir de allí. Si sus respectivos padres les hubieran preguntado más tarde qué habían aprendido ese día en el colegio, ninguno habría sabido qué contestar.

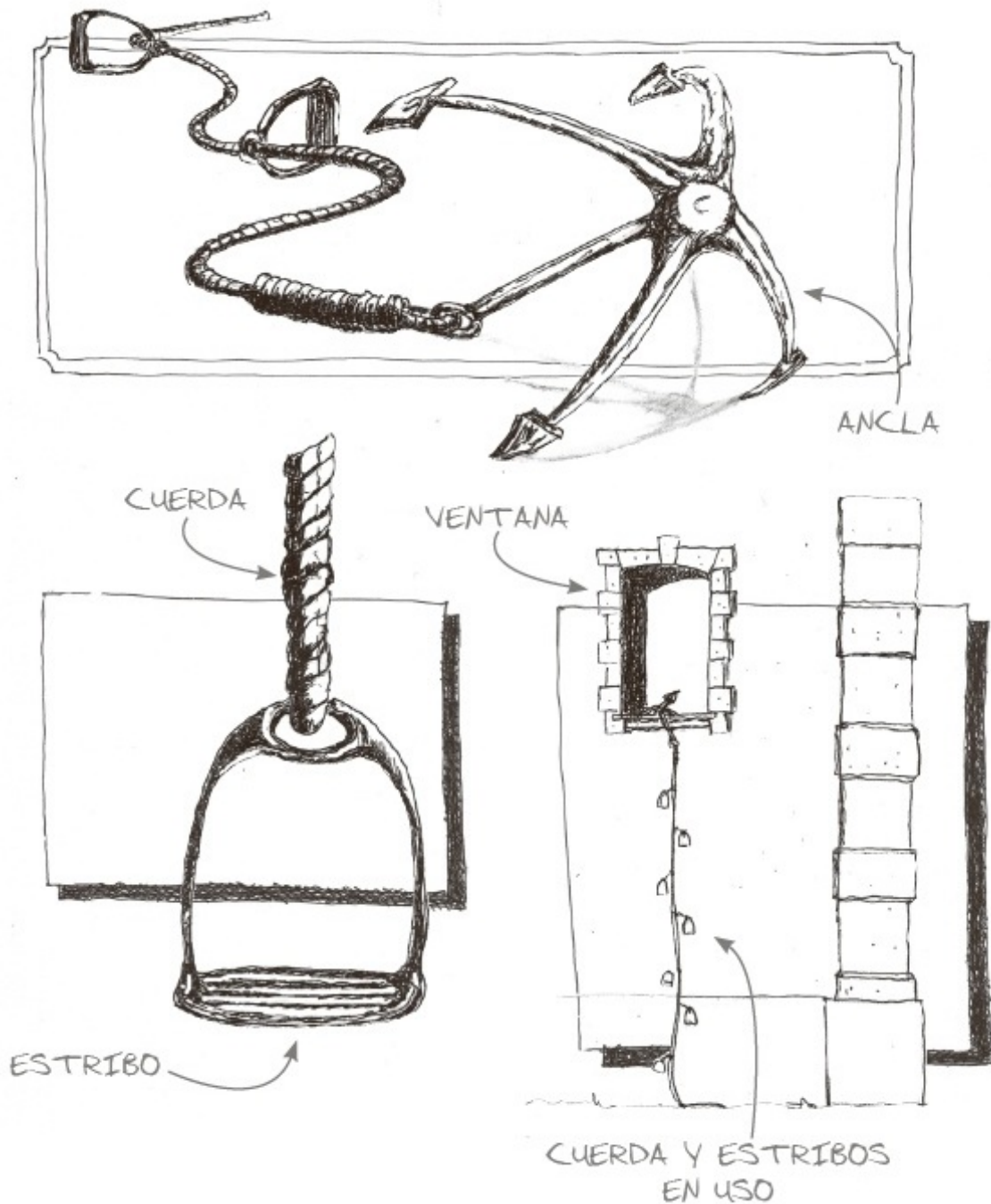
Cuando acabó la penúltima clase, Caroline y Marie recogieron sus cosas rápidamente y salieron del aula. Torcieron el pasillo en dirección a los aseos y, en el último momento, pasaron de largo y bajaron las escaleras. Cruzaron el patio corriendo; al llegar al parterre vieron que Huan y Jules ya estaban allí. En aquel momento, Huan acababa de desenterrar la cuerda de nudos, que estaba llena de tierra.

—Ha llegado la hora de saber si el capitán Nemo se encuentra bien —exclamó Jules—. Huan, ¿cómo vas?

Su amigo estaba muy concentrado cerciorándose de que el ancla estaba bien anudada al otro extremo de la cuerda. Si les fallaba, no podrían pasar al otro lado del muro.

—Está perfecta —anunció al fin.

CUERDAS Y ESTRIBOS



- EL ANCLA SE COLOCA EN EL ALFÉIZAR DE LA VENTANA
- SE PASA COLOCANDO LOS PIES Y MANOS EN LOS ESTRIBOS

Pero aún faltaba lo más difícil: tenían que conseguir pasar la cuerda por una ventana que se alzaba a varios metros del suelo, a demasiados, como pensó Huan al mirar hacia arriba. Con las cejas fruncidas por la concentración, giró el cabo de la cuerda varias veces para darle impulso y luego lo lanzó. El ancla tocó el alféizar de la ventana pero no pasó hacia el otro extremo, y la cuerda cayó al suelo cerca de ellos.

—¡Ahora pruebo yo! —Marie se la cogió de las manos a Huan e intentó acertar en su lanzamiento de cuerda. Su tiro fue aún más ineficaz que el de su amigo, porque Marie no le había dado suficiente impulso a la cuerda.

—Lo estás haciendo mal —le informó entonces a sus espaldas una dulce voz que Marie detestaba. La chica se volvió como un resorte y se encontró con unos ojos que la miraban fijamente.

—Pero ¿qué...? —Estaba tan sorprendida e irritada que no pudo ni acabar la frase.

—¡Amélie!, ¿qué haces aquí? —Huan formuló la pregunta que tenían todos en mente.

La chica le sonrió cándidamente:

—Hola, Huan. He visto que mis dos compañeras se iban con mucha prisa y que Marie se dejaba su chaqueta en el aula. Quería devolvértela, Marie —dijo entregándosela.

Marie la cogió con recelo.

—Y ahora —prosiguió Amélie sonriente—, si os parece, os enseñaré cómo se hace: es muy sencillo.

La chica cogió la cuerda y, como si lo llevara haciendo toda la vida, tomó impulso y lanzó al aire el extremo del ancla, que se ensartó en la ventana con total facilidad. Marie se cruzó de brazos enrabiada: no soportaba que Amélie la hubiera visto fallar y que, por si fuera poco, luego hubiera logrado en un santiamén lo que ella no había podido hacer.

—Os he salvado, me debéis un favor —dijo entonces—. ¿Puedo escaparme con vosotros? Yo también quiero saber si vuestro amigo está bien.

—¿Cuánto rato llevas escuchándonos? —le preguntó Caroline enfadada. Hacía ya mucho que habían hablado del capitán Nemo, y no le gustaba nada que Amélie espiara sus conversaciones.

Amélie no contestó, solo mantuvo esa sonrisa que tanto inquietaba a las chicas.

—Gracias por devolverme la chaqueta y por conseguir pasar la cuerda por el alféizar de la ventana, pero no, no puedes venir con nosotros; es un asunto privado —le dijo Marie con un tono de voz resentido.

—Una lástima. Nos vemos mañana —respondió Amélie secamente.

Mientras se marchaba, Huan le gritó:

—¡Tal vez en otra ocasión!

Caroline y Marie lo miraron ofendidas.

—Es que sois muy duras con ella... —se excusó él.

—Seguro que ahora irá a Mathieu a chivarle que nos hemos escapado del colegio —dijo Marie apretando los puños—. Primero nos ayuda a escapar y luego nos tiende una trampa. ¿Qué os apostáis a que nos castigan sin la excursión de mañana?

—Puede ser —asintió Jules, que también veía peligrar la salida a la isla—. Pero es más importante comprobar qué ha ocurrido en el puerto, así que ¡en marcha!

Jules comprobó entonces que el tiro de Amélie había sido certero y que el ancla estaba bien sujeta al alféizar de la ventana. Desde la dirección de la escuela habían reforzado el muro que rodeaba el recinto porque se escapaba demasiada gente; ahora la valla era más alta, así que la cuerda era totalmente necesaria para salir de allí. Jules fue el primero en pasar por ella, ayudándose de los estribos para ir escalando el muro poco a poco. Luego fue el turno de Caroline; la tercera en pasar fue Marie, y, finalmente, Huan. Al ser el último, tenía miedo de que lo pillaran a él solo dentro del colegio con la cuerda en la mano; no habría sabido qué decir, se habría puesto muy nervioso. Por este motivo, escaló el muro ayudado de la cuerda más rápido incluso que los demás, pero con las prisas se peló la rodilla al raspársela contra la piedra.

Diez minutos más tarde, no había ni rastro de los cuatro chicos. Una cuerda olvidada en el césped, junto al enorme muro de piedra, bajo el viejo roble, era la única señal de lo sucedido. A aquella hora, en algún rincón de la ciudad, cuatro niños corrían hacia el puerto para conocer el destino de la persona a la que más admiraban.

Capítulo 5

UNA BOMBA DE CORBIDIO. EN LA BOCA DEL LOBO



A aquella hora, el puerto estaba en plena ebullición: los marineros y los comerciantes iban de un lado para otro, había barcos que zarpaban, otros que acababan de amarrar, y parecía que todo el mundo tuviera prisa. Los aventureros del siglo XXI, que en otras condiciones se habrían quedado largo rato contemplando el vaivén de la vida marinera, se dirigieron rápidamente al muelle sin reparar en la frenética actividad de su entorno: solo tenían ojos para una embarcación que, ancorada en la orilla del río, era totalmente distinta a las demás. El *Nautilus* se erigía imponente entre los barcos pesqueros comunes: era totalmente de hierro y mucho más largo que los otros buques. Jules y sus amigos habían descubierto recientemente los secretos que escondía; se trataba de la única embarcación del mundo capaz de navegar por

debajo del agua, como si fuera un monstruo marino. En aquel momento, sin embargo, ni siquiera Jules pensaba en las maravillas que escondía el *Nautilus*, ya que su único objetivo era dar rápido con el capitán Nemo o con alguien que pudiera contarles qué había sucedido.

Avanzaron hacia el *Nautilus* con el corazón en un puño, preparándose interiormente para recibir malas noticias. Cuando estaban llegando, repararon en una figura que les resultaba muy familiar. Recostado junto a la nave, un hombre imponente, con una larga y frondosa barba y una gorra de capitán calada en la cabeza, fumaba en pipa pensativo. Los cuatro corrieron hacia él.

—¡Capitán Nemo! —Caroline y Marie lo abrazaron impulsivamente, cogiendo por sorpresa al capitán, que estaba inmerso en sus cavilaciones.

Jules y Huan saludaron al capitán menos efusivamente, aunque la emoción se percibía en sus rostros.

—Pero, bueno, ¿qué ocurre? —preguntó el capitán Nemo a las chicas.

—Creíamos que le había sucedido algo malo —le explicó Caroline, soltando al capitán del abrazo, un poco avergonzada por su pérdida de decoro—. Vimos el periódico...

—Ah, veo que ya os ha llegado la noticia —dijo el capitán, sin mostrarse sorprendido ni cambiar la expresión de su rostro. A los chicos a menudo les habría gustado poder leerle la mente; el capitán Nemo siempre se mostraba sosegado y no dejaba entrever sus preocupaciones. Sin embargo, Caroline advirtió que una arruga vertical le cruzaba la frente; era la misma arruga de preocupación que a veces tenía su padre en el rostro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jules—. Pensábamos que había sido usted la víctima.

—Me temo que esa era la intención —les comunicó con gravedad el capitán—. Ya conocéis a mi fiel compañero Yamir, ¿verdad? Es él quien ha resultado maltrecho en este atentado. Ayer, hacia la hora del crepúsculo, encontró por casualidad una pequeña barca junto al *Nautilus*. Nunca antes la habíamos visto y nos pareció sospechosa. Yamir remó con un bote hasta esa embarcación, que en un principio creímos vacía, y descubrió que contenía una bomba. ¿Adivináis el material?

—No —negó Huan.

—Sí —dijo Jules al mismo tiempo.

Todos lo miraron.

—Me apuesto lo que queráis a que estaba hecha de corbidio —afirmó el chico con rotundidad.

—Así es —asintió el capitán Nemo—. Estoy convencido de que la Orden Contra el Progreso está detrás de todo esto; pretendían acabar con mi vida y, ya de paso, con la de toda la tripulación.

—¿Qué le ocurrió a Yamir? —preguntó Caroline alarmada—. ¿Explotó?

—Por suerte, no —la tranquilizó el capitán—, supo desactivarla a tiempo. Pero estar expuesto al corbidio lo ha intoxicado gravemente; ya conocéis las nocivas propiedades de este mineral.

—¿Se recuperará? —inquirió Marie, siempre muy pendiente de los demás.

—Esperemos que sí. —El aspecto serio del marino no les permitía conocer sus verdaderos pensamientos.

Jules recordó cómo se había salvado de las fauces de un tiburón por estar cerca del mineral. Sucedió cuando subió a bordo del *Nautilus*, el barco del capitán Nemo, y descubrió que el navío era capaz de viajar por el fondo del mar como si se tratase de un pez. En aquella ocasión, y por primera y única vez en su vida, el chico había agradecido la presencia del corbidio a su lado: fue eso lo que lo salvó de sufrir una sangrienta muerte, puesto que el tiburón no se quiso aproximar demasiado al muchacho. Si uno de los animales más peligrosos del reino animal no se había atrevido a acercarse al corbidio, no quería ni imaginarse cuáles podían ser las repercusiones en un mero ser humano al entrar en contacto con una bomba fabricada con ese material. Se estremeció y se compadeció del pobre Yamir.

—Sin duda, es cosa de Mathieu; hoy en el instituto ha hecho un discurso muy vehemente en contra del progreso —le contó al capitán—. Pero ¿de dónde sacan el corbidio?

—He estado meditando mucho sobre este tema, y he llegado a la conclusión de que tiene que existir por fuerza una mina de corbidio cerca de Nantes —les comunicó él—. Les resultaría inviable transportar el corbidio desde muy lejos, es un material demasiado peligroso. —El capitán Nemo dio una calada a su pipa—. Pero, sinceramente, llevo toda la mañana dándole vueltas y no tengo ni idea de dónde puede estar la mina.

Esa misma noche, Jules tenía diversas excusas preparadas, aunque ninguna le satisfacía por completo. Lo más probable era que sus padres no lo creyeran y lo castigaran todo el fin de semana; por supuesto, era imposible que lo dejaran ir a la excursión a la isla de Yeu que el colegio había organizado para el día siguiente. Estaba en tensión cuando se sentó a la mesa para cenar: en

cualquier momento, su padre lo miraría con gravedad y su madre suspiraría decepcionada. Él intentaría excusarse de la mejor manera posible: no es que se hubiera escapado del colegio a última hora por el simple placer de hacer pellas; su amigo Huan se encontraba verdaderamente mal, le dolía la barriga, y él lo había acompañado a casa. No habían dicho nada en la escuela porque entonces habrían hecho ir al médico, y Huan les tenía pavor a los médicos. Había preferido que Jules lo ayudara a llegar a casa y luego se había metido en la cama. Por cierto, ahora se encontraba mejor, así que Jules solo había contribuido a una buena causa; deberían darle las gracias y premiarlo por su lealtad y por su sentido de la prudencia.

Sus padres le contestarían que era increíble que tuviera tanta imaginación para inventarse una excusa semejante y que estaban incluso más decepcionados que antes; por lo tanto, le aumentarían el castigo. Jules aceptaría la derrota y se encerraría en la habitación furioso y triste, pero por lo menos le quedaría el consuelo de que el capitán Nemo estaba bien y de que, aunque Yamir se encontraba en estado grave, en el hospital harían todo lo posible por salvarle la vida.

Pero ¿por qué sus padres no decían nada? ¿Por qué no empezaban ya con la bronca? Ambos tenían las facciones relajadas, despreocupadas, y no se habían percatado de la intranquilidad de Jules. Tal vez todavía no los habían avisado del colegio. Sin embargo, ya era muy tarde; si no lo sabían aún, era probable que Mathieu no se lo dijera. A Jules le costaba creerlo; el director parecía otro. Antes nunca habría desaprovechado una oportunidad para castigar a Jules y a su pandilla, y más estando tan próxima la excursión a la isla.

Se relajó. Fuera como fuese, estaba de suerte, así que ahora solo tocaba poner buena cara y disfrutar de la cena con su familia. Se llevó la cuchara sopera a la boca mientras su hermano pequeño disimulaba una risilla. Cuando tragó la sopa que había preparado su madre, algo extraño le sucedió: un picor le subió por la garganta y empezó a estornudar, totalmente congestionado. Ahora, a la risa de su hermano Paul, que ya no tenía nada de disimulo, se le había sumado la de Anna: ambos hermanos se desternillaban, contentos de que fuera por una vez Jules el blanco de la broma y no ellos.

—¿Qué pasa, Jules? ¿No está buena la sopa? —preguntó su madre preocupada.

—Está buenísima, mamá —contestó Paul entre risas, mientras Jules bebía agua para intentar pasar la congestión.

—Pimienta... —consiguió articular Jules.

La madre abrió los ojos sorprendida; ella raramente cocinaba con pimienta. Entonces cayó en la cuenta y miró a Paul:

—¿Esa es tu manera de devolvérsela a tu hermano? ¿Es que no hay nadie en esta casa que sepa comportarse como una persona normal?

El chico dejó de reírse e intentó poner cara de pena, pero la madre no se dejó embaucar y siguió sermoneando a su hijo menor. Sin embargo, a Paul no le importó mucho; había tenido su momento de gloria introduciendo puñados de pimienta en la sopa de su hermano y se sentía poco menos que invencible.

Jules, ya más calmado tras el ataque de estornudos, disfrutó un poco con la escena que tenía enfrente de sí: su madre casi nunca regañaba a Paul. El sermón duró un rato más, luego Paul mostró su arrepentimiento y le pidió disculpas a su hermano; por último, la madre le sirvió un nuevo plato de sopa a Jules, que la tomó bastante satisfecho. No solo sus padres no se habían enfadado con él por haber faltado al colegio, sino que la bronca se la había llevado su hermano por una estúpida broma. Ni siquiera se sentía del todo molesto con Paul por haberse vengado tan pronto de él; de todos modos, la broma de la araña había sido más sofisticada y aterradora que la de la pimienta. A Paul todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

Como, entre una cosa y otra, habían acabado cenando más tarde de lo habitual, aquella noche parecía que nadie iba a irse a dormir. Jules estuvo aguardando con impaciencia de pie en su cuarto. Cuando oyó que su madre se acercaba al dormitorio, se metió rápidamente en la cama, todavía vestido, y se tapó hasta arriba con las sábanas para que su madre no lo notara. La mujer entró en la estancia e intentó tapar mejor a su hijo, pero este se quejó.

—Está bien... —aceptó la madre, y lo besó en la frente—. ¿Cómo estás? ¿Sigues con la garganta irritada por la pimienta?

Jules, que se encontraba perfectamente, simuló un pequeño malestar y le dijo a su madre que lo que necesitaba era descansar. La mujer asintió y le dio las buenas noches antes de salir del dormitorio.

—Buenas noches, mamá.

En la oscuridad, Jules tanteó con los dedos por la mesilla hasta dar con las gafas de visión nocturna. Se las puso y, al instante, pudo ver los objetos y los muebles de su habitación. La casa había quedado en calma, todos debían de estar durmiendo. Jules se levantó de la cama y, totalmente vestido, se encaminó hacia la puerta.

Logró salir de la casa sin hacer el menor ruido; había ido perfeccionando la técnica a lo largo de las distintas misiones que venía realizando desde que pertenecía al club de Los aventureros del siglo XXI.

Una vez fuera, se dirigió veloz y sigilosamente hacia el puerto. Se sentía más seguro que si estuviera andando por la calle en pleno día bajo la luz del sol. Sabía que gracias a sus gafas de visión nocturna, él vería a quien fuera mucho antes de que lo vieran a él, y eso siempre suponía una gran ventaja. Se sentía liviano y confiado; su figura podría haberse confundido perfectamente con la de cualquier sombra. Alcanzó su destino en poco rato; sin embargo, su amigo ya lo estaba aguardando.

Se saludaron escuetamente.

—Llegas tarde —murmuró Huan.

—Lo sé. Ha habido un incidente con la pimienta durante la cena y hemos tardado más de lo habitual en irnos a la cama.

Pareció que a Huan le valía esa explicación. El muchacho tan solo preguntó:

—¿Por dónde empezamos?

Jules lo meditó unos instantes. A su alrededor, solo se oía el leve ruido de las naves meciéndose suavemente por las olas; el puerto, a aquella hora, parecía un cementerio de buques y no un lugar con vida, no tenía nada que ver con el ambiente que habían presenciado los chicos aquella misma mañana.

—Creo que lo mejor será acercarnos a la zona donde Yamir encontró el corbidio; puede que encontremos alguna pista.

—De acuerdo, entonces debemos ir hacia el *Nautilus*; el corbidio estaba en una barquita cerca de allí —recordó Huan.

Ambos chicos se pusieron a merodear por el lugar: la nave del capitán Nemo parecía incluso más imponente en la negrura de la noche, pero la pequeña embarcación de la que este les había hablado no se veía por ninguna parte.

—¿Ves algo? —preguntó Huan, quien, sin las gafas de visión nocturna, se sentía más un estorbo que una ayuda.

—No —contestó Jules flojito—. No hay ni rastro de la barca; me pregunto dónde la habrán metido.

—Mis padres siempre guardan los artículos que no quieren que los clientes vean en la trastienda; ya sabes, objetos defectuosos y demás. Si yo hubiera tenido que esconder la barca en alguna parte, habría escogido uno de los almacenes del puerto —aventuró su amigo.

—¡Pues claro! —exclamó Jules, un poco demasiado alto debido a la emoción—. Pero ¿en cuál? —Tras meditarlo rápidamente, se contestó a sí mismo al cabo de unos segundos—: Busquemos el almacén que quede más cercano al *Nautilus*. El capitán Nemo tiene razón: el corbidio es difícil y peligroso de transportar; la Orden Contra el Progreso no se la jugará haciendo viajes muy largos por el puerto; cuanto más largo sea el trayecto, más gente los puede ver.

Los dos chicos se acercaron a los edificios que había junto al embarcadero. Casi todas las casas parecían viviendas de pescadores, pero había una construcción sin ventanas que tenía toda la pinta de ser un almacén. El único orificio del edificio era el de la cerradura de la puerta. Jules miró por ella y luego llamó a su amigo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Huan.

—Ven, ponte mis gafas y mira por el ojo de la cerradura; ya verás.

Huan, emocionado, se puso las gafas de visión nocturna y enseguida lo vio todo con gran claridad. Casi parecía que fuera de día.

—Alucinante —susurró maravillado.

—Ahora mira por la cerradura —lo apremió Jules, que no quería perder el tiempo.

Huan acercó el ojo derecho a la cerradura y pudo ver el interior del oscuro almacén que, gracias a las gafas, parecía tenuemente iluminado. Había trastos de todo tipo, desde redes de pesca a trajes de marinero y, en un rincón, junto a la pared, una pequeña barca.

—¿Crees que es la barca donde metieron la bomba?

—Podría serlo —respondió su amigo—. Y ahora, fíjate en eso que hay al lado de la barca.

—Parece corbidio —dijo Huan con voz trémula, sin dejar de mirar a través de la cerradura—. Deberíamos entrar.

—Sí, pero ¿cómo? La puerta está cerrada —se lamentó Jules.

—Traigo la placa para abrir puertas que me regalaste una vez.

—¡Perfecto! Gracias, Huan, piensas en todo.

Huan sonrió y sacó la placa de su bolsillo. La estuvo manipulando un rato en la cerradura hasta que esta emitió un chasquido y se abrió. Los dos chicos entraron en el inmenso almacén en silencio y se dirigieron hacia donde estaba la barca.

—Efectivamente, junto a la barca hay corbidio —afirmó Jules acercándose a la pequeña embarcación.

Huan, que todavía llevaba las gafas puestas, matizó el comentario de su amigo:

—Jules... —exclamó tembloroso—. No solo hay corbidio junto a la barca; hay corbidio por todas partes. Creo que no deberíamos estar aquí.

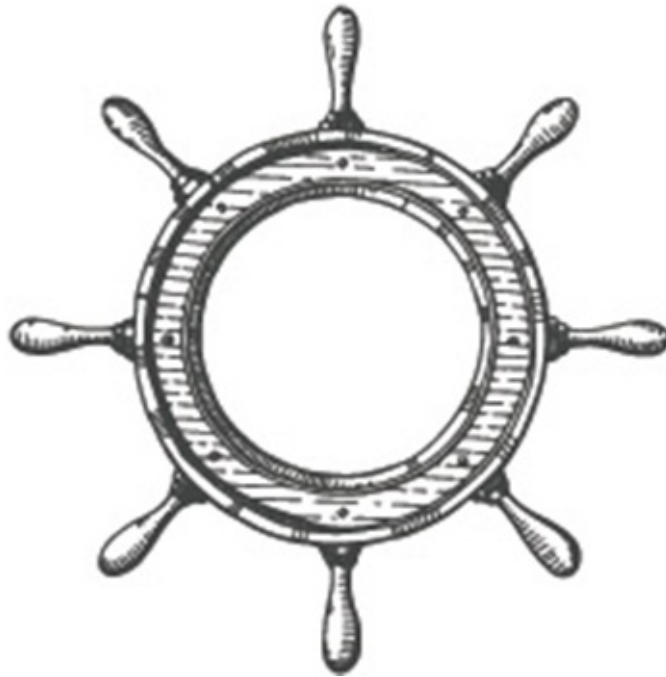
En aquel momento, ambos oyeron un ruido. Venía del fondo del almacén, de detrás de unos estantes. Jules y Huan tuvieron la certeza de que se habían metido en la boca del lobo o, mejor dicho, en la guarida de la Orden Contra el Progreso. Se miraron, paralizados por el miedo. En cualquier momento un encapuchado saldría de detrás de los estantes y los atacaría.

—Huyamos —susurró Huan.

Ambos chicos echaron a correr sin mirar atrás. Sin duda estaban haciendo ruido; sus pisadas sonaban en el silencio de la noche, pero solo pensaban en escapar, sin importarles ser descubiertos por quien fuera que hubiera dentro del almacén. Lo único importante era salir vivos del lugar. Hasta que no estuvieron a un kilómetro del puerto, no pararon a tomar aliento.

Capítulo 6

UNA COMIDA CON SORPRESA. A LA DERIVA



—Buen viaje, grumetes. —El capitán Nemo se había acercado hasta el velero que estaba a punto de zarpar.

Casi todos los alumnos habían subido ya a la embarcación, pero los cuatro aventureros del siglo XXI permanecían en tierra firme. Desde lejos habían visto al capitán aproximarse hacia ellos y no querían partir sin contarle las averiguaciones de la noche anterior.

—Todo bien, ¿chicos? —preguntó el capitán cuando, una vez junto a ellos, se dio cuenta de sus miradas serias—. Cualquiera diría que os espera un viaje al infierno en vez de una agradable excursión.

—Estamos bien —afirmó Jules—, pero ayer por la noche Huan y yo descubrimos algo.

—Sí, y lo descubristeis solo vosotros porque no nos quisisteis avisar ni a Caroline ni a mí para que os acompañáramos —no se pudo resistir a añadir Marie.

—No queríamos que tuvierais problemas —se defendió Huan.

Las chicas pusieron los ojos en blanco. Era cierto que Caroline lo tenía mal para escaparse de casa, pero hasta entonces eso nunca había supuesto un problema; Jules siempre se las ingeniaba para ayudarla a salir sin que su padre se diera cuenta. En cuanto a Marie, estaba realmente exhausta debido a las horas que dedicaba durante el día al asilo (siempre que no estaba en el colegio o con sus amigos iba allí a ayudar a las monjas), pero habría saltado de la cama sin pensárselo dos veces si los chicos se lo hubieran pedido.

—Nos pareció peligroso —se excusó a su vez Jules. Luego volvió a dirigirse al capitán Nemo, que aguardaba pacientemente a su lado—: Capitán, anoche vinimos al puerto a investigar un poco y descubrimos un almacén donde la Orden Contra el Progreso guarda corbidio. Es aquel de ahí, ese tan grande que está cerca de las embarcaciones.

El capitán dirigió la vista hacia donde Jules le señalaba, un edificio grande y viejo, y arqueó las cejas:

—Si tienen el almacén tan cerca de los barcos, es porque deben de transportar el corbidio en uno de ellos.

—Eso mismo pienso yo —coincidió Jules—. Pero todavía no sabemos de dónde lo extraen ni cuál de estas embarcaciones trae el corbidio hasta Nantes.

—Lo más importante es saber de dónde sacan tanto corbidio, pero parece que estamos muy lejos de averiguarlo —suspiró Caroline.

—Me mantendré alerta —les prometió el capitán Nemo—: me fijaré en todas las embarcaciones que atraquen en el puerto y estaré atento por si alguna de ellas utiliza el almacén para guardar sus cosas.

En aquel momento, la señorita Pringuè le les gritó desde dentro del velero:

—¡El barco zarpará en dos minutos! ¡Ya estáis subiendo ahora mismo!

—Venga, marchaos —los apremió Nemo—. Buen viaje y buena mar.

—¡Hasta pronto! —se despidieron rápidamente los chicos antes de subir al velero.

El capitán Nemo aguardó unos instantes junto al barco, observando a sus cuatro jóvenes amigos. La tripulación levó anclas y el velero empezó a moverse, separándose lentamente del embarcadero. En la proa del barco, la señorita Pringuè reñía en esos momentos a Jules, Caroline, Huan y Marie por haberles hecho perder unos minutos preciosos de su tiempo. Los niños la escuchaban cabizbajos, pero el capitán notó que no se los veía muy

arrepentidos. Sonrió. Le habría gustado embarcarse en esa aventura con ellos, pero tenía que quedarse en tierra firme, cuidando de Yamir. Todavía no había mejorado, y el capitán Nemo estaba muy preocupado.

Dejó de pensar por unos momentos en el intento de atentado y volvió a centrar su atención en el velero que partía. La señorita Pringuèle se había ido a molestar a otros alumnos, y ahora los cuatro amigos lo saludaban con la mano alegremente. El capitán Nemo les devolvió el saludo y siguió contemplando cómo el barco, con las velas hinchadas por el viento, se iba haciendo cada vez más chiquitito, deslizándose río abajo hasta llegar al mar. Permaneció junto al embarcadero hasta que lo perdió de vista por completo.

—¡Isla de Yeu, allá vamos! —gritó Marie al viento, emocionada.

Sus tres amigos aplaudieron contentos. Era genial pasar un fin de semana juntos explorando la flora y la fauna de una isla. Todavía no podían creerse la suerte que tenían.

—¿Tampoco avisaron a vuestros padres de que habíamos faltado a última hora? —les preguntó Jules.

—No —respondió Caroline—. Y es extrañísimo. Ya sabéis que mi padre es amigo del director, se lo cuentan todo.

—A lo mejor están esperando a que volvamos de la excursión para castigarnos —aventuró Huan. De todos modos, a él tampoco le importaba mucho: sus padres no eran nada estrictos con él, así que no sufría por que le impusieran un duro castigo.

—Pero realmente es muy raro que nos hayan escogido para la excursión. —Marie se rascó la cabeza pensativa—: Mathieu te odia, Jules, y sabe que Caroline y yo somos tus amigas y te ayudamos en todo. Por si fuera poco, Huan no solo es tu amigo, sino que es un mal estudiante.

—¡Eh! —se quejó Huan—. Tampoco tan malo...

—Sí que es extraño, sí —coincidió Jules, haciendo caso omiso de las quejas de su amigo—. Pero no debemos darle más vueltas: aprovechemos la suerte que, por una vez, hemos tenido.

—¡Sí! —asintieron los otros contentos.

Jules aprovechó la emoción del momento para sacar un artilugio que llevaba oculto desde casa.

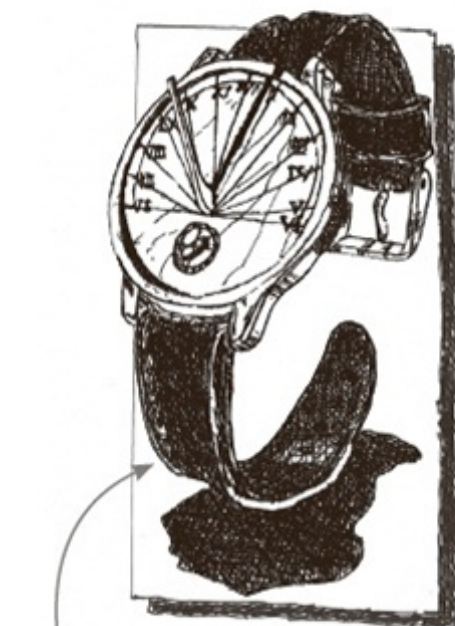
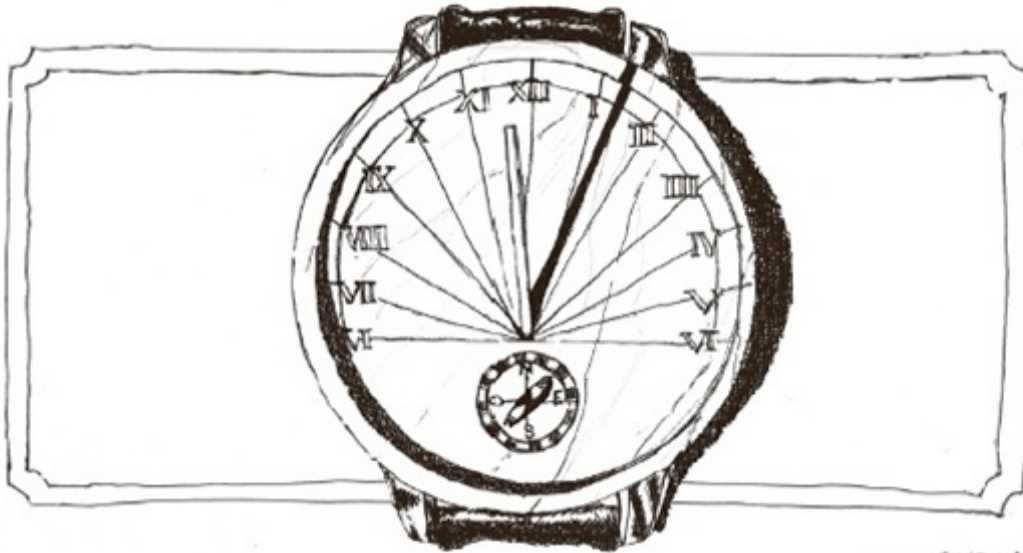
—¿Queréis ver mi nuevo invento?

Lo dijo bastante alto, y aparte de sus amigos, los alumnos que estaban cerca del chico también se aproximaron curiosos para observar el objeto que

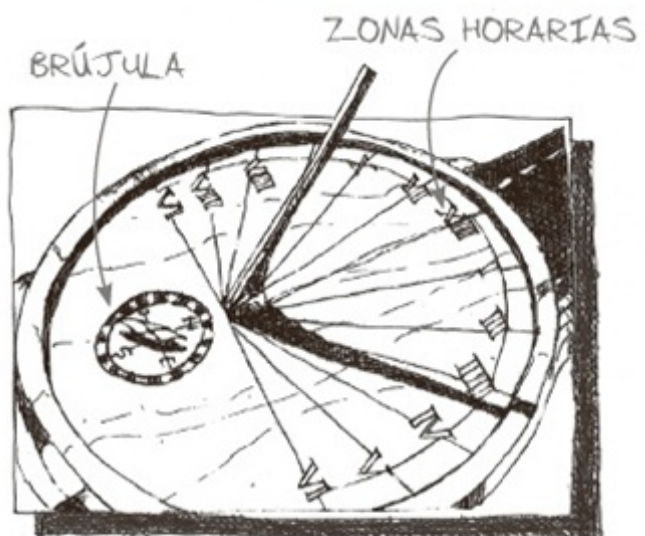
tenía entre las manos. Jules era famoso en todo el colegio por sus inventos, y Caroline y Marie sospechaban que dicha fama lo enorgullecía bastante, aunque no quisiera reconocerlo.

El chico mostró un extraño medallón que llevaba atado a la muñeca con una correa. Tenía unos números grabados en la parte externa de la circunferencia, y un pequeño palo pegado en el centro de la esfera.

RELOJ SOLAR



CORREA PARA
FIJAR AL BRAZO
CON MÁS COMODIDAD



GNOMON, AGUJA QUE PROYECTA
SU SOMBRA INDICANDO LA HORA

—Se trata de un reloj solar —explicó al público que se había ido formando—. En realidad no me lo he inventado yo, ni mucho menos: se cree que el primero lo idearon los egipcios hacia el año 1500 antes de Cristo. Aunque ahora usemos relojes mecánicos, el reloj solar ha sido de gran utilidad durante muchos siglos. Su funcionamiento es de lo más sencillo: la sombra que hace el palito va variando en función de la posición del sol en el cielo y nos va indicando qué hora es. A lo largo del día, la sombra que proyecta el palo se va estirando y luego se va acortando; solo tenemos que colocar el reloj orientado al sur y la sombra nos señalará la hora.

—Entonces —intervino una chica a la que conocían de vista—, ¿la sombra que proyecta el palo irá pasando por los distintos números que hay marcados en el medallón?

—Exactamente —contestó Jules sonriente—; he escrito todas las horas del día en el reloj solar, y la sombra nos irá indicando qué hora es. Ahora, por ejemplo, es la una del mediodía.

Un murmullo de admiración se extendió por el barco:

—¡Vaya!

—¡Genial!

Dos chicas un año mayores que Jules cuchicheaban entre ellas y soltaban risitas sin dejar de mirarlo. Caroline y Marie las observaron con los ojos entrecerrados. Jules estaba disfrutando mucho con las atenciones que los alumnos le dedicaban, y sospechaban que estaba enseñando aquel reloj para alardear sobre todo ante el público femenino. Nunca lo hubieran reconocido en voz alta, pero en aquel momento ambas tenían celos de todas aquellas chicas que sonreían a Jules con admiración y que lo animaban a que fabricara más inventos.

Huan también estaba celoso, pero por otros motivos. ¡Él también quería ser el centro de atención de las chicas del colegio!

—Yo también he ayudado a Jules con el reloj este —proclamó a los cuatro vientos—. ¿Verdad que sí? ¿Verdad, Jules?

—Huan me ha proporcionado el material, que es de gran calidad —explicó Jules a quien quisiera oírlo.

—Podrías decir que he tenido yo la idea —se quejó Huan por lo bajini a su amigo.

Caroline y Marie no pudieron contener la risa al oír el comentario de Huan.

—Nosotras te creemos, Huan —dijo Caroline risueña.

El chico las miró huraño. Iba a replicar, pero en aquel momento la señorita Pringuèle acababa de aparecer en cubierta con un carro lleno de raciones de comida.

—¡Al fin! —exclamó Huan, sin importarle ya si Jules se hacía más famoso entre las chicas del colegio que él.

La profesora de Matemáticas empezó a repartir las raciones entre los niños del colegio y la tripulación del barco. El manjar consistía en una ensalada algo mustia y una quiche de verduras y jamón. Marie cogió su ración y se la guardó en el abrigo.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Huan, mientras cogía del carrito su propia ración.

—La guardo para los pobres del asilo —le explicó ella—; necesitan esta comida más que yo.

Caroline y Jules, al oír las palabras de Marie, decidieron que ellos también ayunarían. Se guardaron sus respectivas raciones de comida en los abrigos; cuando volvieran de la excursión le darían a Marie las quiches para que las repartiera entre la gente del asilo.

Huan iba a comerse de un bocado la quiche pero titubeó. Tres pares de ojos lo miraban fijamente. Se sintió mal; no podía ser el único que no diera su ración a los pobres. Suspiró con resignación y miró la torta una última vez antes de guardarla a buen recaudo.

—Si vosotros no coméis, yo tampoco —dijo simplemente.

Marie lo abrazó contenta.

—Cada día me sorprendes más, Huan.

El chico enrojeció de orgullo pero no dijo nada. Durante los siguientes veinte minutos, contempló con resignación al resto de los navegantes mientras engullían la comida; su estómago se quejaba a cada momento, pero había tomado una decisión y pensaba cumplirla. No quería defraudar a las chicas; además, si Jules podía pasar sin la comida, él también.

Tal vez porque estaba prestando tanta atención a los comensales, fue él quien se dio cuenta de que algo no marchaba bien. Sucedió una hora después de la comida. Jules, Caroline y Marie jugaban a adivinar palabras. En aquel momento, Jules le estaba preguntando a Caroline, a quien le había tocado elegir palabra, si estaba pensando en un animal. La chica, muerta de risa, contestó que sí: estaba pensando en Mathieu, y le pareció muy acertada esa calificación. Huan no estaba jugando porque su estómago no paraba de quejarse por el hambre y se sentía huraño. Prefería seguir observando a la tripulación y a los alumnos, que sí que estaban con el estómago lleno, e

incluso a la señorita Pringuèle, que tan mal se lo hacía pasar en clase de Matemáticas. Se merecía ese tono verdoso que estaba adquiriendo su piel a medida que pasaban los minutos.

Huan miró a su alrededor. No solo la señorita Pringuèle parecía mareada; allí donde mirara veía caras pálidas y muecas de dolor. Los alumnos empezaban a tocarse la barriga y la frente; incluso había uno que estaba vomitando. El chico miró de nuevo a sus amigos: Jules había averiguado por fin que Caroline estaba pensando en Mathieu y ahora los tres estaban riendo; a Caroline hasta se le saltaban las lágrimas. No parecía que se encontraran mal ni que se hubieran dado cuenta de nada.

—Chicos —dijo para llamar su atención.

Pero siguieron riendo sin reparar en su amigo.

—¡Chicos! —repitió este, con más alarma en la voz. Marie, Jules y Caroline miraron a Huan interrogantes—. Mirad cómo están los demás. ¿No os parece extraño que todos estén mareados menos nosotros?

Miraron a su alrededor: el panorama que había visto Huan un minuto antes había cambiado a peor. Ya no solo era un pobre niño el que vomitaba; todos, desde los miembros de la tripulación hasta los alumnos, pasando por la señorita Pringuèle, habían empezado a vomitar por los rincones del velero.

—¿Cómo puede ser que se hayan mareado tanto? —se extrañó Marie.

—No creo que se trate de eso. —Huan, que llevaba rato analizando la situación, tenía su propia teoría—. Se han intoxicado con el almuerzo.

—Claro, y nosotros no porque no hemos comido —exclamó la chica comprendiéndolo de golpe.

—Veo a alguien que parece muy fresca tras haberse zampado la quiche —dijo Caroline mirando fijamente a su derecha.

Efectivamente, en medio de tanta gente mareada, Amélie permanecía como si tal cosa, jugueteando con su trenza de pelo. Los cuatro amigos se acercaron decididamente hacia ella.

—¿Por qué no estás vomitando? —inquirió Marie bruscamente.

—Buenos días a ti también, Marie —respondió Amélie, dejando de tocarse el pelo y mirando uno por uno a los cuatro chicos—. ¿Y por qué no estáis vomitando vosotros?

—Porque hemos ayunado —contestó Caroline cruzándose de brazos.

—Yo tampoco he comido nada —les explicó Amélie—; me duele un poco la tripa y he pensado que no me sentaría bien la comida. Parece que he acertado —concluyó observando su entorno.

La situación era de lo más alarmante; habían empezado los primeros desmayos. Los chicos descubrieron un patrón en esa repentina intoxicación: los comensales primero se sentían mareados y su piel se ponía de un tono verdoso o pálido, luego era el turno de los vómitos y, por último, caían desmayados.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Caroline al ver como, a su lado, una de las niñas más pequeñas perdía el sentido.

—Mientras la tripulación no se desmaye... —murmuró Jules mirando fijamente al capitán del barco, que en aquel momento estaba haciendo grandes esfuerzos por contener las arcadas.

Uno a uno, todos fueron perdiendo el sentido: primero los niños, puesto que la intoxicación les afectaba más rápido al metabolismo; luego la tripulación y las dos profesoras. Huan sintió incluso pena por la señorita Pringuèle cuando al caer desmayada se dio un golpe en la cabeza. Deseó sinceramente que no fuera nada grave. Un minuto más tarde, el piloto de la nave se desplomó junto al timón y Jules tragó saliva al verlo. El capitán se dirigió hacia él para tomar el manejo del velero, pero por el camino cayó al suelo y ya no volvió a levantarse.

Huan, Jules, Caroline, Marie y Amélie, desde el centro del navío, observaban la legión de cuerpos desplomados a su alrededor. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Caroline; parecían los únicos supervivientes de una terrible batalla.

A lo lejos se oyó un trueno. Los cinco chicos se miraron, paralizados por el miedo, con los ojos muy abiertos. Huan fue el primero en perder los nervios. Corrió hacia donde estaba el capitán, desplomado a medio camino del timón, y empezó a abofetearlo para hacerle recobrar el sentido. Los demás corrieron hacia Huan. El chico cada vez abofeteaba más fuerte al capitán, pero el hombre no despertaba. Caroline le puso una mano en el hombro a su amigo para tratar de calmarlo.

—Déjalo, Huan, por favor. Le estás dando una paliza.

Se oyó un trueno en la distancia.

—¿No lo oyes, Caroline? ¡Se avecina una tormenta! ¡Tenemos que despertar al capitán o vamos a morir todos!

Marie, que se había alejado del grupo unos instantes, volvió con un cubo lleno de agua fría, que abocó encima del hombre. Aguardaron unos segundos con impaciencia, pero el capitán no dio ninguna muestra de despertar.

Huan corrió entonces hacia el piloto del barco para repetir la operación, y Marie lo siguió con el cubo de agua. Caroline, Jules y Amélie lo observaban

todo un poco distantes: el timonel tampoco daba muestras de reaccionar ante los esfuerzos de Huan y Marie por hacerle recobrar el sentido. Caroline miró a su primo y descubrió en su rostro aquella expresión tan característica que ponía cuando tomaba una resolución.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

Jules apretó los puños y pensó en el capitán Nemo.

—Se avecina una tormenta y ahora mismo el barco va a la deriva, sin tripulación ni capitán ni timonel.

—Jules..., ¿qué te propones? —Su prima lo miraba fijamente, asustada, pero consciente de que debería aferrarse al plan del chico, fuese cual fuese, puesto que no parecía que tuvieran otras opciones.

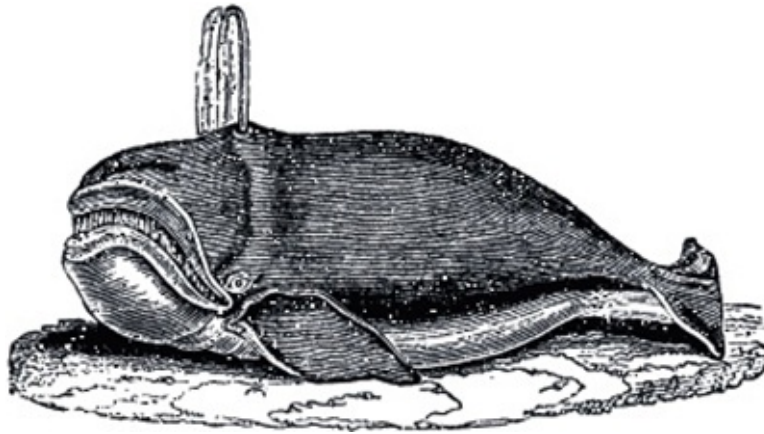
Jules tomó aliento antes de proclamar:

—Yo pilotaré la nave.

Las piernas le temblaron al decirlo, pero avanzó de todos modos hacia el timón. Era su única oportunidad.

Capítulo 7

BALLENAS ASESINAS. EN MEDIO DEL REMOLINO



Jules había soñado muchas veces con ese momento. Aunque en su imaginación siempre tenía que sortear tormentas y salía airoso de la situación, en la realidad no se sentía del todo preparado. Él era solo un chico de doce años, convertido de pronto en timonel y capitán de un navío, mientras toda la tripulación y todos los pasajeros, salvo otros cuatro niños, habían perdido el sentido en la cubierta del velero. El timón pesaba entre sus manos y le costó hacerse con el manejo del barco, pero había leído mucho sobre pilotaje y pronto pudo poner en práctica sus conocimientos teóricos sobre el tema y conseguir que el navío virara.

—¿Adónde vamos? —preguntó Amélie, que se había acercado hasta él con nerviosismo.

—Rumbo a Nantes —respondió Jules sin apartar las manos del timón—. Volvemos a casa. No sabemos cuál es el estado de gravedad de los intoxicados y no podemos arriesgarnos a ir hasta la isla de Yeu y esperar que por el camino se recuperen. Lo mejor será que regresemos a la ciudad cuanto antes mejor y que llamemos a un médico.

—Ya sabía yo que no podía ser cierto que me fuera a ir de excursión —se quejó Huan.

—Lo más importante es que todos se recuperen —dijo Marie, que estaba yendo a comprobar si todos los desmayados respiraban. Le preocupaba que alguno sufriera complicaciones, ninguno de los cuatro sabía nada de medicina y se sentían incapaces de curarlos.

Un rayo iluminó el cielo, y al cabo de un par de segundos, oyeron el trueno. Los chicos apremiaron a Jules para que fuera más rápido, ya que no querían que la tormenta los pillara antes de llegar a buen recaudo, pero él no podía hacer más.

Entonces, Caroline avistó algo en el mar:

—¡Mirad ahí! —exclamó emocionada—. ¡Es una preciosa ballena! ¡Y va con su cría!

Todos miraron hacia donde señalaba Caroline. Efectivamente, una ballena azul de más de veinticinco metros surcaba las olas en aquel momento cerca del navío. La seguía de cerca su cría, un hermoso cetáceo de unos ocho metros de largo. Todos, salvo Huan, que permanecía silencioso, empezaron a comentar lo hermosas que eran ambas ballenas.

—¿Puedes acercarte más a ellas, Jules? Me encantaría verlas más de cerca —suplicó Caroline mirando a su amigo con los ojos brillantes.

Jules, que era incapaz de negarle algo a su prima, asintió con la cabeza, pero Huan, aterrorizado ante tan monstruoso y enorme animal, se negó en redondo:

—Ni se te ocurra, Jules.

—¿Por qué no? —preguntó este confuso.

—¿Es que nadie más conoce la historia de las ballenas azules? —preguntó Huan a sus compañeros. Todos negaron con la cabeza—. ¡Son muy peligrosas cuando están con sus crías! Si permanecemos cerca, la madre ballena se sentirá amenazada y atacará. Y ya sabéis que las ballenas pesan toneladas, ¡puede hundir el barco de un coletazo!

—Oh, ¿de verdad puede hacer eso? —preguntó Caroline desilusionada.

—No sabía que se volvieran tan agresivas cuando tienen crías —comentó Jules pensativo.

—Pues sí, y tanto que lo hacen. Pero, bueno, si quieres que nos quedemos aquí a comprobarlo...

—¡No, no! —chilló Marie.

—Yo tampoco quiero quedarme a comprobarlo —dijo Caroline.

—Pues yo creo que lo más sensato es seguir hacia Nantes —terció Amélie.

Caroline y Marie, tras conocer la opinión de Amélie, todavía se opusieron más a esa opción. Si Amélie pensaba algo, no cabía ninguna duda de que debían hacer lo contrario.

—Lo mejor será que viremos el rumbo en dirección opuesta a las ballenas; es la decisión más segura que podemos tomar —sentenció Huan, haciendo caso omiso de Amélie, que lo miró sorprendida con la boca abierta. El chico siempre había sido quien más estima sentía por la muchacha, pero Huan estaba demasiado nervioso como para entrar en formalismos y apoyarla—. ¿Votos a favor?

El propio Huan levantó una mano, como también hicieron enseguida Caroline y Marie. Jules los miró dubitativo y luego observó a Amélie, que permanecía con los brazos cruzados y la mirada desafiante. Si seguían rumbo a Nantes, corrían el peligro de que la ballena los atacara, puesto que parecían ir en la misma dirección, pero si viraban el rumbo para esquivar a la ballena, corrían el riesgo de perderse. Contempló las manos levantadas de sus amigos y comprendió que no podía hacer otra cosa que seguir sus peticiones: eran tres contra uno. Jules no tenía clara su opinión, y de haber estado seguro de querer volver a Nantes, habría seguido siendo la opción minoritaria.

—Está bien —accedió—. Alejémonos de estas ballenas asesinas.

Amélie resopló enfadada, mientras Jules cambiaba el rumbo y el barco sufría una fuerte sacudida que los hizo desestabilizarse durante unos instantes.

—Lo siento —se disculpó Jules—. Todavía no le he cogido del todo el truco al timón.

El velero comenzó a avanzar en dirección opuesta a Nantes, y Huan sonrió satisfecho, aunque pronto la sonrisa se le quedó congelada en el rostro. El viento, que cada vez soplaba con más fuerza, hinchaba las velas del barco furiosamente y lo impulsaba a gran velocidad mar adentro. El día se había ido encapotando y ya casi no veían el sol, aunque cada poco tiempo el cielo se iluminaba con una descarga eléctrica, a la que le sucedían sonoros truenos, que cada vez retumbaban más potentes y con más frecuencia. El cielo se cerraba encima de ellos y el mar parecía oscuro e indómito.

Era cuestión de tiempo: Jules se dio cuenta de que ya no podía controlar el timón, el barco iba a la deriva mar adentro, y el viento soplaba con tal fuerza que los empujaba hacia el ojo de la tormenta sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Amélie se volvió hacia Huan apretando los puños y empezó a gritarle, con los ojos chispeantes de furia, intentando hacerse oír a través de los aullidos del viento.

—¡Mira lo que has conseguido con tus estúpidas teorías sobre tus estúpidas ballenas! ¡Vamos directos a la tormenta y el mar nos engullirá a todos por tu culpa!

Huan se estremeció y bajó la cabeza, a punto de echarse a llorar. Caroline le pasó una mano por encima del hombro e intentó calmar los ánimos en el ambiente:

—Venga, todo saldrá bien. No será una tormenta tan fuerte, solo caerán cuatro gotas, ya veréis. ¿Verdad, Jules? —Las miradas de ambos se cruzaron y Jules entendió que Caroline necesitaba que él mintiera, aunque ambos supieran la verdad.

—Sí. No os preocupéis, controlaremos la situación —afirmó—. Ahora lo que debemos hacer es ocuparnos de los enfermos para que no se resfríen cuando nos caiga el chaparrón encima.

—Tú quédate en el timón, a ver si consigues retomar el control; el resto iremos transportando a la gente hacia los camarotes para ponerlos a resguardo —resolvió Caroline.

Por primera vez en mucho rato todos parecieron estar de acuerdo con la decisión de Caroline y empezaron a llevar a los desmayados hacia el interior del navío. El esfuerzo les mantenía la mente ocupada y les impedía pensar en que cada vez estaban más cerca de la tormenta y no parecía que Jules fuera capaz de adueñarse del rumbo del barco de nuevo.

Sin embargo, transportar a los enfermos hacia los camarotes era mucho más difícil de lo que los chicos habían previsto. Si ya les resultaba complicado sostener en brazos a los niños, que pesaban más o menos como ellos, con los adultos era imposible. El hecho de estar desmayados dificultaba mucho las cosas porque no ponían de su parte. Además, ya estaban cayendo las primeras gotas de lluvia, así que debían apresurarse. Decidieron que la única manera factible de transportar a la tripulación y a las profesoras era cogiéndolos de las extremidades e ir arrastrándolos por el suelo de madera de la cubierta hasta alcanzar los camarotes.

Huan volvió a sentir lástima de la señorita Pringuèle por segunda vez en aquel día mientras la arrastraba con esfuerzo tirando de sus brazos inertes.

—Si alguien me hubiera dicho hace unas horas que iba a estar arrastrando a la profesora de Matemáticas por el suelo, no me lo habría creído por nada del mundo —murmuró.

Cuando hubieron acabado con la ardua tarea, corrieron con esfuerzo hacia el timón. El viento les iba en contra y les costó llegar hasta Jules, que resoplaba intentando en vano desviar la nave de la dirección del viento. Una ola más fuerte que las demás impactó en la popa del velero, cerca del timón, y Huan, Caroline, Marie y Amélie, que estaban llegando hasta Jules, estuvieron a punto de caer por la borda. Marie se agarró al mástil e instó a los demás a que hicieran lo mismo.

Acababan de reponerse cuando les llegó el impacto de una nueva ola.

—¿Estáis bien? —gritó Jules preocupado.

Los demás asintieron aturridos y siguieron avanzando hasta llegar al timón. La corriente marina era tan fuerte que los impulsaba sin que Jules lograra dominar la nave. Tampoco se veía tierra firme ni ningún otro barco a la vista al que pedir auxilio.

—¿Cómo ves la situación? —preguntó Marie temiendo la respuesta.

Jules abrió la boca para responder, pero en aquel momento el barco viró con brusquedad a la izquierda y se tambaleó peligrosamente. Jules intentó mover el timón, aunque era imposible. Huan acudió en su ayuda, pero no sirvió de nada.

—Mal, muy mal —se respondió Marie a sí misma al ver la que se les venía encima.

Y es que estaban de lleno en la tormenta: el barco había entrado en un remolino de agua que impulsaba la nave cada vez más adentro. Iban a ser engullidos por el negro mar.

—¡Parece un enorme desagüe! ¡Un desagüe que va a tragarnos en cualquier momento! —gritó Huan perdiendo la calma.

—¿Verdad que ahora no te parecen tan peligrosas las ballenas? —le chilló Amélie.

—¡Déjate estar ya de las ballenas! —le gritó Marie a Amélie.

—¡Parad ya con vuestras discusiones y ayudad a Jules! —exclamó Caroline, que se había abalanzado hasta el timón e intentaba sujetarlo junto a su primo.

El barco cada vez iba dando vueltas más rápido dentro del remolino. Amélie, Huan y Marie corrieron hacia el timón.

—A la de tres empujaremos hacia la derecha —anunció Jules resollando—. Uno, dos..., ¡tres!

Los cinco empujaron el timón con todas sus fuerzas haciendo un esfuerzo sobrehumano. Al principio este no se movió en absoluto, pero poco a poco notaron cómo iba cediendo bajo la fuerza de todos juntos. Jules notó un dolor

agudo en la mano derecha y al mirarla vio que le sangraba: se había clavado una astilla de la madera del timón. Sin embargo, no pensaba soltarlo, no podía hacerlo. Siguieron forcejeando todos a una, mientras el barco seguía girando dentro del remolino, pero notaban que la corriente ya no tiraba de ellos del mismo modo que antes.

—¡Un poco más! —los animó Jules.

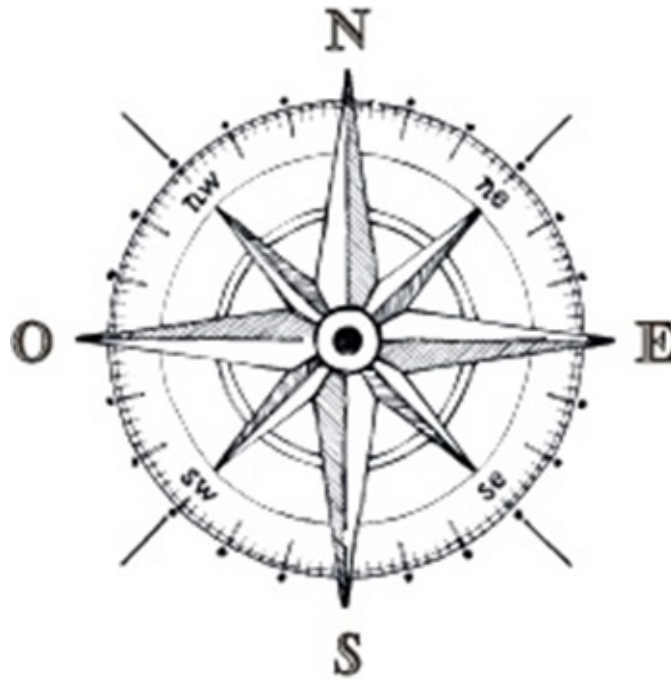
Una sacudida zarandeó entonces todo el barco y, al instante, los cinco chicos salieron despedidos hacia el suelo de la cubierta, sin poder seguir sujetando el timón. Se levantaron alarmados y corrieron de nuevo hacia él. Caroline, que llegó la primera, miró a su alrededor y sonrió.

—Lo hemos conseguido —anunció con lágrimas en los ojos.

Habían salido del remolino.

Capítulo 8

EN EL OJO DE LA TORMENTA. EL GESTO DE AMÉLIE



Huan, Caroline y Marie empezaron a chillar y a dar saltos de alegría; en aquel momento se sentían poco menos que invencibles. Por un instante pareció como si Amélie fuera a imitarlos, pero luego se lo pensó mejor y simplemente esbozó una pequeña sonrisa. Jules, en cambio, volvía a estar al mando del timón, con los ojos fijos frente a él, sin celebrar esa pequeña victoria en alta mar.

Lo cierto era que, aunque hubieran escapado del remolino, el día cada vez estaba más negro, y el mar, más agitado. Los rayos y truenos invadían el cielo cada vez con más frecuencia y, ahora sí, estaba empezando a diluviar. Jules era consciente de que no había nada que celebrar, puesto que haber ganado

una batalla no significaba haber ganado la guerra, pero prefirió no desanimar a sus amigos.

Sin embargo, al poco rato, ellos mismos se dieron cuenta de la peligrosa situación en la que se encontraban. Cada vez llovía más y el barco se bamboleaba de un lado a otro. Marie pensó que aunque no hubiera comido nada, se sentía tan mareada por el ímpetu de las olas que le parecía estar intoxicada ella también.

Por si fuera poco, estaba anocheciendo, y Jules sabía que eso dificultaría todavía más sus dotes de navegación en medio de la tormenta; iba a ser como navegar a ciegas (eso, si al hecho de intentar mantener la nave a flote evitando el naufragio se le podía llamar navegar, cosa que Jules dudaba seriamente). Empezaba a echar de menos sus maravillosas gafas de visión nocturna, que en el último momento había decidido no meter en la bolsa de viaje. El oleaje sacudía con más fuerza la embarcación a cada instante y ahora diluviaba.

La tormenta se volvió verdaderamente terrible a los pocos minutos. El balanceo del barco era cada vez más violento, zozobraba debido a los fuertes vientos que lo impulsaban de un lado a otro, y las olas contribuían a aumentar el vaivén del navío.

—Podemos salir volando en cualquier momento —dijo Caroline, mientras se agarraba a una barandilla.

—Tenemos que ponernos los chalecos salvavidas. Creo que están en ese baúl de allí —sugirió Jules, señalando con un dedo un baúl que había a unos pocos metros de él. Sin embargo, no se atrevía a soltar el timón para alcanzarlo; era vital que se mantuviera en su puesto intentando dirigir la nave.

—Ya voy yo —lo tranquilizó Marie. Aprovechó un intervalo de poco oleaje para soltarse del mástil al que estaba agarrada y correr hacia el baúl. Los demás contuvieron la respiración mientras la observaban; el baúl con los chalecos estaba cerca de ellos, pero, aun así, era arriesgado moverse por el barco sin estar bien sujeto a las barandillas.

Cayó al suelo por el camino, pero volvió a levantarse rápidamente y pudo llegar hasta el baúl. Lo abrió tras forcejear un poco con el cerrojo y cogió cinco chalecos salvavidas. Se puso el suyo primero para liberar un poco de carga de sus brazos y, a continuación, corrió hacia Jules. Como el chico no podía dejar desatendido el timón, Marie se encargó de colocarle el chaleco salvavidas y ajustarlo bien a su cuerpo. Caroline se mordió los labios al ver la escena, pero se dio cuenta de que Jules no estaba prestando atención a Marie y, en medio de la tormenta, sonrió un poco.

Luego, Marie les tendió un chaleco salvavidas a Huan y a Caroline. Por último, lanzó el chaleco restante a los pies de Amélie, que se agachó a cogerlo y se lo puso sin decir nada.

Una ola más violenta que las anteriores sacudió el barco, y cada uno buscó un lugar al que aferrarse: Jules, al timón; Marie y Huan, al mástil, y Caroline y Amélie, a las barandillas.

El agua entraba a raudales por la cubierta y les llegaba hasta los tobillos.

—Alguien tendría que ir a cerrar las puertas de los camarotes para que no se inunden y para que la gente no salga despedida por la borda con las sacudidas del barco —dijo Jules.

Se hizo un largo silencio en el que todos se miraron, bien agarrados a sus puestos y sin ninguna intención de moverse. Finalmente, Huan habló:

—Voy yo.

Amélie lo miró con escepticismo, sin creerse que Huan pudiera cometer una acción tan valiente y temeraria.

—¿Estás seguro, Huan? —inquirió Marie preocupada—. Yo soy más ágil.

—Quiero ir yo —proclamó él, soltándose del mástil al que estaba agarrado. Las rodillas le temblaban de miedo, pero había tomado una determinación. Si iban a morir en aquella tormenta, no quería ser el que perecía con miedo y acobardado, sin ayudar a sus amigos en ningún momento; quería pasar a la historia como alguien intrépido y aventurero, quería pasar a la historia por ser alguien como Jules.

Los demás lo observaron tambalearse al ir hacia los camarotes. Cada vez que el barco zozobraba, Caroline y Marie contenían la respiración. Huan, con cada sacudida del barco, se agarraba a alguna barandilla y aguardaba a que pasara. Al fin, llegó hasta los camarotes y aseguró cada una de las puertas. No le llevó más de dos minutos y, ya de paso, comprobó que todo el mundo, incluido el capitán del velero, seguía inconsciente. No se había producido ningún cambio en los camarotes desde que habían arrastrado a todos los desmayados hasta su interior.

La lluvia seguía cayendo torrencialmente, y todos estaban empapados contemplando la actividad de Huan. Mientras tanto, Jules seguía forcejeando con el timón, tratando de mantener el barco a flote. Huan volvía ya hacia ellos corriendo. Tal vez corría un poco demasiado, pensó Caroline. Había sido más valiente que los demás, les había dado una lección de valentía y compañerismo a todos. Seguía corriendo, con ganas de llegar hasta sus amigos; corría tanto que no se detuvo con la siguiente sacudida; no aguardó a

que esta pasara mientras se agarraba a alguna barandilla. Caroline, fuera de sí, gritó su nombre mientras el chico salía despedido por la borda.

En el último momento, Amélie, rápida de reflejos, lo sujetó de la mano. El cuerpo de Huan había quedado completamente fuera de la nave, y solamente la mano de Amélie lo separaba del abismo marino. Huan tenía las manos sudadas y estaba empezando a resbalarse.

—Confía en mí, Huan —dijo Amélie mirándolo a los ojos—. No pienso soltarte.

Caroline, boquiabierta, observó con el corazón en un puño cómo Amélie, haciendo un esfuerzo sobrehumano, agarraba el brazo de Huan con ambas manos y lo subía lentamente hasta la cubierta. Una vez allí, ambos quedaron tendidos en el suelo, resoplando por el esfuerzo y temblando por el miedo. Ese gesto de Amélie, que no había dudado en arriesgar su vida por Huan, se quedó grabado en la mente de Caroline, que de repente se sintió muy avergonzada por no haber querido integrarla nunca en el grupo.

La chica iba a decirles algo, pero en aquel momento, una ola gigantesca los cubrió a todos por completo. Notó que salía despedida y chocaba contra una de las barandillas.

Jules también salió volando de su puesto de timonel y aterrizó cerca de Marie, que corrió a comprobar si estaba bien. El chico solo se había hecho unos rasguños en los brazos.

—Estoy bien, Marie —la tranquilizó.

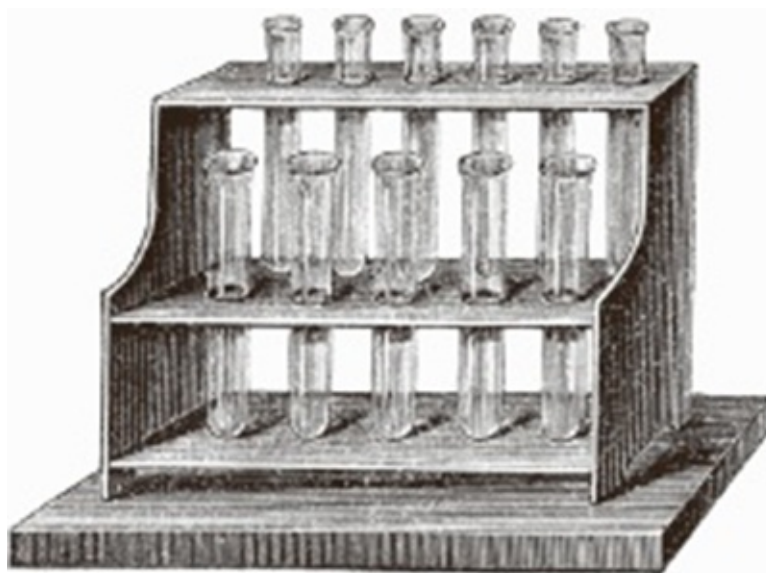
Pero en aquel momento, otra violenta ola los cubrió, y Jules ya no supo si estaba arriba o abajo. Cuando pudo volver a respirar, se encontró en la cubierta, solo. No había nadie más.

—¿Marie? ¡Marie! —gritó. No estaba por ninguna parte; tampoco los demás—. ¡Caroline!

Corrió hacia la proa, pensando que tal vez vería a sus amigos; tenían que estar en alguna parte. Jules se resistía a pensar que el mar se los hubiera tragado a todos, sencillamente, no podía ser. Pero allí tampoco vio a nadie, y cuando el barco volvió a zozobrar, se golpeó de nuevo contra una barandilla, esta vez en la cabeza. Perdió el sentido y permaneció tendido en el suelo de cubierta, solo, en la proa de un barco que iba directo hacia el ojo de la tormenta, hacia su propia destrucción.

Capítulo 9

EL ANIMAL GIGANTE



Algo le hacía cosquillas en la cara a Jules. Molesto, lo apartó de un manotazo: se trataba de una mosca que revoloteaba monótonamente cerca de su rostro. Quería seguir durmiendo, y se dio la vuelta para estar más cómodo en la cama. Solo que sintió que la cama se deshacía bajo su peso, y al intentar agarrar las sábanas, se encontró con un puñado de arena entre los dedos. Un pensamiento cruzó por su mente como una exhalación: no estaba en su cama, ni en su cuarto ni en su casa. Aquello no había sido una mera pesadilla. Abrió los ojos, con el corazón bombeándole fuerte en el pecho. Se incorporó lentamente, y giró sobre sí mismo. Tragó saliva. Todo era real.

Se encontraba en una playa de arena fina y dorada. Las olas del mar llegaban a la orilla por inercia, sin fuerza, y el agua le lamía los pies al llegar a la arena. El mar estaba completamente plano y reflejaba los colores del cielo. Estaba amaneciendo, y parecía que el día iba a ser apacible. No había ni rastro de la tormenta de la noche anterior.

Detrás de él se erigía una frondosa vegetación que le puso los pelos de punta. No le gustaba la idea de meterse por entre la maleza; no sabía qué clase de depredadores podía haber en aquel lugar remoto. Tampoco tenía ni idea de dónde estaba; no veía ningún indicio de humanidad en su entorno, y le preocupaba tener que adentrarse en la vegetación para buscar ayuda.

No había nadie; Jules estaba completamente solo. Frunció el ceño confundido. Los sucesos del día anterior se agolpaban en su cabeza a trompicones, totalmente desordenados, sin ningún orden cronológico: Caroline chillando, la gente vomitando y desmayándose, Huan cerrando los camarotes, el remolino de agua que los arrastraba hasta el fondo, él diciéndole a Marie que se tranquilizara, que estaba bien, Amélie sujetando a Huan para que no cayera por la borda, Marie poniéndole el chaleco salvavidas, él intentando manejar el timón, la ola gigante, él solo en la cubierta... Sin nadie. Se estremeció. Seguía solo.

Entonces recordó el dolor en la cabeza al golpearse con la barandilla del barco, y se llevó la mano a la frente donde, efectivamente, le había salido un enorme chichón. Eso le debió de hacer perder el sentido, pensó. Y luego, ¿qué? Las olas lo habían arrastrado hasta ese lugar, hasta esa playa. Pero ¿y el velero? ¿Por qué las olas no habían arrastrado al barco también hasta allí? ¿Acaso había naufragado durante la tormenta? ¿La nave descansaba ahora en el fondo del mar con los alumnos y la tripulación dentro?

Jules miró hacia el horizonte y aguzó la vista, pero no vio rastro alguno de la embarcación ni de ningún otro navío que lo pudiera socorrer. La quietud era total. Era un naufrago solitario en medio de... ¿dónde?

¿Y si estaba en una isla? Recordó una aventura lejana, cuando el globo los llevó a aquella isla desierta y lograron escapar de milagro. Pero en aquel entonces estaba con sus amigos, como siempre. Con sus amigos todo era posible. Esta vez, sin embargo, estaba solo. Y Jules sabía que su inteligencia no servía de nada sin el apoyo de sus amigos, sin la valentía de las chicas, sin la fidelidad de Huan.

Todavía llevaba el chaleco salvavidas puesto; seguramente, eso había impedido que muriera ahogado al perder la conciencia. Se lo quitó y lo dejó a su lado. Luego volvió a sentarse en la arena y se llevó las manos a la cabeza. ¿Para qué investigar dónde estaba? ¿De qué le serviría? No parecía haber escapatoria posible, se trataba de una playa solitaria, probablemente ubicada en alguna isla desierta. Y aunque encontrara a alguien que pudiera ayudarlo, ¿cómo iba a volver a Nantes sin sus amigos? ¿Cómo podría hacer vida normal sin ellos? Él era el único superviviente de un naufragio, pero habría dado su

vida sin dudarle si con ello salvaba las vidas de sus amigos. Se frotó los ojos, haciendo esfuerzos por contener el llanto. Parecía que había pasado una eternidad desde que le había dicho a su madre que ya no era un niño y que no lo tratara como a tal, pero ahora se sentía más pequeño e insignificante que nunca. Cerró los ojos intentando no pensar, pero la angustia que le oprimía el pecho no desapareció. Una lágrima solitaria corrió por su mejilla.

Fue entonces cuando algo rompió la quietud y el silencio del lugar. Jules levantó la cabeza asustado. ¿Qué era aquel ruido lejano? Parecía el gruñido de un animal salvaje. Se estremeció. Se puso en pie nervioso y se secó el rostro con la manga del jersey: si un animal tenía que matarlo, al menos no lo encontraría sentado, aguardando la muerte.

Miró hacia su derecha: el ruido parecía provenir de allí. Algo lo impulsó a caminar hacia esa parte de la playa. Tal vez era porque se sentía muy solo; la adrenalina lo llevaba a buscar el riesgo y quería descubrir qué animal producía aquel gruñido sostenido, por muy peligroso que fuera.

Siguió caminando y al cabo de pocos pasos le pareció ver algo a lo lejos. En la orilla, junto al agua, había un animal gigantesco, un monstruo. Jules todavía no lo veía bien, pero sin duda era ese animal el que producía el horrible ruido que tan familiar le resultaba. Se detuvo un momento, pensativo. ¿Por qué le era familiar ese gruñido monstruoso? No tenía ningún sentido. Dudó sobre si seguir caminando hacia el monstruo o huir en dirección contraria, pero decidió que tenía que descubrir por qué motivo le parecía conocer ese gruñido.

Había, sin duda, algo que lo atraía hacia ese animal gigante: era como una especie de imán, y Jules no podía sino seguir su instinto. Ya estaba más cerca, y ahora el monstruo estaba empezando a adquirir formas más nítidas...

... y el pavoroso gruñido, oído a esa distancia, guardaba similitud con otro ruido que Jules conocía muy bien.

El miedo se entremezcló con la esperanza. No lo pudo evitar: dejó de lado sus miramientos y empezó a correr hacia el monstruo. No sabía si iba directo hacia su muerte o hacia... Se detuvo en seco y contuvo las ganas de reír a carcajadas. ¡Pues claro que el horrible gruñido le parecía familiar! ¿Cuántas veces a lo largo de su vida había oído los ronquidos guturales que producía Marie al dormirse profundamente?

En cuanto a la figura gigantesca del monstruo, Jules tuvo que pestañear dos veces para comprender lo que veían sus ojos. Sus amigos, Huan, Caroline y Marie, estaban amontonados unos sobre otros durmiendo, y desde lejos daban la impresión de ser un enorme y peligroso animal. Marie emitía unos

ronquidos extremadamente graves; parecía mentira que la más menuda de sus amigos pudiera hacer semejante estruendo. Un par de metros más allá, Amélie también dormía tumbada en la arena.

La emoción embargó a Jules, que creía que lo había perdido todo, que sus amigos habían muerto y que estaba solo en aquel lugar desierto. De repente se sintió el niño más afortunado del mundo. Se abalanzó sobre sus amigos gritando con alegría sus nombres y se tiró encima de ellos, provocando la caída instantánea en la arena de Caroline y Marie, que dormían a pierna suelta encima de Huan. Los tres se despertaron sobresaltados, creyendo que alguien los estaba atacando, y Marie se levantó de un salto con los puños en alto, dispuesta a defenderse. Cuando vio que se trataba de Jules, gritó de alegría y corrió a abrazarlo. Huan y Caroline se levantaron también y se añadieron al abrazo, contentos de estar de nuevo juntos. Amélie, que se había despertado con los gritos de los otros, se incorporó y lo observó todo desde lejos, sin moverse del sitio.

—No me puedo creer que estemos vivos —confesó Caroline cuando los cuatro amigos se separaron del abrazo.

—Yo tampoco —coincidió Jules—. He pasado mucho miedo por vosotros. Os perdí de vista en la cubierta del barco y luego me golpeé la cabeza. Al despertarme estaba aquí en la playa y no os veía por ninguna parte. Luego... —se cortó en seco y empezó a reír.

—¿Luego qué? —lo animaron a continuar ellos.

—Luego oí un ruido horrible y vine hacia este lado de la playa para averiguar de qué se trataba —les contó Jules, omitiendo confesarles el miedo que había pasado—. ¡Era Marie roncando!

Caroline y Huan soltaron una carcajada, y Marie empujó amistosamente a Jules a modo de queja; sin embargo, ella también sonreía.

Caroline, entonces, se volvió hacia Amélie y le pidió que se acercara. La niña, dudosa, caminó hacia ellos. Caroline y Marie la cogieron cada una de un brazo y la incluyeron en el corro que habían formado los cuatro aventureros del siglo XXI. Los cinco, emocionados, se envolvieron en un cálido abrazo.

—Gracias, Amélie —dijo Caroline de todo corazón.

—No estaríamos todos aquí si no fuera por ti —añadió Huan, que tenía muy presente cómo Amélie lo había salvado de caer por la borda en medio de la tormenta.

—Creo que todos debemos pedirte perdón por cómo te hemos tratado desde que llegaste al colegio —razonó Jules muy serio.

—Sobre todo, Caroline y yo —se lamentó Marie avergonzada.

—Sí, hemos sido realmente malas contigo, Amélie —suspiró Caroline—. Creíamos que pertenecías a la Orden Contra el Progreso; se trata de una asociación que nos la tiene jurada y que nos prefiere muertos. Supongo..., supongo que todo el mundo puede equivocarse, ¿no? ¿Podrás perdonarnos?

—Por favor, perdónanos —suplicó Marie.

Jules y Huan sonreían cálidamente a la chica.

—Todo el mundo comete errores. —Amélie esbozó una sonrisa forzada—. No pasa nada, chicos.

Huan carraspeó pretendiendo llamar la atención, y todos se volvieron hacia él.

—¿Qué ocurre, Huan? —preguntó Jules.

—Veréis... No sé ni cómo comenzar —titubeó él—. Pero ahora que nos estamos sincerando, siento que tengo que deciros algo.

Los demás lo animaron a seguir y Huan se envalentonó:

—Lo cierto es que todo ese tema de que las ballenas azules son agresivas cuando acaban de tener una cría y que la ballena madre iba a matarnos... me lo inventé. Lo cual no implica que no sea cierto de todos modos, nunca se sabe y mejor ser precavidos —añadió rápidamente, antes de que los demás tuvieran tiempo de abrir la boca.

Amélie puso los ojos en blanco, y Caroline inquirió sorprendida:

—¿Por qué te lo inventaste? ¡Ya sabía yo que ese precioso cetáceo no iba a hacernos daño!

—Pero ¿tú viste bien cuántos metros medía, Caroline? ¿Caíste en la cuenta de que podía matarnos con un solo movimiento de su cola? —Bajó la vista enrojeciendo—. Me asusté, ¿de acuerdo? Es que aquella ballena era descomunal... ¡Incluso su cría daba miedo!

—Bueno, ya ha pasado todo —dijo Jules quitándole hierro al asunto. Él, en aquel momento, era el chico más feliz del mundo por haberse reencontrado con sus amigos, y nada de lo que alguno de ellos pudiera decir o hacer iba a enturbiarle la alegría.

—Exacto —secundó Marie—. Además, Huan demostró ser muy valiente al encargarse de cerrar bien los camarotes durante la tormenta.

—Algo tenía que hacer para compensar... —murmuró el chico.

Los cinco se quedaron unos segundos en silencio, pensando en la suerte que debía de haber corrido el navío en el que viajaban. Jules, que quería seguir disfrutando del reencuentro sin entristecerse demasiado, trató de sacudirse esos pensamientos de la cabeza:

—Tenéis que contarme qué os pasó cuando os perdí de vista.

Marie, Caroline, Amélie y Huan se miraron un poco confusos.

—La verdad es que no lo tenemos del todo claro —confesó Amélie.

—Caímos al agua al mismo tiempo, eso sí que lo sabemos —dijo Caroline.

—Sí, con aquella ola gigantesca que cubrió el barco por completo —afirmó Marie.

—Entonces fue cuando os debí de perder de vista —exclamó Jules.

—Pues sí, caímos todos al agua; suerte de los chalecos salvavidas —razonó Huan—. Otra ola gigantesca nos empujó hasta la orilla y supongo que acabamos todos aquí en la playa durmiendo, pero no me acuerdo muy bien. Estábamos muy cansados y era noche cerrada, no se veía nada.

—Así que vosotros tampoco sabéis qué le ha ocurrido al barco, ¿no? —inquirió Jules, al que, ahora sí, la nube de felicidad que le cubría la mente estaba empezando a evaporarse.

Los demás negaron con la cabeza desolados. Jules era consciente de que se encontraban en una situación difícil, sin saber qué les había ocurrido a los del barco y sin disponer de ninguna nave para regresar a casa. Ni siquiera tenían la más remota idea de dónde estaban. Sin embargo, cualquier desgracia era mucho más llevadera si estaban juntos, y Jules no pudo evitar sentirse un náufrago afortunado.

Capítulo 10

TODOS LOS NIÑOS MORIRÁN



—¿Y ahora qué? —preguntó Huan.

Llevaban ya un largo rato en la playa charlando animadamente, pero los cinco sabían que no podían quedarse allí eternamente. Necesitaban saber dónde estaban y tenían que encontrar como fuera a alguien que los ayudara a volver a Nantes.

—Tenemos que buscar algún signo de vida humana —opinó Jules—. Está claro que la playa está desierta, pero tal vez si nos adentramos un poco...

Jules no pudo completar la frase porque Marie lo interrumpió alarmada:

—¿Adentrarnos en la maleza? ¿Estás loco? ¡Puede haber animales muy peligrosos!

—Si eso es verdad, yo también me opongo —terció Huan.

—Ya sabemos que tú te opondrás siempre que huelas el peligro —le respondió Amélie un poco bruscamente. Los demás la miraron sorprendidos: Huan era el que más había confiado en la chica y Amélie lo había salvado de caer por la borda. Pero parecía obvio que ella seguía enfadada por la mentira de las ballenas, que obligó a Jules a virar el rumbo y dirigirse hacia la tormenta.

Amélie se dio cuenta de la mirada de los cuatro amigos y suavizó el tono:

—Solo quiero que encontremos a alguien que nos ayude, y parece imposible que eso ocurra si permanecemos en la playa —se excusó.

—Amélie tiene razón —la secundó Caroline tras un pequeño silencio—. No podemos quedarnos aquí a esperar a que llegue algún barco a rescatarnos.

Pareció que Huan iba a contestar que a él sí que le parecía un buen plan ponerse a esperar la llegada de ayuda marina, pero luego se lo pensó mejor y cerró la boca. Hacía muy poco que Amélie había sido aceptada como una más y no quería empezar de nuevo con las discusiones. Huan miró a Marie por si tenía algo que objetar, pero ella se encogió de hombros; tampoco tenía ganas de pelea.

—Está bien. —Huan se dirigió entonces a su mejor amigo, en el que tanto confiaba—. Si tú crees que es lo correcto, adentrémonos en la maleza en busca de ayuda.

No encontraron ningún camino oculto bajo la frondosa vegetación, así que tuvieron que trazarlo ellos mismos. Jules y Caroline iban en cabeza, tratando de apartar las ramas que les cortaban el paso para dejar un camino allanado para los demás. En medio iban Marie y Huan, temerosos a cada paso de encontrarse con algún animal salvaje, y Amélie, que si estaba asustada no lo exteriorizaba, iba en la retaguardia.

Huan estaba cada vez más hambriento, y así lo expresaba cada dos minutos. Además, todos se sentían sedientos. El sol brillaba cada vez más alto en el cielo y los cinco estaban un poco mareados y sin fuerzas.

—Seguro que pronto encontraremos un poblado donde podremos beber agua potable —dijo Caroline para animar a los demás—. Y, Huan, seguro que allí tendrán muchísima comida, manjares exóticos y...

—Déjalo, Caroline —la interrumpió él—. Haces que cada vez esté más hambriento y que mis tripas se revuelvan.

—Lo siento —se excusó la chica.

—¿Sabes qué? —resolvió Huan—. No parece que vayamos a encontrar ningún poblado en la próxima media hora, así que tengo que poner remedio de una vez por todas al hambre que estoy pasando.

Dicho y hecho: Huan se dirigió al árbol más cercano y cogió unas hormigas que correteaban por el tronco. Se las llevó a la boca sin dilación y puso cara de felicidad. Los demás se lo quedaron mirando alucinados, con los ojos como platos. Huan, que no parecía tener suficiente con un único puñado de hormigas, fue a por más.

—Qué asco. —Amélie sentía repulsión.

—Siempre hace cosas así —lo excusó Marie.

—Están riquísimas y muy crujientes, ¿seguro que nadie quiere? —preguntó Huan educadamente, mientras atrapaba una de ellas, que había intentado escaparse de él correteando por su brazo. El chico agarró la hormiga entre el dedo pulgar y el índice y se la comió rápidamente.

—No, gracias —respondió Caroline, siempre muy cortés.

—Vamos, sigamos caminando —los animó Jules, que se sentía impaciente por continuar la marcha. Sabía que no podrían aguantar sin comer ni beber mucho tiempo más y estaba preocupado. Tal vez, adentrarse en la frondosa vegetación no había sido la opción más sensata; llevaban mucho rato andando y el paisaje no había cambiado en absoluto, no parecía que el ser humano hubiera pisado jamás aquel lugar.

Los cinco se pusieron en marcha de nuevo.

—¿Ya te sientes saciado? —le preguntó Marie a Huan, mientras seguían andando.

—La verdad es que no, las hormigas solo han sido un tentempié que me ha abierto más el apetito.

—¿Todavía más? —se sorprendió Caroline—. No sabía que eso fuera posible.

Todos se rieron. Sin embargo, cuando la risa se extinguió y volvieron a quedarse en silencio, la enrarecida quietud del paisaje se les hizo más angustiante. De vez en cuando oían ruidos muy extraños: los pájaros parecían estar al acecho y emitían sonidos inidentificables, y los insectos zumbaban junto a los árboles asustando a los niños. Hasta las plantas les parecían amenazantes y venenosas.

Caroline rompió el silencio, puesto que sabía que los demás estaban asustados y quería hacerles pensar en otra cosa:

—Pronto vamos a descubrir si estamos en una isla; de ser así, con lo que hemos caminado, llegaremos al otro extremo y veremos otra playa.

Jules decidió no contradecirla, pero lo cierto era que podía tratarse de una isla enorme, con lo cual tardarían días en cruzarla entera, o podía ser que

estuvieran torciendo su camino y andando en círculo, porque los árboles les barraban constantemente el paso y no podían ir en línea recta.

Un águila salió volando de un árbol próximo, y con el revuelo cayeron unas hojas encima de los chicos. Huan gritó alarmado, llevándose las manos a la cabeza. Los demás no dijeron nada, pero también se pegaron un buen susto. La vegetación cada vez era más frondosa y la luz apenas se filtraba a través de las ramas y las hojas de los árboles. Jules se sentía tan cansado y sediento que no sabía cuánto tiempo más iba a poder aguantar en pie.

Siguieron andando. El estómago de Amélie rugió por el hambre:

—Si seguimos así, voy a tener que comer hormigas como Huan — exclamó.

—Te encantarán —le aseguró él, volviéndose para mirar a Amélie. Por este motivo no vio que Jules se había parado en seco y chocó contra él—. ¡Ay! —se quejó—. ¿Por qué no avanzas?

Jules se había quedado muy quieto, mirando fijamente el tronco de un árbol. Caroline, junto a él, también lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre? ¿Habéis encontrado un hormiguero magnífico con el que poder darnos un festín? —bromeó Huan, acercándose al árbol para mirar el tronco por encima del hombro de Jules.

La sonrisa se le paralizó en el rostro. Marie, que también se había acercado para ver qué ocurría, palideció. Amélie, nerviosa, preguntó qué ocurría; las cabezas de los demás le impedían ver qué tenía ese árbol en especial.

—Hay una inscripción en el tronco —le comunicó Jules intentando mantener la calma—. Pone: «Todos los niños morirán».

Amélie abrió la boca sorprendida sin saber qué decir.

—¿Y eso qué significa? —preguntó al fin.

—¿Cómo que qué significa? —Marie se volvió hacia ella con lágrimas en los ojos—. Significa que vamos a morir.

—Eso no va a ocurrir —negó Jules—. Lo que significa es que no estamos solos en este lugar; ya hemos encontrado la pista que necesitábamos.

—Pues si hay un poblado de asesinos de niños en esta dirección, yo prefiero no encontrármelo y morir de sed —apuntó Huan tembloroso.

Los demás le dieron la razón.

Jules, mientras tanto, inspeccionaba la inscripción del tronco.

—¿Llegas a alguna conclusión? —le preguntó Caroline en voz baja, acercándose más a él.

—No —contestó su primo—. Sin duda, han marcado la frase en el tronco con una navaja, pero esto no nos aporta ninguna información adicional. Podría tratarse de una broma; sin embargo...

Jules dejó la frase inacabada, pero miró a Caroline fijamente a los ojos y la chica pudo leer en ellos su preocupación. Corrían un grave peligro.

—Eh. —Amélie, que llevaba un rato inspeccionando los alrededores, les llamó la atención—. No hace falta que os fijéis en un solo tronco... Aquí hay donde elegir.

Los demás siguieron con la mirada lo que Amélie les estaba indicando. Aquí y allá, en algunos de los árboles que los rodeaban, alguien había marcado la misma inscripción.

—Todos los niños morirán —iba leyendo Marie en voz baja.

Inconscientemente, los cinco se acercaron más los unos a los otros hasta que sus hombros chocaron. Se sentían rodeados por una fuerza invisible.

Marie seguía llorando silenciosamente, y Huan temblaba. Caroline y Jules intentaron tranquilizarlos, pero ellos también se sentían muy asustados. Si se trataba de una broma, no tenía ninguna gracia.

—¿No deberíamos seguir caminando? —preguntó Amélie—. Este sitio me pone los pelos de punta.

Los demás coincidieron en que lo mejor sería continuar el camino para alejarse de esos árboles malditos. Sin embargo, las inscripciones de los troncos se seguían repitiendo en algunos de los árboles a medida que avanzaban. Era como una pesadilla, solo que estaban despiertos.

Estuvieron barajando posibilidades. No querían volver atrás porque sabían que no iban a encontrar ayuda de donde venían. Además, estaban muy desorientados y no sabían si encontrarían el camino de vuelta. Pero, del mismo modo, les daba miedo seguir avanzando y encontrarse con los autores de esas inscripciones. Huan estaba seguro de que habían ido a parar a una isla de caníbales de niños. Jules le dijo que no existían caníbales que solo comieran niños, pero en realidad no estaba seguro. Intentaba hacerse el fuerte y pensar con la cabeza clara, aunque la situación le estaba empezando a desbordar. Caroline, a su lado, le dio la mano y se la apretó: estaban juntos en las buenas y en las malas.

—Saldremos de esta —les aseguró Caroline a sus amigos.

Fue decirlo y llegar a un descampado sin árboles. Era la primera vez que salían de la asfixiante vegetación desde que habían dejado atrás la playa hacía horas, y todos lo agradecieron.

—Aquí no encontraremos árboles con inscripciones —exclamó Huan más animado.

Los otros cuatro asintieron, contagiados por la repentina alegría del chico.

—Allí hay algo, ¿verdad? —preguntó Amélie de repente, señalando un montículo de piedras—. Junto a las piedras, me parece que hay algo más.

Los cinco se acercaron lentamente hacia el lugar que Amélie indicaba. Jules fue el primero en darse cuenta de lo que era, pero siguió avanzando como hipnotizado. Los demás se situaron detrás de él aterrorizados.

Los cinco habían enmudecido de repente ante el terrorífico descubrimiento. En medio del descampado, encima de un montículo de piedras, yacía un esqueleto humano. Era de pequeñas dimensiones. Marie y Caroline se abrazaron entre asustadas, entristecidas y asqueadas.

Jules se acercó más al cadáver para inspeccionarlo:

—Sin duda, es el esqueleto de un niño pequeño; debía de tener unos seis años cuando murió.

—Así que la maldición de los árboles es cierta —murmuró Huan—: todos los niños morirán.

Un silencio siguió a las palabras de Huan; los asustados chicos intentaban asimilar la información. Jules seguía con la cara prácticamente pegada al cadáver, pensativo, mientras trataba de dictaminar las causas de su muerte. Cuando el esqueleto empezó a moverse, pegó un salto hacia atrás que asustó a los demás.

Era cierto, el esqueleto se estaba moviendo. Todos gritaron aterrorizados, convencidos de que se trataba de un muerto viviente. Sin embargo, la realidad no resultaba menos escalofriante: de repente vieron a una enorme serpiente avanzando por entre las costillas del esqueleto y se dieron cuenta de que era ese letal animal el que hacía que el cadáver se moviera. La serpiente se dirigía claramente hacia ellos, y un escalofrío recorrió la columna vertebral de Jules al pensar que había estado inspeccionando las costillas del esqueleto tan solo unos instantes antes.

No hizo falta que dijeran nada ni que se coordinaran: el instinto de salvación los hizo salir corriendo en desbandada en dirección opuesta a la serpiente. Y siguieron corriendo hasta que dos hombres armados les barraron el paso, apuntándolos con las escopetas directamente a la sien.

Capítulo 11

LA VERDADERA CARA DE AMÉLIE

LOS NUEVOS



Los chicos hicieron ademán de retroceder, pero aparecieron otros cuatro hombres por detrás. Estaban completamente rodeados. Jules se dio cuenta de que no había escapatoria posible y alzó ambas manos a la altura de la cabeza en señal de rendición. A su lado, Marie, Huan y Caroline lo imitaron. Inconscientemente, se apretaron más unos contra otros, intentando protegerse de las seis armas que los apuntaban a la cabeza. Huan dio un codazo a Amélie para que ella también subiera las manos, pero ella lo miró fijamente a los ojos sin hacerle caso.

—Amélie —susurró Huan frenéticamente—, estos hombres van en serio...

Pero Amélie no solo siguió haciendo caso omiso de Huan, sino que se acercó hasta los hombres que tenía enfrente. Los aventureros del siglo XXI contuvieron la respiración: ¿qué iba a hacer Amélie? La chica susurró algo al oído de uno de ellos y este, tras una leve vacilación, asintió. Entonces Amélie se volvió hacia los cuatro amigos y sonrió.

—Bueno, chicos, ha sido un placer compartir esta aventura con vosotros, pero mi camino acaba aquí —les comunicó cruzándose de brazos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jules.

—Vamos, Jules, ¿de verdad eres tan listo para unas cosas y tan tonto para otras? —Entonces, Amélie se volvió hacia uno de los hombres y le dijo—: Átales las manos a todos, que no me fío de ellos y no quiero juegos sucios. Y los demás, no dejéis de apuntarlos con las armas.

—¡Eres de la Orden Contra el Progreso! —chilló Marie enfurecida—. ¡Lo sabía!

—Sí, y al principio Caroline y tú fuisteis un gran problema; no había manera de acercarme a vosotros cuatro —les confesó Amélie—. Pero no me diréis que no supe ganarme vuestra confianza, ¿eh? Al final me di cuenta de que para ser uno de los vuestros debía arriesgar mi vida por alguien del grupo. Y a riesgo de caer yo también por la borda, salvé al tonto de Huan y todos me alabasteis como me merecía.

Entretanto, uno de los hombres ya había atado las manos de los cuatro a la espalda, y los otros seguían apuntándolos con las escopetas. Amélie, que parecía muy relajada, se iba paseando alrededor de Huan, Jules, Caroline y Marie, sonriéndoles cínicamente mientras hablaba.

—La excursión estaba pensada para deshacernos de los alumnos más problemáticos; especialmente nos interesaba la idea de que vosotros cuatro desaparecierais del mapa. ¿En serio os creísteis que Mathieu os premiaba por vuestras buenas notas?

—Así que querías que muriéramos en el naufragio —se sorprendió Caroline.

—No, la verdad es que el naufragio no estaba planeado —negó ella—, aunque no habría estado mal. El plan era otro.

—La comida intoxicada —dijo Jules—. Por eso tú no la comiste, porque tenías que vigilar el barco cuando todos cayeran desmayados.

—Exacto. Pero todo se torció cuando decidisteis no comer. ¿Cómo iba a conseguir que el plan siguiera adelante cuando vosotros cuatro estabais despiertos y en plenas facultades? —Amélie resopló—. Así que lo mejor que podía pasar era volver a Nantes e intentarlo en otra ocasión. Pero, por si fuera

poco, a vuestro amiguito Huan le dio por inventar historias de ballenas asesinas y torcer el rumbo. Casi muero en la tormenta por su culpa, pero, al menos, eso me valió vuestra confianza. E, ironías del destino, al final hemos acabado donde yo quería: las olas del mar nos han llevado hasta la isla y vosotros habéis hecho el resto creyendo tontamente que internándoos en la maleza encontraríais vuestra salvación.

—¿Qué harás con nosotros ahora, si se puede saber? —preguntó Caroline mirando a Amélie con odio.

—No me mires así, Caroline, que de momento no tengo pensado mataros como dicen las inscripciones de los árboles —rio Amélie—. Me seréis de más utilidad vivos. ¡Hay mucho corbido que sacar de la cantera y de la mina! —exclamó alegremente.

—Pero ¿por qué haces esto, Amélie? —le preguntó Huan, que seguía sin salir de su asombro. Se sentía tremendamente dolido por haber confiado en Amélie, él más que los demás. Incluso había llegado a pensar que sentía algo por ella, y aquel momento en que la chica le había salvado la vida le había parecido mágico. Ahora resultaba que todo era una auténtica farsa.

—¿Es que acaso tengo que explicároslo todo? —resopló ella—. Mathieu es un viejo amigo de toda la vida, hace años que trabajamos juntos en esto. Entré en el colegio con la misión de vigilaros muy de cerca, sobre todo a ti, Jules, con tus inventos extravagantes y tus ganas de modernidad, pero también a tus amigos, puesto que sabemos que no eres el mismo sin ellos.

Los cuatro la miraron con la boca abierta.

—¿Cómo que hace años que trabajas con la Orden Contra el Progreso? —inquirió Marie—. Debías de ser muy pequeña cuando empezaste.

Amélie soltó otra risotada.

—No creas —anunció alegremente—. Tengo un aspecto mucho más joven y lozano de lo que soy en realidad.

—¿Quieres decir que no tienes nuestra edad? —preguntó Caroline.

—Soy completamente adulta —les desveló—, pero mi aspecto será siempre el de una niña. Así pude infiltrarme en el colegio y enterarme de vuestros secretos.

Caroline se estremeció. Ella y Marie habían intuido desde el principio que Amélie no era lo que aparentaba ser y, de hecho, Caroline incluso la había visto salir de casa de sus padres. Pero, aunque sospecharan que pertenecía a la Orden Contra el Progreso, nunca se habrían imaginado que su crueldad llegaría a tanto y que ni siquiera fuera una niña. Además, se sentía profundamente engañada: le había costado mucho, pero finalmente la había

aceptado cuando la vio salvar a Huan. Amélie había jugado con los sentimientos de todos ellos y los había llevado por donde había querido.

Amélie se acercó a Jules, sonriendo triunfalmente.

—Me habían dicho que eras algo así como un genio, Jules, pero esta no la has visto venir. —El chico la miró fijamente, sin transmitir ninguna emoción en su rostro ni responder. No pensaba darle el gusto.

Amélie se volvió hacia Huan, Caroline y Marie.

—¿Os gusta la isla, os sentís cómodos en ella? Espero que sí —soltó una carcajada frenética—, porque no la abandonaréis nunca. Jamás.

Amélie remarcó esa última palabra, que quedó grabada en la mente de los cuatro niños. Tras su discurso, se dirigió de nuevo a los hombres armados:

—Ya podéis llevároslos. Son amigos míos, así que os doy permiso para tratarlos peor —exclamó guiñándoles un ojo.

—En marcha. —Uno de los hombres empujó a Caroline para que empezara a avanzar.

Los cuatro aventureros comenzaron a caminar cabizbajos, con las manos atadas a la espalda y sin mediar palabra. Seguían atónitos por las revelaciones de Amélie y no podían dejar de pensar en su traición.

Encabezaba la marcha Amélie junto con dos hombres. Los seguía Caroline, luego Jules; dos hombres más que vigilaban que no escaparan, Huan, Marie y otros dos hombres cerraban la retaguardia. Estaban totalmente acorralados y cualquier paso en falso les habría costado la vida; los vigilantes tenían el arma cargada siempre a mano.

—Lo siento, Caroline —le susurró Jules a su prima cuando ya llevaban un buen rato caminando—. Debí haceros caso a ti y a Marie cuando nos advertíais sobre Amélie.

Caroline negó con la cabeza restándole importancia:

—Yo también acabé creyéndomela, Jules. No te sientas culpable.

—¡A callar! —ordenó uno de los guardias amenazándolos con el arma.

Jules volvió a mirar al suelo desconsolado. Aunque Caroline le dijera que no se preocupara, sentía que él tenía parte de culpa; no había creído a sus amigas porque pensaba que estaban celosas de Amélie.

El hecho de andar mirando al suelo le hizo caer en la cuenta de que había un camino trazado en aquel lugar y que este cada vez se iba ensanchando más. Sí que debía de existir un poblado, al fin y al cabo, junto a la cantera de corbidio de la que les había hablado Amélie, y debían de estar acercándose a él. Recordó que Amélie había sido partidaria de internarse en la vegetación, y

pensó que lo tenía todo atado y bien atado para hacerlos ir por donde quería sin que se notara.

Pocos minutos más tarde oyeron las voces de más hombres. El sinuoso camino dibujó un recodo y, de repente, se encontraron con otro grupo de niños, también atados, que caminaban lentamente en fila india, custodiados por más hombres armados.

—¿Estos también son nuevos? —preguntó uno de los hombres—. Caray, vamos a agilizar mucho el proceso con tanta mano de obra.

Amélie obligó a los cuatro aventureros a unirse al grupo de siete niños; luego siguieron todos andando en silencio. Nadie se atrevía a preguntar cuánto faltaba para llegar a dondequiera que los llevaran, pero estaban todos exhaustos. Jules calculó que llevaban un par de horas caminando desde que los de la Orden Contra el Progreso los habían apresado junto al descampado.

En estas, uno de los niños más pequeños cayó al suelo, como desvanecido, con lo que toda la procesión tuvo que parar: los de detrás no podían avanzar porque iban en fila india y el camino era estrecho.

—Si no te levantas, te levanto yo de la paliza que te voy a dar —lo amenazó uno de los vigilantes.

El niño permanecía dolorido en el suelo; parecía no poder levantarse sin la ayuda de sus manos atadas. Marie, que estaba justo detrás de él y era muy ágil, se agachó y lo ayudó a incorporarse. Ambos se levantaron y continuaron el camino, pero, antes, Marie recibió la advertencia de Amélie:

—Será mejor que de ahora en adelante te ocupes de tus asuntos, querida Marie, no sea que el querer ayudar a los demás te acabe trayendo problemas.

Marie entrecerró los ojos y aguantó la mirada de su enemiga sin decir nada.

Siguieron caminando sin mayores incidentes unos veinte minutos más, hasta que la vegetación se disipó de golpe y llegaron a una inmensa cantera. El paisaje era sobrecogedor: decenas de niños sucios y mugrientos sacaban corbido de la cantera sin descanso. Ni siquiera pararon para mirar a los recién llegados.

Pero los hombres no pusieron a trabajar a Jules y a sus amigos de inmediato, sino que llevaron al grupo hasta más allá de la cantera, donde había un pequeño poblado. Una vez allí, el mismo vigilante que los había atado los desató a todos y los dejó a cargo de otro hombre. Los aventureros del siglo XXI se sorprendieron por verse liberados de las cuerdas, pero pronto se dieron cuenta de que estaban igualmente cercados por todas partes. Había vigilantes armados tanto en el poblado como en la cantera y en las

inmediaciones. Jules y sus amigos no tenían ninguna posibilidad de escapatoria; además, estaban completamente exhaustos: habrían caído rendidos nada más empezar a correr.

Caminando por el poblado, Marie vio un par de niños que le llamaron la atención. Se paró un momento y los miró de lejos detenidamente. No había ninguna duda: eran los dos hermanos huérfanos que solían pasarse por el asilo y que habían desaparecido. Marie quiso llamarlos, pero Caroline, que le había visto las intenciones, se lo impidió:

—Sigue caminando, Marie —le susurró—. Lo mejor será que no llamemos la atención, ya has oído a Amélie.

Marie se mordió el labio e hizo caso a su amiga. No le convenía meterse en problemas nada más llegar al poblado. Siguió caminando, pero volviéndose de vez en cuando para observar a los dos hermanos.

El vigilante que los acompañaba llevó al grupito de nuevos hasta una nave con decenas de literas.

—A partir de ahora sois esclavos —les comunicó—. Olvidaos de vuestros nombres, de vuestra ciudad y de vuestras familias, porque no las volveréis a ver. Trabajaréis todo el día en la cantera, y al final de la jornada recibiréis un plato de comida y dormiréis en una de estas literas. Mañana mismo empezaréis a trabajar. ¿Alguna pregunta?

Los niños negaron con la cabeza, demasiado asustados como para decir algo. El hombre salió de la nave y cerró la puerta, dejándolos a oscuras.

Capítulo 12

PRIMER DÍA EN LA CANTERA. NO HAY FORMA DE ESCAPAR



Debían de ser las seis de la mañana cuando unos golpes los despertaron. Alguien aporreaba la puerta de la nave de malas maneras. Jules abrió los ojos sobresaltado y recordó todo lo que había ocurrido hasta llegar allí. Ahora eran esclavos que trabajaban para la Orden Contra el Progreso, y el joven inventor no se podía imaginar un destino peor. A su alrededor, los treinta niños que vivían en aquella oscura nave ya se estaban levantando en silencio de la cama. Caroline, Marie y Huan se habían incorporado soñolientos, preguntándose qué pasaba.

—Perdón. —Caroline interceptó a uno de los niños que caminaba apresuradamente por la nave en dirección a la puerta—. ¿Qué está ocurriendo?

El niño la miró con asombro:

—Es la hora de ir a trabajar, ¿cómo es que no lo sabes? Mejor será que os deis prisa, no podemos llegar tarde a la cantera —los aconsejó al verlos todavía en la cama.

El niño se alejó apresuradamente, dejando a los cuatro aventureros del siglo XXI con un profundo malestar.

—¿A trabajar? ¿Tan pronto? —se quejó Huan—. Prefiero incluso ir al cole.

—Será mejor que hagamos lo que nos dicen —opinó Caroline.

—Sí —coincidió Jules—. Si queremos tener alguna oportunidad de salir de aquí, lo mejor será que pasemos desapercibidos y que no nos tengan demasiado vigilados.

Así pues, bajaron ellos también de las literas y se encaminaron hacia la cantera.

—Pero ¿cómo? —preguntó Huan confuso mientras caminaban hacia allí—. ¿Y el desayuno?

—El vigilante nos dijo que solo hay una comida al día —le recordó Marie—. Supongo que nos darán la cena después de trabajar.

Huan gimió completamente desolado y sentenció:

—Voy a morir.

Caroline le apretó el brazo para reconfortarlo y el chico enrojeció y no dijo nada más.

La cantera era enorme. Cuando llegaron, ya había decenas de niños picando corbidio con martillos y punteros para extraerlo de la roca. Iban colocando el peligroso mineral en carretillas que luego otros niños se encargaban de transportar hasta la base del poblado.

—Por lo menos ya hemos resuelto el misterio que nos preocupaba hace unos días: ya sabemos de dónde saca el corbidio la Orden Contra el Progreso —puntualizó Huan.

—Habría preferido quedarme con la duda —le dijo Marie.

—¿No es un mineral muy tóxico? —le preguntó Caroline a su primo—. ¿Por qué no llevan mascarillas ni protección en las manos para no tocar el corbidio directamente?

—Supongo que les da igual que los niños se intoxiquen y enfermen —contestó Jules.

Un vigilante se acercó a ellos y los riñó por no estar haciendo nada:

—Vosotros, ¡a trabajar! Coged las herramientas del baúl y poneos manos a la obra sin rechistar; me da igual que seáis nuevos o que estéis cansados. —

El hombre les señaló un baúl muy grande que había junto a la cantera; los niños que iban llegando se dirigían primero hacia allí, cogían las herramientas necesarias para picar la piedra y luego elegían un sitio en la cantera para empezar a extraer el corbidio.

Los cuatro amigos imitaron lo que veían a su alrededor y empezaron a trabajar. Habían escogido una parte de la cantera donde cabían los cuatro, y así podían ir hablando mientras extraían el corbidio de la roca. Sin embargo, debían ir con cuidado y hablar muy bajito, y solo cuando no había ningún vigilante por los alrededores, de lo contrario, sabían que se podían llevar unos buenos azotes por desentenderse del trabajo. Los demás niños que estaban cerca de ellos los miraban con una mezcla de perplejidad y admiración por atreverse a hablar mientras trabajaban.

—Intentad no tocar el corbidio con las manos en ningún momento —les aconsejó Jules—. Utilizad siempre las herramientas, y cuando lo tengáis que depositar en las carretillas, cogedlo con la manga del jersey.

Así lo intentaron, pero era una tarea muy difícil, y Huan, el más torpe del grupo, tocó el mineral con las manos un par de veces. Se consoló pensando en que el resto de los niños no usaba ningún tipo de protección y no parecía que les pasara nada; aunque se los veía débiles y enfermizos, también podía deberse a la mala alimentación y a las horas de trabajo.

El sol cada vez estaba más alto en el cielo, y los cuatro amigos no paraban de sudar. Además, a Caroline se le estaba empezando a quemar la piel porque la tenía muy blanca y fina. Aun así, seguían extrayendo corbidio de la cantera sin cesar, y de este modo, la furia que le guardaban a Amélie por haberlos traicionado les daba fuerzas para picar el mineral y extraer aquellas láminas fluorescentes que tanto mal causaban.

—No me puedo creer que estemos contribuyendo a los destrozos de la Orden Contra el Progreso —se entristeció Jules—. ¿Para qué servirá el corbidio que ahora estamos sacando? ¿Para hacer explotar de una vez por todas el *Nautilus*?

Sus amigos, que no lo habían pensado aún, se quedaron quietos unos instantes, horrorizados ante esa idea, hasta que un vigilante que pasaba por su lado los obligó con amenazas a seguir trabajando.

Cada uno se sumió en sus pensamientos durante un largo rato, extrayendo el corbidio en silencio, hasta que Marie picó el mineral con más furia de lo habitual y exclamó:

—¡Maldita Amélie!

Todos la miraron, un tanto alarmados por el tono de su voz.

—Os dije desde el principio que no era trigo limpio —prosiguió, señalando con el martillo a sus amigos—. Si nos hubierais hecho caso a Caroline y a mí...

Jules y Huan miraron al suelo entristecidos.

—Déjalo, Marie —le sugirió Caroline en voz baja—. Amélie nos ha engañado a todos, a nosotras también.

—Y eso es lo que más rabia me da —le confesó ella—: acabamos bajando la guardia y lo hemos pagado caro.

—Habríamos acabado aquí de todos modos —concluyó Jules—. La excursión iba a celebrarse con Amélie o sin ella; Claude Mathieu habría encontrado otra manera de hacernos llegar hasta aquí.

Marie asintió dubitativa. Era muy peleona y tenía ganas de devolvérsela a Amélie, pero sabía que no podía hacer nada. Siguió picando piedra con furia y fue la que más corbidio sacó de la cantera aquel día.

Las horas iban sucediéndose lentamente, sin descanso, y los cuatro se sentían totalmente deshidratados. A media tarde, un niño que estaba cerca de ellos cayó desmayado por el calor, el cansancio y la inanición. Marie y Caroline quisieron correr hacia él para socorrerlo, pero dos vigilantes les impidieron el paso. Se lo llevaron hasta el poblado arrastrándolo por el suelo como si fuera un saco de patatas. La actividad siguió en la cantera y no volvieron a ver al niño.

Casi no se lo podían creer cuando sonó una campana indicándoles que recogieran sus herramientas y se dirigieran al poblado para cenar. Estaba anocheciendo: habían trabajado de sol a sol. Caminaron hasta allí sin fuerzas, lentamente; cada vez se iban añadiendo más niños mugrientos y cansados a la marcha. Una vez en el poblado, les tocó hacer una larga cola frente a la cocina. Nadie hablaba ni se miraba: los niños solamente esperaban su turno para recibir un plato de lentejas y un vaso de agua, y luego se sentaban en el suelo y comían con las manos. Caroline, acostumbrada a todo tipo de lujos, estaba horrorizada, pero lo disimuló para que sus amigos no se metieran con ella: el hecho de tener que comer con las manos era, en realidad, el último de sus problemas.

Jules y sus amigos cenaron también en silencio, imbuidos por la atmósfera de desolación y soledad que se respiraba en el lugar. Cuando hubieron terminado de comer su insípido plato —las tripas de Huan rugían pidiendo desesperadamente una segunda ración de legumbres—, lo devolvieron a la cocina, donde otros niños se encargaban de lavar la vajilla, y se encaminaron hacia la oscura nave donde debían pasar la noche.

Se tumbaron en sus literas, como hacía el resto de los niños. Estaban completamente agotados, pero era imposible que les viniera el sueño porque muchos de los niños no paraban de gimotear. Caroline se dio cuenta de que los más pequeños debían de tener cinco años recién cumplidos; en cambio, apenas veía chicos de su edad. Se incorporó en la litera y se percató de que sus amigos también estaban con los ojos abiertos.

—¿Reunión en la litera de Jules? —propuso.

Dicho y hecho: los cuatro amigos se apretujaron en la litera de Jules Verne y empezaron a compartir sus sensaciones sobre el lugar:

—Esta nave es tan lúgubre... —se estremeció Caroline.

—Los padres de todos estos niños deben de estar muy preocupados —suspiró Marie.

—Yo sigo teniendo mucha hambre —se quejó Huan. Su tripa emitió un ruido a modo de confirmación y los demás esbozaron una tenue sonrisa.

En la litera de al lado, alguien se incorporó.

—Hola, chicos —susurró una voz desconocida—. ¿Puedo ir con vosotros?

Los demás asintieron, y un niño de unos nueve años subió a la litera de Jules y los saludó efusivamente. Era el primer niño que habían visto que tenía ganas de hablar y que aún conservaba cierta vitalidad.

—Sois los nuevos, ¿verdad? Se os ve todavía muy limpios y alimentados.

—Eh... Gracias, supongo —contestó Caroline—. Yo soy Caroline, él es mi primo Jules, y ellos dos son Huan y Marie.

—Encantado, yo me llamo Marc —se presentó el chico.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí, Marc? —le preguntó Marie con curiosidad.

—Déjame pensar... Creo que la semana pasada hizo dos años —respondió él meditabundo.

—¡Dos años! —exclamaron los demás, un poco demasiado alto. En las otras literas, un par de niños se quejaron porque querían dormir.

—Sí —asintió Marc bajando la voz—, y eso no es nada comparado con el tiempo que llevan otros.

—¿Y nunca has pensado en escapar? —se extrañó Jules.

—No estoy tan loco —dijo él—. No sé si os habéis fijado en que todo el lugar está cercado por una valla de alambre altísima. Luego están los vigilantes: si alguien consigue atravesar la verja, ellos se encargan de abatirlo con sus escopetas. Hace un año mataron a un niño que intentó escapar, lo persiguieron hasta que dieron con él. —Los demás se miraron a los ojos amargamente pensando todos en lo mismo: el cadáver que encontraron en el

descampado debía de ser el de ese niño—. Además, en el caso de que lográramos atravesar la verja y rehuir a los vigilantes, ¿qué haríamos una vez llegados a la playa? En esta isla no hay nadie aparte de nosotros. Moriríamos en la playa, sin nada que comer, ni agua que beber, y luego nos devoraría algún animal salvaje.

Caroline, Huan y Marie miraron a Jules con ganas de que refutara las afirmaciones de Marc. Pero este, desgraciadamente, no veía ningún modo de escapar con vida del poblado y esquivó la mirada de sus amigos, sin ganas de que le hicieran preguntas. Él siempre era el chico de las respuestas y de los inventos, pero en aquella ocasión se sentía totalmente colapsado, no veía una solución factible.

—Entonces, si no hay escapatoria y algunos llevan muchos años trabajando en la cantera, ¿cómo es que no hemos visto a ningún niño mayor? —preguntó Caroline.

—¿No os lo han contado todavía? —se asombró Marc.

Los aventureros del siglo XXI negaron con la cabeza.

—Cuando un niño cumple catorce años, los vigilantes lo venden a una organización china. La semana pasada se llevaron a dos de mis amigos. —El rostro del niño se ensombreció.

Todos miraron a Huan en busca de explicaciones.

—¿Qué? —se quejó él—. Que yo sea chino no quiere decir que sepa algo sobre las organizaciones criminales chinas.

—¡Esto es horrible! —se lamentó Caroline.

Los demás asintieron, pero se dieron cuenta de que a Caroline la noticia le había afectado más que a los otros. Se la veía realmente aterrorizada, había empezado a temblar.

—¿Qué te pasa, Caroline? —le preguntó su primo.

—Yo ya tengo trece años —susurró ella.

Se hizo un silencio en la litera; todos la miraron con lástima. Entonces Jules la abrazó tiernamente, reconfortándola. Caroline se envolvió en su abrazo y sonrió tímidamente.

—Te juro, Caroline, que encontraré la manera de que escapemos de aquí —le prometió él—. No pienso permitir que te vendan a una organización china.

Marie, desde el otro extremo de la litera, contemplaba fijamente la escena, sintiéndose celosa. Le habría gustado que Jules le prometiera lo mismo a ella. Saltó de la cama de Jules a su propia litera ágilmente, como si fuera un felino,

y les dio ariscamente las buenas noches a sus amigos, deseando que el día siguiente no fuera tan malo.

Capítulo 13

EN LA MINA.

LA IDEA DE JULES



—Hoy vais a bajar a la mina —les comunicó el vigilante a un grupito de quince niños, a los que habían mandado llamar a primera hora de la mañana.

Jules Verne y sus amigos formaban parte de ese grupo, y se miraron entre ellos un poco asustados al enterarse de que iban a bajar a las profundidades de la tierra para extraer más corbidio; parecía un trabajo más peligroso.

Siguieron al vigilante desde el poblado hasta la cantera, pero una vez allí torcieron el rumbo y prosiguieron unos minutos más hasta llegar a una cueva que se adentraba en las entrañas de la tierra. El vigilante los obligó a meterse dentro y empezaron a descender por pasillos angostos, húmedos y estrechos. Otros dos vigilantes permanecieron a la entrada de la cueva, para evitar así cualquier posible huida. Los niños tenían que ir en fila india y agazapados,

puesto que el pasillo no solo era estrecho, sino que además el techo era muy bajo, y se iban raspando las manos y las rodillas al avanzar por el irregular suelo. Jules comprendió por qué necesitaban niños para extraer el corbidio: el vigilante, aunque era menudo para ser un adulto, a duras penas cabía en los corredores. Por lo tanto, era imposible que un adulto de estatura estándar pudiera moverse por el lugar; ese trabajo solamente lo podían realizar niños. Por este motivo, cuando los niños crecían, los desechaban: difícilmente podían adentrarse por los pasillos de la mina para trabajar, y era mucho más práctico venderlos a la organización china al cumplir los catorce años.

Jules se percató enseguida de la inestabilidad de los túneles por los que iban pasando. En una ocasión, se dio cuenta de que una parte del túnel estaba a punto de desprenderse y empujó a Marie hacia delante segundos antes de que ocurriera. Si ella hubiera permanecido en el sitio, un aluvión de piedras la habría aplastado por completo. La chica se lo agradeció mucho, y le habría gustado abrazar a Jules, pero el vigilante la estaba mirando y, sin duda, una muestra de cariño por parte de uno de los esclavos lo habría enfurecido sobremanera.

Caroline sentía claustrofobia por verse encerrada en ese lugar lúgubre y estrecho. El poco aire que había estaba viciado y la chica sentía que no le llegaba suficiente oxígeno a los pulmones. Además, prácticamente no cabía por el túnel y se tenía que arrastrar mucho más que los demás; solo esperaba que el menudo vigilante no se diera cuenta y no se le ocurriera venderla a la organización china antes de tiempo.

Al cabo de unos veinte minutos de descender sinuosamente por los corredores llegaron a un espacio un poco más amplio. Su trayecto finalizaba en esa cámara, donde ya había una decena de niños trabajando, aunque Jules se fijó en que de esa misma cámara salían muchos más túneles que descendían todavía más, e intentó calcular, en vano, las dimensiones de la mina de corbidio.

Otra cosa que le llamó la atención fue que había raíles en el suelo que llevaban hasta unas vagonetas de tren: los niños tenían que ir picando el corbidio de la piedra y luego lo transportaban en carretones hasta las vagonetas. Cuando los vagones estaban repletos del mineral, el tren arrancaba, y los niños lo veían desaparecer tras adentrarse en un oscuro túnel.

El vigilante le llamó la atención a Jules, que llevaba demasiado tiempo distraído contemplando el trenecito y todavía no había comenzado a trabajar. El chico suspiró y se puso manos a la obra: la extracción del corbidio de la mina era bastante similar a la extracción del corbidio de la cantera; los niños

tenían que ir picando con los martillos y los punteros. Otro aspecto que debían tener en cuenta eran los frecuentes desprendimientos; se iban avisando unos a otros cuando les parecía que una roca estaba a punto de precipitarse hacia ellos.

—¿No deberían proporcionarnos unos cascos para protegernos? —se quejó Huan.

—Deberían —afirmó Jules muy serio—, pero les resulta más caro proporcionarnos cascos que raptar a más niños para sustituirlos por los que mueren o quedan gravemente heridos con los desprendimientos.

Marie tragó saliva, muerta de miedo: ¿cuántos niños habrían fallecido en el interior de esa mina? Cada vez tenía más calor, y la humedad del lugar hacía que la ropa se le pegara al cuerpo. Caroline, a su lado, se hizo una trenza en el pelo en un intento de aliviarse un poco del calor: en aquel momento envidiaba el cabello corto de Marie. Además, habría dado lo que fuera por una ducha, incluso las raciones de comida de toda una semana; jamás se había sentido tan sucia.

La mente de Jules funcionaba a toda máquina mientras trabajaba. Le había prometido a su prima que encontraría la manera de escapar de allí y pensaba cumplir con su promesa: no tenía ninguna intención de quedarse recluido en aquel lugar trabajando de esclavo para la Orden Contra el Progreso, ni de que vendieran a Caroline a una organización china y no la volviera a ver nunca más. Solo de pensarlo se le encogía el corazón en el pecho. Tampoco quería ese futuro para Marie y Huan; fuera como fuese, tenía que encontrar una solución.

Sin embargo, las palabras de Marc de la noche anterior lo habían desanimado mucho; no se le ocurría cómo podía sortear a los vigilantes y atravesar la valla. Además, era cierto que aunque pudiera encontrar una manera de salir del recinto, seguían estando en una isla de la cual era imposible escapar sin poseer una embarcación como el velero con el que habían llegado hasta allí. Volvió a pensar en el barco que había capitaneado hacía tan solo un par de días, aunque ahora le parecía que había pasado toda una eternidad: ¿qué habría sido de la señorita Pringuèle y de sus compañeros de escuela?

Jules se dio un golpe en la frente para intentar volver a concentrarse; sus pensamientos se habían apartado de nuevo del tema y habían volado hacia su corta experiencia como capitán. Huan, Caroline y Marie lo miraron sorprendidos.

—¿Estás bien? —le preguntó Marie.

Jules asintió y retomó su trabajo, mientras trataba de volver a concentrarse. Nunca se había sentido tan perdido ni tan asustado; estaban metidos en un asunto muy serio, algo que no solo afectaba a los cuatro aventureros del siglo XXI, sino también a decenas de niños que llevaban años reclusos y esclavizados. Tenía que hacerlo por todos ellos.

El vigilante pasó por su lado; siempre estaban controlándolos. Era imposible escaparse si los estaban vigilando, así que debía encontrar una manera de esquivar la vigilancia, de mantener a los hombres ocupados en otra cosa... Pero ¿en qué? De repente, sonrió. Acababa de vislumbrar una araña paseándose por el suelo polvoriento.

Caroline, curiosa por descubrir qué hacía sonreír a su primo, dirigió la mirada hacia el suelo, y al ver la araña empezó a chillar. Su grito le acarreó, como consecuencia, una sonora bofetada del vigilante, que la mandó callar. Jules apretó los puños, con ganas de vengarse de él, pero se contuvo. Volvió a pensar en la araña. Su venganza estaba muy cerca.

Aquella noche, tras la cena, Jules buscó entre los niños de la nave a alguno que tuviera papel y pluma. Al final dio con una niña bajita y pecosa que tenía un pequeño cuaderno. Tras un largo titubeo, la niña le dejó el cuaderno a Jules. Dibujar y escribir en el cuaderno era el único entretenimiento que tenía desde que la habían llevado a la isla, y no le gustaba la idea de perder una de sus valiosas hojas por entregársela a un niño desconocido, pero Jules le aseguró que el dibujo que quería hacer iba a ayudar a todos los niños a escapar de las garras de la Orden Contra el Progreso, y la pequeña decidió creer en ese chico desgarbado que le aseguraba que sabía cómo rehuir a los vigilantes.

Una vez que tuvo el papel y la pluma, Jules empezó a dibujar sin tregua, concentrado. No les había contado a sus amigos en qué consistía su plan, y estos aguardaban ansiosos a que hablara. Pero Jules seguía con el boceto, ajeno a todo. Mientras dibujaba la araña pensó en su hermano y lo echó mucho de menos. Se sintió fatal por todas las veces que se había portado mal con él y decidió que si algún día lograba volver a casa, sería un hermano modélico para compensarlo.

En cuanto hubo acabado, pidió a todos los niños de la nave que se congregaran en torno a él. Se subió a su litera para que lo vieran mejor y mostró en alto el dibujo.

—¿Una araña? —se extrañó uno de los niños.

Los amigos de Jules no dijeron nada, pero en su fuero interno estaban tan extrañados como aquel niño. Siempre habían confiado en Jules Verne, el mejor inventor que conocían, pero, tal vez, la experiencia que estaban viviendo lo había superado por completo. ¿Habría perdido el juicio?

—No es una araña normal —explicó Jules, alzando la voz para que también lo oyeran los niños que estaban al fondo de la nave—: es una araña gigante que vamos a mover con cuerdas para pegar un susto de muerte a los de la Orden Contra el Progreso.

Jules hizo una pausa para que todos lo asimilaran y anunció:

—Con este invento vamos a librarnos de los vigilantes. Necesito vuestra colaboración, la de todos vosotros. ¿Estáis conmigo?

Huan sonrió, contento de ver que su amigo era el de siempre, y avanzó un paso para hablar solemnemente ante los niños:

—Creo que hablo en nombre de todos cuando digo: ¡por supuesto!

Los niños aplaudieron y vitorearon a Jules. Poco a poco, mientras el joven inventor iba explicando su plan, la esperanza perdida tanto tiempo atrás volvía a colorear sus rostros cansados y enfermizos. Podían lograrlo.

Esa noche, a todos les costó conciliar el sueño porque aguardaban con impaciencia a que llegara el día siguiente para poder empezar a poner en marcha el plan. Los que más contentos estaban eran Huan, Caroline y Marie. Aunque se sentían un poco mal por haber desconfiado del juicio de su amigo, estaban muy felices por haberse equivocado, y se hallaban encantados de ver al ingenio de Jules trabajar de nuevo con tanta intensidad.

Al día siguiente, todos los niños fueron cumpliendo con sus funciones, supervisados por Jules, Huan, Caroline y Marie. Tenían que seguir trabajando en la cantera y en la mina sin que los vigilantes notaran nada. Sin embargo, cuando nadie miraba, los niños que estaban en la cantera o que caminaban hacia el poblado se apresuraban a coger las ramas que caían de los árboles cercanos. Las escondían en las carretas repletas de corbidio, y cuando las transportaban en dirección al poblado, dejaban caer las ramas junto a la nave. Allí estaba Marc, que se había escondido junto con otro par de niños y se encargaba de recogerlas y custodiarlas bajo las literas. Se estaban arriesgando mucho, porque si algún vigilante se daba cuenta de que no habían ido a trabajar, las represalias podían ser descomunales. En alguno de esos viajes, uno de los niños no logró dejar caer las ramas porque un vigilante se encontraba cerca, pero, por lo demás, el plan funcionó a la perfección.

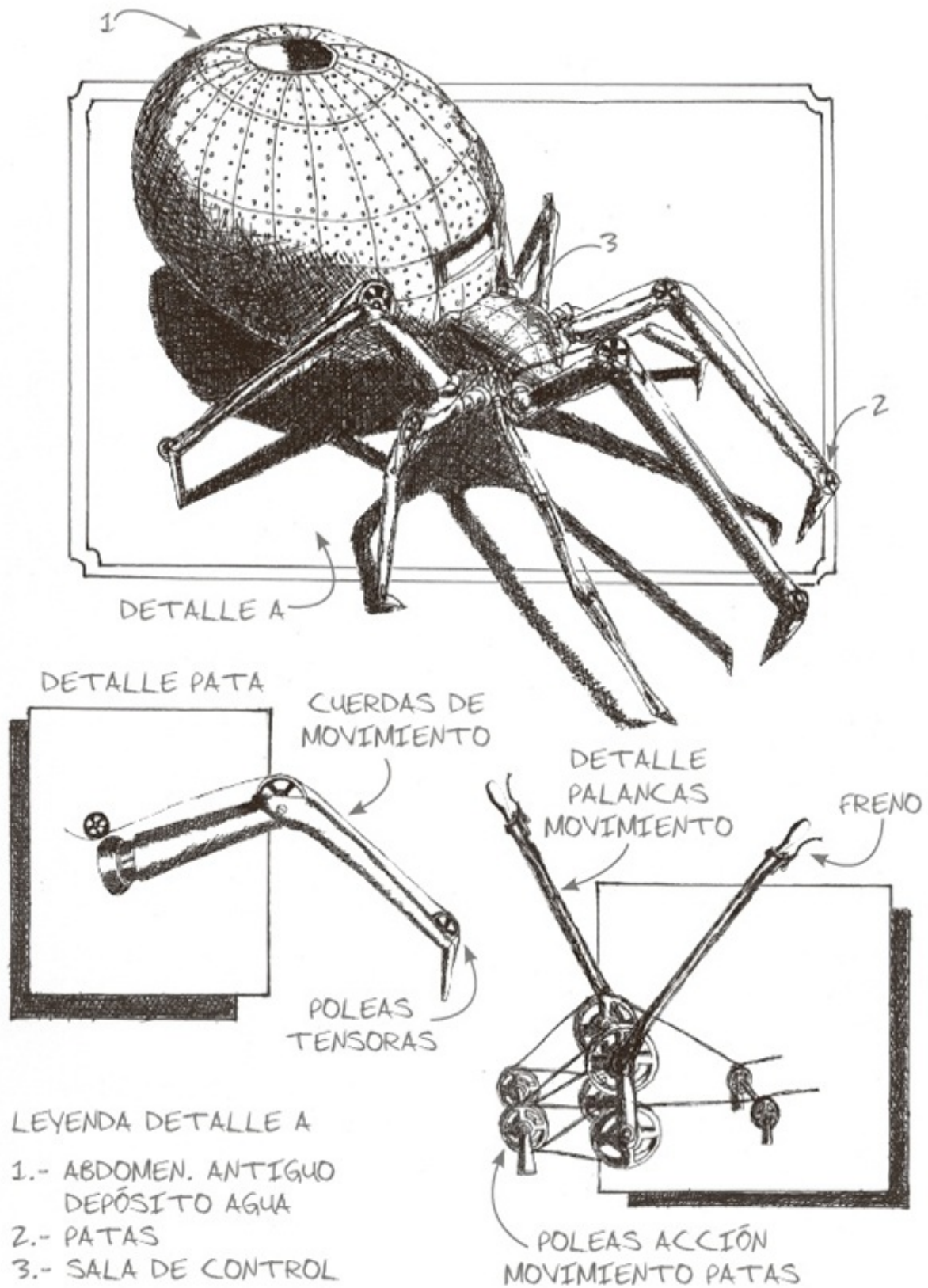
Los niños que trabajaban en la mina, entre los que se encontraban Los aventureros del siglo XXI, tenían otra misión: recoger cuerdas y poleas de los

vagones del tren. Era más arriesgado que transportar ramas, puesto que las poleas y las cuerdas eran más llamativas y parecía imposible poder cogerlas sin que el vigilante se diera cuenta. Para ello fue imprescindible la intervención de Huan, que simuló un dramático desmayo justo cuando el vigilante se encontraba cerca. El hombre, que era el mismo del día anterior porque era el único que cabía por esos pasillos, tras titubear un poco y comprobar que Huan no respondía a los estímulos, decidió llevarlo hasta la superficie para que le diera un poco el aire. Se lo llevó a rastras con la ayuda de otro niño, y los demás aprovecharon esos preciados minutos sin vigilancia para hacerse con todo lo que necesitaban para su invento.

Cuando llegó la noche y los desterraron a sus naves para dormir, algunas de las niñas empezaron a coser sirviéndose de las sábanas y del algodón del interior de los colchones. Jules cosía junto a ellas, orgulloso del monstruo que estaban creando: con todo ese algodón iban a construir las patas de la araña, mientras que las poleas servirían de articulaciones. Las ramas y las cuerdas, por otro lado, eran necesarias para dar el acabado final a las patas.

Acabaron de coser y Jules miró a su alrededor satisfecho. En solo una jornada habían conseguido todo el material, y todos los niños habían colaborado encantados. A su lado, Marie y Caroline empezaban a guardar las patas gigantes bajo las camas para evitar que los vigilantes las vieran si se les ocurría entrar en la nave. Jules les agradeció la ayuda y el esfuerzo y se tumbó en la cama satisfecho. La araña más grande y asquerosa del mundo estaba a punto de cobrar vida.

LA ARAÑA MECÁNICA



Aquella noche, tras la cena, Jules buscó entre los niños de la nave a alguno que tuviera papel y pluma. Al final dio con una niña bajita y pecosa que tenía un pequeño cuaderno. Tras un largo titubeo, la niña le dejó el cuaderno a Jules. Dibujar y escribir en el cuaderno era el único entretenimiento que tenía desde que la habían llevado a la isla, y no le gustaba la idea de perder una de sus valiosas hojas por entregársela a un niño desconocido, pero Jules le aseguró que el dibujo que quería hacer iba a ayudar a todos los niños a escapar de las garras de la Orden Contra el Progreso, y la pequeña decidió creer en ese chico desgarbado que le aseguraba que sabía cómo rehuir a los vigilantes.

Una vez que tuvo el papel y la pluma, Jules empezó a dibujar sin tregua, concentrado. No les había contado a sus amigos en qué consistía su plan, y estos aguardaban ansiosos a que hablara. Pero Jules seguía con el boceto, ajeno a todo. Mientras dibujaba la araña pensó en su hermano y lo echó mucho de menos. Se sintió fatal por todas las veces que se había portado mal con él y decidió que si algún día lograba volver a casa, sería un hermano modélico para compensarlo.

En cuanto hubo acabado, pidió a todos los niños de la nave que se congregaran en torno a él. Se subió a su litera para que lo vieran mejor y mostró en alto el dibujo.

—¿Una araña? —se extrañó uno de los niños.

Los amigos de Jules no dijeron nada, pero en su fuero interno estaban tan extrañados como aquel niño. Siempre habían confiado en Jules Verne, el mejor inventor que conocían, pero, tal vez, la experiencia que estaban viviendo lo había superado por completo. ¿Habría perdido el juicio?

—No es una araña normal —explicó Jules, alzando la voz para que también lo oyeran los niños que estaban al fondo de la nave—: es una araña gigante que vamos a mover con cuerdas para pegar un susto de muerte a los de la Orden Contra el Progreso.

Jules hizo una pausa para que todos lo asimilaran y anunció:

—Con este invento vamos a librarnos de los vigilantes. Necesito vuestra colaboración, la de todos vosotros. ¿Estáis conmigo?

Huan sonrió, contento de ver que su amigo era el de siempre, y avanzó un paso para hablar solemnemente ante los niños:

—Creo que hablo en nombre de todos cuando digo: ¡por supuesto!

Los niños aplaudieron y vitorearon a Jules. Poco a poco, mientras el joven inventor iba explicando su plan, la esperanza perdida tanto tiempo atrás volvía a colorear sus rostros cansados y enfermizos. Podían lograrlo.

Esa noche, a todos les costó conciliar el sueño porque aguardaban con impaciencia a que llegara el día siguiente para poder empezar a poner en marcha el plan. Los que más contentos estaban eran Huan, Caroline y Marie. Aunque se sentían un poco mal por haber desconfiado del juicio de su amigo, estaban muy felices por haberse equivocado, y se hallaban encantados de ver al ingenio de Jules trabajar de nuevo con tanta intensidad.

Al día siguiente, todos los niños fueron cumpliendo con sus funciones, supervisados por Jules, Huan, Caroline y Marie. Tenían que seguir trabajando en la cantera y en la mina sin que los vigilantes notaran nada. Sin embargo, cuando nadie miraba, los niños que estaban en la cantera o que caminaban hacia el poblado se apresuraban a coger las ramas que caían de los árboles cercanos. Las escondían en las carretas repletas de corbidio, y cuando las transportaban en dirección al poblado, dejaban caer las ramas junto a la nave. Allí estaba Marc, que se había escondido junto con otro par de niños y se encargaba de recogerlas y custodiarlas bajo las literas. Se estaban arriesgando mucho, porque si algún vigilante se daba cuenta de que no habían ido a trabajar, las represalias podían ser descomunales. En alguno de esos viajes, uno de los niños no logró dejar caer las ramas porque un vigilante se encontraba cerca, pero, por lo demás, el plan funcionó a la perfección.

Los niños que trabajaban en la mina, entre los que se encontraban Los aventureros del siglo XXI, tenían otra misión: recoger cuerdas y poleas de los vagones del tren. Era más arriesgado que transportar ramas, puesto que las poleas y las cuerdas eran más llamativas y parecía imposible poder cogerlas sin que el vigilante se diera cuenta. Para ello fue imprescindible la intervención de Huan, que simuló un dramático desmayo justo cuando el vigilante se encontraba cerca. El hombre, que era el mismo del día anterior porque era el único que cabía por esos pasillos, tras titubear un poco y comprobar que Huan no respondía a los estímulos, decidió llevarlo hasta la superficie para que le diera un poco el aire. Se lo llevó a rastras con la ayuda de otro niño, y los demás aprovecharon esos preciados minutos sin vigilancia para hacerse con todo lo que necesitaban para su invento.

Cuando llegó la noche y los desterraron a sus naves para dormir, algunas de las niñas empezaron a coser sirviéndose de las sábanas y del algodón del interior de los colchones. Jules cosía junto a ellas, orgulloso del monstruo que estaban creando: con todo ese algodón iban a construir las patas de la araña, mientras que las poleas servirían de articulaciones. Las ramas y las cuerdas, por otro lado, eran necesarias para dar el acabado final a las patas.

Acabaron de coser y Jules miró a su alrededor satisfecho. En solo una jornada habían conseguido todo el material, y todos los niños habían colaborado encantados. A su lado, Marie y Caroline empezaban a guardar las patas gigantes bajo las camas para evitar que los vigilantes las vieran si se les ocurría entrar en la nave. Jules les agradeció la ayuda y el esfuerzo y se tumbó en la cama satisfecho. La araña más grande y asquerosa del mundo estaba a punto de cobrar vida.

Capítulo 14

La bestia más terrorífica

Viaje a ninguna parte



Si los vigilantes hubieran sido un poco más listos, tal vez se habrían dado cuenta de que aquel día las cosas no eran normales. En apariencia, todo funcionaba como tenía que funcionar, cada niño cumplía con su trabajo en la mina, en la cantera o incluso en la cocina, pero era la misma atmósfera la que parecía enrarecida. Se respiraba un curioso aire de confianza y de triunfo, y el nerviosismo de los niños no tenía tanto que ver con los castigos y el miedo a los accidentes laborales como con las ganas de poner en marcha un plan que llevaban mucho tiempo planeando, un plan que los catapultaría hacia su salvación o los hundiría en la miseria para siempre. A nadie se le escapaba que, si no salía bien, los de la Orden Contra el Progreso se ensañarían con ellos y los tendrían tan vigilados que no podrían volver a trazar jamás otro plan de fuga: era ahora o nunca.

En los corredores de la mina, en los rincones del campamento y junto al baúl de herramientas de la cantera, aquí y allá, se iban oyendo cuchicheos de niños ilusionados que susurraban:

—¡Hoy es el día!

Aún quedaban unas horas para la noche, momento en que se habían citado todos para fabricar el invento. Durante el día, solo Huan tuvo un papel importante para el funcionamiento de la misión. De él dependía que aquella noche los niños pudieran trabajar tranquilos y sin sobresaltos.

La idea había sido suya: la tarde anterior, volviendo de la cantera una vez acabada la jornada de trabajo, vio junto al camino unas hierbas que sus padres vendían en la tienda y que tenían propiedades relajantes: eran ideales para dormir a pierna suelta toda la noche. Simulando que se anudaba bien los zapatos, arrancó del suelo varios puñados de dicha hierba y se la guardó en el bolsillo. Luego continuó caminando como si tal cosa.

Huan llegó al poblado y se puso a la cola para coger la cena: aquella noche tocaba sopa de pescado y una rebanada de pan. Aguardó con impaciencia su turno y, tras coger el cuenco de sopa y su trozo de pan, se sentó en el suelo junto a Jules y le contó en voz baja su idea:

—He cogido unas cuantas hierbas que sirven para dormir como un bebé —murmuró—. Si conseguimos que los vigilantes las ingieran unas horas antes de construir la araña, nadie nos molestará —le aseguró.

—Brillante. —Jules estaba muy sorprendido con la idea de su amigo: era perfecta—. Pero ¿cómo lograremos que los vigilantes ingieran las hierbas?

—Eso déjame a mí —lo tranquilizó Huan.

A la mañana siguiente, cuando aporrearón la puerta de la nave para que los niños se levantaran y se pusieran a trabajar, Huan salió arrastrando su pierna izquierda con una fuerte cojera, mientras iba quejándose en voz muy alta. Un vigilante se acercó hacia él rápidamente:

—¿Qué son esos lamentos? —preguntó de malas maneras.

—Ayer se me cayó una roca encima de la pierna y ahora me duele mucho al andar; no sé si podré caminar hasta la cantera, y menos aún, hasta la mina.

Caroline, Marie y Jules se habían acercado a contemplar la escena. Les daba miedo que no saliera bien y que Huan acabara teniendo problemas. ¿Y si decidían deshacerse de él porque ya no podía ser útil trabajando?

Afortunadamente, tras meditarlo unos instantes, el vigilante sentenció:

—Trabajarás en la cocina hasta que estés mejor de la pierna.

Huan les guiñó un ojo a sus amigos: todo estaba saliendo a pedir de boca. Luego se dirigió hacia la cocina exagerando todavía más su simulada cojera.

Fue el aventurero del siglo XXI que mejor se lo pasó aquel día. En la cocina se respiraba un ambiente más pausado y tranquilo; aunque tenían que cocinar para muchísima gente y luego limpiar todo el estropicio, no era

necesario manejar el peligroso corbido ni estaban sometidos a la atenta mirada de los vigilantes. Además, Huan podía ir picando alimentos de aquí y de allí cuando nadie miraba, y su estómago estaba un poco más calmado de lo habitual.

Así pues, no le fue difícil cumplir con su parte de la misión; los demás niños de la cocina también estaban en el ajo y no tuvo que esconderles nada: machacó las hierbas relajantes y luego las introdujo en la bota de vino. Sabía que esa noche todos los vigilantes sin excepción beberían de ella, como siempre. Mientras iba introduciendo las hierbas, les deseó dulces sueños con una sonrisa pícara en el rostro.

Durante la hora de la cena, Huan permaneció en la cocina, sirviendo las raciones de comida a los niños que venían de la cantera y de la mina. Cuando le tocó servir a sus amigos, les susurró:

—Misión cumplida.

Sin embargo, Jules, Caroline y Marie no pudieron evitar estar tensos mientras cenaban en el suelo del poblado. Observaban a los vigilantes comer en la única mesa disponible, y cuando se llevaban la bota de vino a los labios, contuvieron la respiración. ¿Y si notaban que el vino tenía un sabor un tanto distinto al habitual? Pero los vigilantes siguieron bebiendo sin notar aparentemente nada extraño, y Jules y sus amigos pudieron respirar hondo.

Tras la cena, los niños bostezaron, simulando cansancio, y se retiraron a la nave. Huan tuvo que quedarse un rato más a recoger la cocina, pero cuando lo tuvo todo listo, se dirigió también a la nave sin demora. En el interior, bullía la actividad.

—Calma, chicos —recordaba Caroline a los distintos niños, que se morían de ganas de salir al exterior para empezar a montar la araña gigantesca—. Recordad que hasta que los vigilantes no se hayan dormido, no podemos empezar a construir el invento.

Tuvieron que aguardar un largo rato hasta estar seguros de que no había nadie despierto en el poblado. Marie salió de la nave para analizar la situación y se paseó de puntillas por la caseta de los vigilantes: todos dormían. Incluso los que tenían que hacer guardia fuera de la nave para vigilar a los niños roncaban con la boca abierta.

Tras la minuciosa inspección, Marie regresó a la nave y les comunicó a los niños que ya podían salir. Capitaneados por Jules, se fueron organizando en grupitos para trasladar las distintas partes de la araña fuera de la nave. Iba

a ser una araña de dimensiones tan grandes que resultaba imposible montarla dentro. Arrastraron las ramas, las poleas y el algodón en dirección al parterre que había junto a la caseta de los vigilantes. Una vez allí, los niños aguardaron pacientemente las instrucciones de Jules.

—Ha llegado el momento de vengarnos —sentenció Jules ante su numeroso público—, y vamos a hacerlo a lo grande. Vamos a dividirnos en tres grupos: Huan y yo supervisaremos la construcción de la araña, mientras que los encargados de hacer que las articulaciones del arácnido se muevan mediante las cuerdas, como si fuera una marioneta, estaréis a las órdenes de Caroline. Por último, Marie, escoge a cinco niños para que te acompañen en tu ronda. Si alguno de los vigilantes se despierta, tendréis que distraerlo para que no lleguen hasta aquí antes de hora y nos descubran con el artilugio a medias. ¿Entendido?

Todos los niños asintieron al unísono. Rápidamente se pusieron manos a la obra. Marie eligió a cinco niños menudos y ágiles como ella, entre los que se hallaban Marc y los dos huérfanos del asilo, para que la acompañaran a montar guardia. Los demás niños permanecieron en el parterre, concentrados en la construcción de la araña.

Coordinar a todos aquellos niños era más difícil de lo que Jules había pensado, y se sintió afortunado de contar con la inestimable ayuda de Caroline, Huan y Marie. Las dimensiones de la gigantesca araña también dificultaban la construcción de la temible bestia. Jules pronto se dio cuenta de que iban a tardar más tiempo en fabricarla de lo que había calculado, pero tampoco podía hacer nada para agilizar el proceso. Esperaba que las hierbas que Huan había puesto en el vino de los vigilantes retardaran su despertar el tiempo suficiente para que los niños pudieran finalizar el invento.

Durante las primeras horas de la noche, no hubo ningún altercado. Todos los vigilantes sin excepción dormían como troncos, y los niños podían trabajar a sus anchas sin preocuparse de no proferir ningún ruido. Aun así, Caroline les iba instando cada poco tiempo a bajar la voz, puesto que no las tenía todas consigo. El tiempo pasaba veloz, y los niños seguían atareados ligando ramas y poleas a la repugnante araña.

Pero estaba empezando a amanecer y, con ello, algunos de los vigilantes comenzaban a removerse en sueños, a punto de despertar. Marie estaba nerviosa; sabía que faltaba poco para que alguno de ellos abriera los ojos.

—¿Por qué no han terminado aún la araña? —preguntó Marc asustado.

—Debemos confiar un poco en Jules y en los demás —dijo Marie. Se sentía muy asustada ella también, pero no quería que su grupito lo notara—.

Vosotros no sabéis todo lo que es capaz de hacer mi amigo Jules —les comunicó en voz baja—. No tenemos nada que temer.

Sin embargo, en aquel momento, uno de los niños huérfanos señaló la caseta de los vigilantes. La puerta se estaba abriendo: habían despertado. Tenían que pensar rápidamente una excusa que impidiera a los vigilantes salir de la caseta y que diera tiempo a los demás a terminar de construir la araña.

—Rápido, simulad que os encontráis muy mal —los instó Marie. Pensó en la accidentada excursión en barco que había vivido días atrás y añadió inspirándose—: estamos intoxicados por la cena de anoche.

La puerta terminó de abrirse, y el vigilante que se disponía a salir se encontró de golpe con seis niños mirándolo con caras largas.

—¿Qué ocurre? —preguntó este, suspicaz y malhumorado. Nunca antes se había encontrado con niños despiertos y fuera de la nave al amanecer.

—Nos encontramos muy mal —dijeron los seis niños a la vez.

—Nos duele la barriga —dijo un niño.

Pero otro niño había dicho al mismo tiempo:

—Tenemos dolor de cabeza.

El vigilante, extrañado, miró a ambos niños. Marie intervino rápidamente:

—Nos sentimos muy enfermos, tanto de la cabeza como de la barriga. Creemos que la comida de anoche nos ha sentado muy pero que muy mal. — Con la mano derecha se tocó la frente y, con la izquierda, la barriga para remarcar su ficticio dolor—. Niños, entremos en la caseta para que los demás vigilantes también nos ayuden.

Los seis niños entraron en la caseta de los vigilantes, ante la oposición del hombre que estaba en la puerta. Los demás vigilantes, que ya estaban despiertos, contemplaron con asombro a los niños que se habían colado y le pidieron explicaciones al vigilante que les había abierto la puerta.

—Yo no sé nada —contestó este de mal humor—. Dicen que se encuentran mal.

—¿Los seis a la vez? —se extrañó uno de ellos.

—Estamos intoxicados —le explicó Marc.

—Muy intoxicados —remarcó Marie.

—Yo creo que todo esto es un cuento chino. —El vigilante más veterano abroncó a los niños mirándolos astutamente a los ojos.

Los niños le esquivaron la mirada y se sujetaron la barriga, simulando una grave enfermedad. El vigilante veterano volvió a hablar:

—Fuera de aquí, niños —tronó con una voz poderosa—. Salgamos todos; se está haciendo tarde y hay que trabajar.

—¡No, no! —se quejaban los niños en vano.

Todo era inútil: los vigilantes los echaron a patadas de la caseta y luego salieron ellos también. Iban a descubrirlo todo.

Sin embargo, esos últimos minutos de distracción habían sido suficientes para que Jules y los demás niños acabaran de perfeccionar el invento, e incluso les dio tiempo a esconderse entre la maleza. Caroline y unos cuantos niños más estaban subidos a un árbol, sujetando diversas cuerdas, preparados para mover la araña en cualquier momento.

Jules observaba, agazapado detrás de un arbusto, cómo los vigilantes y los seis niños se aproximaban hacia la araña sin verla todavía. Doblaron un recodo y el monstruoso animal quedó a la vista de los hombres. Medía algo más de tres metros y movía sus ocho patas con ansias de devorar a todo vigilante que se le pusiera por medio.

No hubo un solo guardia que no huyera despavorido. Curiosamente, el que más gritó fue el más veterano, que hasta unos pocos minutos antes les había parecido el más fuerte y poderoso. Huyeron en desbandada: algunos se atrincheraron en la caseta y otros se internaron en el bosque. Un par de ellos se desmayaron por el camino.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Jules triunfante.

Los demás niños lo vitorearon entusiasmados y comenzaron a aplaudir. Caroline y su grupito se bajaron del árbol para unirse al corro; ahora la araña permanecía quieta e inerte en el suelo, como si hubiera muerto. Marc se acercó hacia donde Jules, Caroline, Huan y Marie celebraban la victoria junto con los demás niños y les aconsejó:

—Aprovechad el momento y huid rápidamente de aquí; os lo merecéis. No podemos escaparnos todos.

Marc tenía razón. Eran demasiados niños y habrían tenido muchos problemas durante la huida.

—En cuanto encontremos ayuda, volveremos a por vosotros —le aseguró Marie.

—No me cabe la menor duda —sonrió Marc—. Venga, ¡marchaos ya! Yo cuidaré de los demás e intentaré mantener alejados a los vigilantes; cada vez que vengan por aquí, haremos mover la araña para darles una lección. ¡Suerte, chicos!

Los cuatro aventureros del siglo XXI se despidieron rápidamente de Marc y de los demás niños y echaron a correr huyendo del poblado.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Caroline—. No podemos atravesar la verja, es demasiado alta.

—Iremos a la mina y cogeremos el trenecito; tiene que llevarnos por fuerza a alguna parte —propuso Jules.

A falta de un plan mejor, sus tres amigos decidieron hacerle caso. La mina estaba en el interior del recinto y por lo tanto evitaban así la imposible tarea de saltar la gigantesca valla. Alcanzaron la mina sin toparse con ningún vigilante y se metieron por ella; una vez allí, era difícil que ninguno de ellos los siguiera porque los túneles eran demasiado bajos y estrechos. Caroline volvió a sentir la claustrofobia característica y el asfixiante calor, pero se obligó a sí misma a aguantar el mal trago pensando que, si todo salía bien, aquella sería la última vez que entraría en la mina.

Siguieron descendiendo varios minutos más hasta llegar a la cámara que tan bien conocían, donde habían estado extrayendo corbidio hasta el día anterior. Siguió los raíles marcados en el suelo hasta llegar a una vagoneta. Jules y Huan se sentaron delante y Caroline y Marie detrás. Huan expuso sus dudas:

—¿Seguro que es necesario hacer esto? No sabemos dónde podemos ir a parar...

—Necesitan llevar el corbidio hacia el exterior en estas vagonetas —razonó Jules—; así que si todo va bien, saldremos al aire libre. Seguramente iremos a parar a un lugar alejado del poblado, porque nunca hemos visto raíles o vagonetas por allí.

—Parece nuestra única manera de salir de aquí —dijo Caroline intentando mantener la sensatez.

—Y así podremos pedir ayuda para rescatar al resto de los niños —los animó Marie que, sin embargo, no podía dejar de temblar.

Huan se cruzó de brazos. Por un momento pareció que iba a negarse a que Jules arrancara la vagoneta, pero luego se lo pensó mejor y se dio por vencido:

—Está bien... Pero si sale mal y seguimos vivos para que os pueda hablar, exclamaré: ¡Os lo dije!

Los demás sonrieron intentando ocultar su nerviosismo, y Jules propulsó la palanca que arrancaría el mecanismo y los sacaría de allí.

La vagoneta comenzó a traquetear y se metió por el túnel, donde empezó a descender y a ganar velocidad. Los cuatro amigos sentían una creciente sensación de vértigo y de mareo: cada vez iban más rápido y se adentraban más en el corazón de la mina; se tenían que agarrar fuerte a la vagoneta para no salir despedidos.

Chillaron al ver que unos metros más allá las vías se desdoblaban en dos.

—¿Qué hacemos? —gritó Marie perdiendo la calma.

—Parece que el de la derecha se interna todavía más en la mina, voy a virar hacia la izquierda —los avisó Jules nervioso.

No sabía si sería capaz de manejar el vagón con las palancas de que disponía, y corrían el riesgo de descarrilar. Sin embargo, su intuición ganó a su nerviosismo y en el último instante consiguió girar la vagoneta, que continuó traqueteando por los raíles de la izquierda y se deslizó por un interminable túnel que descendía casi verticalmente. Los cuatro aventureros del siglo XXI no podían dejar de chillar; cada vez iban más rápido y no parecía que fueran a ver nunca más la luz del día.

—¡Acciona el freno, Jules! —pidió Marie con lágrimas en los ojos.

—¡Por favor, sí! —chillaron Huan y Caroline.

—Lo estoy intentando desde hace rato —les comunicó Jules con la frente perlada de sudor—, ¡pero parece ser que la manivela que acciona el freno está estropeada!

Todos chillaron todavía más, convencidos de una muerte segura. Caroline y Marie se abrazaron en la parte de atrás y Huan se aferró a Jules cortándole la respiración. La vagoneta recorría cientos de metros como una exhalación, y estaban convencidos de que en cualquier momento iban a descarrilar y a quedar aplastados junto a las rocas del túnel, que se convertiría en su tumba.

La vagoneta viró bruscamente a la derecha y se metió en otro túnel. Caroline chilló al ver a centenares de murciélagos volar directos hacia ellos y se tapó la cara con las manos hasta que pasaron todos; iba sintiendo cómo le rozaban la cabeza. Se destapó la cara al oír a sus amigos gritar de nuevo, para ver qué ocurría: parte de una pared del túnel se estaba desmoronando a su paso, a punto de aplastarlos. La vagoneta ganó todavía más velocidad y dejó atrás la pared desmoronada, pero iba levantando una enorme cantidad de polvo a su alrededor, y los cuatro amigos eran incapaces de ver nada. La siguiente bajada los pilló desprevenidos y el corazón les dio un salto en el pecho: descendían tan rápido y la bajada era tan pronunciada que estaban seguros de que al final de ese túnel solo les podía aguardar la muerte.

Y, sin embargo, al final de ese túnel se veía una luz. Huan pensó que todo tenía sentido, que se estaban muriendo y que por eso atisbaban esa luz, y así se lo comunicó a sus amigos. Pero Jules tenía otras expectativas...

La luz cada vez era más intensa a medida que llegaban al final del túnel. Jules, en vano, intentaba accionar la palanca del freno; le daba miedo que los raíles se acabaran de repente y salieran despedidos. Eso fue, efectivamente, lo

que pasó: la vagoneta se paró en seco al final del túnel y Huan, Jules, Caroline y Marie salieron volando hacia la luz.

Aterrizaron en la mullida arena, que les paró el golpe. Huan la tocó sorprendido: no sabía que en el cielo hubiera arena. ¿O era el infierno?

—¡Huan! —gritó Marie contenta, incorporándose cerca de él—. ¡No pongas esa cara! ¡No estamos muertos!

Los cuatro, un tanto magullados por la brusca caída, se levantaron a duras penas y corrieron a abrazarse. Habían encontrado la salida. Pero ¿dónde estaban?

Jules miró a su alrededor: se encontraban en una playa, como después del naufragio del barco, pero no podía asegurar que fuera la misma. Al fin y al cabo, estaban en una isla, podían haber ido a parar a cualquiera de sus confines. Miró a sus amigos, sanos y salvos, pero cubiertos de polvo y suciedad, y leyó el mismo desconcierto en sus rostros. Como cuando se vio por primera vez en la playa, el chico volvió a rememorar aquella otra ocasión en que habían acabado en una isla desierta, cuando el globo aerostático les jugó una mala pasada, y supo, por las caras de sus amigos, que ellos también pensaban en lo mismo. En aquel entonces disponían de un bote para volver a casa; ahora no había escapatoria posible. Aunque ante ellos se abría la infinidad del mar, Jules sintió algo parecido a la claustrofobia.

—Hasta aquí hemos llegado —sentenció Huan—. Ahora tendremos que sobrevivir en la isla como podamos, intentando que no nos ataque ningún animal salvaje.

Caroline y Marie miraron a Jules para que refutara las palabras de Huan. Pero el chico se sentía del mismo modo. Estaban de nuevo en una playa, y otra vez se encontraban completamente perdidos; ¿cómo iban a poder conseguir ayuda para los demás niños si no sabían ni cómo iban a salvarse ellos mismos? Miró hacia el mar en busca de inspiración. Y de repente...

Capítulo 15

¡BUQUE A LA VISTA!

EXPLICACIONES INCREÍBLES



...Y de repente, encontró la inspiración que buscaba.

¡Avistó un barco en el horizonte! Cada vez se iba haciendo más grande y más nítido, a medida que se iba acercando a la costa.

—¡Mirad! —exclamó Jules señalando el navío que se aproximaba.

Los cuatro niños empezaron a dar saltos de alegría y a hacer señas para que la tripulación del buque los viera. Pero en medio de los alegres brincos, Huan dejó de saltar, preocupado.

—¿Qué te pasa, Huan? —le preguntaron las chicas.

—¿Y si es una nave de la Orden Contra el Progreso y ahora nos vuelven a apresar?

Sus tres amigos dejaron de hacer señas en el acto y se miraron entre ellos inquietos. Si ese barco pertenecía a la Orden Contra el Progreso, estaban perdidos: sin duda, ya los habrían visto hacer señas a través de sus anteojos.

—Tal vez deberíamos escondernos... —sugirió Caroline, que no tenía ningunas ganas de volver a hacer de esclava o ser vendida a una organización china.

—Aguardad un momento —les pidió Jules, observando el navío muy concentrado.

Todavía estaba demasiado lejos como para estar seguro, pero había algo en las formas del barco que le llamaba la atención. Sin duda, ese no era un buque normal, y sin embargo a Jules le resultaba muy familiar, puesto que lo había observado infinidad de veces desde el puerto e incluso había subido a bordo en una ocasión.

—¡Es el *Nautilus*! —exclamó Jules—. ¡Estamos salvados! —Y volvió a hacer señas al barco efusivamente.

—¿Estás seguro? —preguntó Marie aguzando la vista.

Poco a poco, las peculiaridades del *Nautilus* se pusieron de manifiesto para los otros tres niños. Efectivamente, el buque que se acercaba hacia ellos era todo metálico, y su forma era más alargada de lo habitual en los navíos. La vela era pequeña, pero la nave se impulsaba rápidamente de todos modos porque contaba con unas hélices que no estaban a la vista. Caroline, Huan y Marie volvieron a sumarse a las señas de Jules, e iban brincando y gritando emocionados, deseando con todo su corazón que el *Nautilus* no pasara de largo.

Como Jules sospechaba, no fue así: la tripulación del navío los había reconocido y ya se estaban preparando para tirar el ancla; probablemente ya los habían avistado desde lejos con los anteojos. El *Nautilus* atracó en la costa, enfrente de los niños, que pudieron ver al capitán Nemo en la cubierta. ¡No podían creerse su buena suerte!

—Lo has vuelto a conseguir, Jules —exclamó Caroline—. ¡Nos has salvado!

Se sentía tan agradecida hacia su primo que lo besó fuerte en la mejilla. Jules enrojeció y le contestó que había sido gracias a todos (aunque en su fuero interno le encantaba que Caroline lo considerara su salvador). Las mejillas de Marie, que había observado la escena con atención, también ardieron, pero más de celos que de alborozo. Para imitarlos, le plantó un beso a Huan, que no se lo esperaba para nada y se puso todavía más contento.

Sin embargo, hasta que estuvieron dentro del *Nautilus* no se sintieron por completo a salvo. Los cuatro amigos querían desaparecer de la isla cuanto más rápido mejor, y así se lo hicieron saber al capitán. Nemo asintió comprensivamente y les hizo descender hasta el interior del buque: una vez el *Nautilus* adquiriera velocidad, ya nadie podría estar en cubierta. Como Jules y sus amigos ya sabían, el *Nautilus* se sumergiría y se adentraría en las profundidades del mar.

Los niños saludaron a la tripulación, que, como siempre, iba vestida con una especie de monos elásticos negros, y luego bajaron junto a Nemo por aquellas escaleras que los trasladaban prácticamente a otro mundo. La primera sala que vieron era toda metálica, igual que el exterior del *Nautilus*. Sin embargo, al traspasar una puerta, el navío se convertía en un auténtico museo o palacio bajo el mar, como a Caroline le gustaba llamarlo. Fueron pasando por salas exquisitamente decoradas hasta que llegaron al salón, la estancia preferida de los niños. Estaba decorado con mucho gusto: había estatuas griegas y romanas en los rincones, alfombras persas en el suelo e incluso un órgano cerca de la puerta. En tres de las cuatro paredes colgaban cuadros de temática marina; la cuarta era la pared favorita de Los aventureros del siglo XXI, y también del capitán Nemo: en el otro extremo de la sala, el gran techo abovedado se curvaba y llegaba hasta el suelo. El capitán accionó una palanca y la pared curva empezó a moverse hasta dejar a la vista las profundidades marinas. Los cuatro amigos volvieron a maravillarse de nuevo; era inevitable.

Sin embargo, había algo que en aquel momento les llamaba todavía más la atención, especialmente a Huan: ¡la mesa estaba puesta para cinco y había todo tipo de fuentes que contenían deliciosos manjares! Los niños corrieron hacia allí y Huan fue el primero en sentarse.

—Sospechaba que cuando os encontrara ibais a estar hambrientos —sonrió el capitán.

—Muchas gracias, capitán Nemo —le agradeció Caroline, siempre tan cortés.

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó Jules, que intentaba comprender en silencio cómo se las había ingeniado el capitán Nemo para dar con ellos en la isla.

—Sí, ¿cómo ha sabido que estábamos aquí? Si ni nosotros sabíamos dónde estábamos... —inquirió Marie, sirviéndose un pastelito de cangrejo de una de las fuentes.

—Sinceramente, ha sido un golpe de suerte —confesó Nemo— y de eliminación. Llevamos muchos días buscándoos: no solo yo, también la gendarmería y vuestras familias, e incluso muchos pescadores se han ofrecido a colaborar y han salido a patrullar por el río y por el mar con sus barquitas. Esta era una de las pocas islas cercanas a Nantes que me faltaba por rodear con el *Nautilus*. —El capitán hizo una pausa y luego añadió—: todo el mundo está muy preocupado; ¡ya veréis la alegría que les vais a dar a vuestros padres!

Caroline, Jules y Marie sonrieron y se sintieron muy agradecidos al saber que la gente se había implicado tanto en su búsqueda. Huan, ajeno a la conversación, comía compulsivamente de una de las fuentes.

—Me alegro de que te gusten la lengua y el intestino de oveja —exclamó el capitán Nemo—. No las tenía todas conmigo.

Huan, totalmente paralizado al oír qué era lo que estaba comiendo, se quedó sin saber qué hacer. En el momento en que Nemo se lo había dicho, tenía comida en la boca, pero ahora no se atrevía a tragarla. No sabía qué cara ponerle al capitán Nemo y estaba empezando a sentir arcadas. Al final, escupió el bocado en una servilleta de tela y todos se empezaron a reír —menos el mismo Huan, que se cruzó de brazos malhumorado—. Por si fuera poco, Caroline miró hacia el enorme ventanal abovedado y exclamó:

—¡Ahí va, si están aquí con nosotros la ballena y su cría de nuevo! Huan, no nos hagas cambiar de rumbo, ¿vale? Que luego acabamos enfrentándonos a tormentas y naufragamos en islas malignas.

Marie y Jules se echaron a reír de nuevo, y Nemo los miró enarcando una ceja sin entender nada.

—Luego se lo contamos, capitán —le prometió Marie.

Caroline, Jules y Marie corrieron al ventanal para ver mejor las ballenas azules, que parecían encantadas con el *Nautilus* y no dejaban de seguirlo. Huan se cruzó de brazos: no pensaba decirles que cambiaran el rumbo, había aprendido la lección de sobras, pero tampoco iba a acercarse a la cristalera para ver mejor esos monstruos marinos que tanto temor le inspiraban. Después de haberse salvado por los pelos de morir en una tormenta, aplastado por una roca en la mina o al salir despedido de la vagoneta de tren, no pensaba tentar a la suerte exponiéndose a que una ballena o su cría lo atacaran. Se sirvió unos bocadillos —comprobando primero que no fueran de ningún ingrediente sospechoso— y siguió comiendo en silencio.

Los demás volvieron a sentarse a la mesa y Marie le preguntó al capitán Nemo lo que todos se morían de ganas de saber pero sin embargo temían

preguntar:

—¿Qué les ocurrió a la señorita Pringuèle y a los demás niños?

El capitán Nemo les sonrió, tranquilizándolos:

—Están todos bien; han estado recuperándose en el hospital de la grave intoxicación que sufrieron con la comida. El velero naufragó cerca de Nantes, pero encontraron a todos sus pasajeros y a la tripulación en los camarotes sanos y salvos, aunque inconscientes.

Los cuatro amigos se sintieron orgullosos; si no habían salido volando por la borda era gracias a ellos, que los habían arrastrado hasta los camarotes, y de Huan, que había cerrado las compuertas.

—La otra buena noticia es que Yamir también se encuentra mucho mejor —les comunicó Nemo escuetamente, pero los niños pudieron notar la emoción contenida en su voz.

—¡Bien por Yamir! —exclamó Huan dejando de comer por unos instantes.

Todos se rieron de nuevo.

—Y ahora contadme vosotros qué clase de aventura habéis corrido en esta ocasión —les rogó el capitán—. No tenéis muy buena cara...

—Han sido días muy duros —suspiró Caroline.

—Resumiendo —dijo Marie—: la excursión era una trampa. La Orden Contra el Progreso quiso intoxicarnos camino a la isla de Yeu. Amélie trabaja para ellos y se tenía que encargar de llevarnos hacia las minas de corbidio. Sin embargo, decidimos ayunar para dar nuestra ración de comida al asilo cuando regresáramos del fin de semana y, gracias a eso, nosotros cuatro no nos intoxicamos. Acabamos entrando en medio de una tormenta por motivos que ahora no hace falta especificar —Marie miró brevemente a Huan y este carraspeó—, y Jules tuvo que capitanear el barco.

El capitán Nemo miró a Jules con reconocimiento, y el joven inventor hinchó el pecho con orgullo. Sin embargo, luego bajó la cabeza y murmuró:

—Hice todo lo que pude, pero la tormenta era muy fuerte y no podía conducir el velero por donde quería... Al final, salimos despedidos por la borda: primero ellos tres y Amélie, más tarde yo. Nos despertamos en una isla aparentemente desierta e intentamos buscar un poblado o agua potable. Sin embargo, caímos en las manos de la Orden Contra el Progreso y nos obligaron a trabajar para ellos extrayendo corbidio de las rocas.

—Hemos vivido en condiciones verdaderamente inhumanas —se quejó Caroline.

—Sí, hasta que a Jules se le ocurrió fabricar una araña gigante que asustara a los vigilantes, y hemos podido escaparnos de allí y subirnos a una vagoneta de tren que nos ha llevado hasta la playa.

Los tres niños vitorearon a Jules, mientras el capitán Nemo sonreía. Alzaron todas las copas de agua y brindaron:

—¡Por Jules!

El chico también alzó su copa:

—Y por el capitán Nemo, que nos ha salvado de morir en la isla.

—A los amigos no se los deja nunca en la estacada —dijo Nemo.

Los cuatro chicos, sonrojados, murmuraron palabras de agradecimiento. ¡El capitán Nemo los consideraba sus amigos! Jules era el que estaba más contento con tal distinción; no podía existir un honor más grande.

—Capitán Nemo —murmuró Marie—, en la isla hay muchos más niños; la Orden Contra el Progreso los ha esclavizado para extraer corbido. Les prometimos que regresaríamos con ayuda.

—Por supuesto —respondió el capitán, indignándose al conocer tal información—. Cuando lleguemos al puerto de Nantes, denunciaremos los hechos a la gendarmería y los instaremos a que rescaten a los niños lo más pronto posible.

—Gracias —suspiró Marie, que se sentía tremendamente mal por haber dejado al resto de los niños atrás.

El capitán Nemo estuvo meditando un buen rato, mientras los cuatro continuaban comiendo y mirando por el enorme ventanal a las ballenas, a las que Caroline ya consideraba sus nuevas amigas.

—Por cierto —dijo el capitán al cabo de un rato—, no me cabe duda de que en cuanto los gendarmes lleguen a la isla, se encontrarán con un montón de niños asustados, pero no habrá ni rastro de los adultos que los han tenido cautivos: ¿tenéis alguna prueba que inculpe a la Orden Contra el Progreso en esta ocasión?

Los niños se miraron y la desolación invadió sus rostros:

—Me temo que no —respondió Jules muy serio. Se sentía como un niño pequeño pillado en falta: tendrían que haber buscado alguna prueba que inculpara a la Orden Contra el Progreso antes de escaparse del lugar; si no, nunca iban a poder apresarlos.

El capitán Nemo se dio cuenta de que había entristecido mucho a sus jóvenes amigos y trató de animarlos:

—No os preocupéis, acabaremos dando con ellos. Ahora lo importante es que estéis todos bien y que vamos a rescatar al resto de los niños para que

puedan volver con sus familias.

Los demás asintieron, pero se les habían pasado las ganas de hablar. Se quedaron contemplando el paisaje marino desde el inmenso ventanal, cada uno pensando en sus cosas. Sentado a la mesa, un silencioso Huan siguió engullendo las exquisiteces de las diversas fuentes de comida hasta que solo quedaron las migas.

—¡Hijo! —corrió a abrazarlo su madre tan pronto como llegó a casa—. ¡Hemos estado tan preocupados por ti!... —Y prorrumpió en sollozos tapándose la cara con las manos.

Jules la estrechó entre sus brazos, incómodo. No le gustaba haber sido el causante de que su madre estuviera tan triste y pasara tan malos ratos.

Su padre avanzó hacia él y le dio unas palmadas reconfortantes en el hombro. No lo abrazó, pero Jules leyó en su rostro que se sentía realmente aliviado de tenerlo de nuevo en casa.

—Suerte que ese capitán amigo tuyo ha dado con vosotros —dijo el padre—. Lo debéis de haber pasado mal en aquella isla tantos días.

—La gendarmería ha hablado de un secuestro —prosiguió la madre sollozando—, perpetrado por una especie de organización criminal. ¡Mi pobre Jules! —Y abrazó más fuerte a su hijo mayor.

—Sí, un secuestro organizado ni más ni menos que por el director de nuestro instituto, Claude Mathieu —contestó Jules como si tal cosa.

La madre de Jules se deshizo del abrazo de su hijo y lo miró con la boca abierta. A su lado, el padre meneó la cabeza en señal de desaprobación:

—¿Otra vez con tus tonterías? Déjate de explicaciones increíbles, Jules —lo amonestó—. La imaginación desbordada te está jugando de nuevo una mala pasada: intentas comprender una experiencia traumática que no tiene ningún sentido y la rellenas con cosas que conoces para crearle una lógica propia. De este modo, te has imaginado que el jefe de una banda criminal es el director de tu instituto para que tus vivencias en la isla te resulten familiares.

—Es normal que te ocurra esto, Jules —le explicó lentamente su madre, mirándolo con lástima—; lo dice la psicología: en casos así, tu cerebro rellena los huecos que faltan.

Jules miró a sus padres con desconcierto y cierta furia. ¿Desde cuándo se interesaban por la psicología?

—No nos mires así, Jules —imploró su madre—. Nos hemos estado informando y nos suponíamos que, dada tu imaginación, si te encontrábamos, podía ocurrir algo así.

—¿Y de qué manera, si se puede saber, os habéis estado informando sobre psicología? —preguntó Jules suspicaz. No se imaginaba a sus padres acudiendo a la biblioteca municipal de Nantes a buscar de qué modo podía reaccionar su hijo desaparecido si regresaba a casa.

—De hecho, fue el mismo Claude Mathieu quien nos lo comentó —dijo el padre de Jules.

—Estuvo muy atento con los familiares de los desaparecidos y se ha tomado muy en serio la investigación; tenemos suerte de contar con él —añadió la madre.

Jules no se lo podía creer.

—¿¡No os dais cuenta!?! —les gritó—. ¡Quiere comerse el coco porque él es el verdadero culpable de todo!

Sus padres miraron a su hijo con lástima.

—Baja el tono de voz, Jules —le advirtió su padre secamente—. Tus hermanos ya están durmiendo.

—Seguro que después de descansar verás las cosas desde otra perspectiva —dijo su madre.

Volvió a acercarse a él y le dio un beso en la frente.

—A la cama, Jules —le ordenó su padre.

El chico, desconcertado y desolado, subió a su habitación y se tumbó en la cama. Ni sus propios padres eran capaces de creerlo... Temió que Claude Mathieu acabara cumpliendo su propósito y quitándolo de en medio para siempre; ¡y ni siquiera así sus padres lo creerían! Parecía que acabar con él era uno de los principales objetivos del director; estaba claro que lo odiaba. Y de lograrlo, ¿quién estaría allí para pararle los pies?

Capítulo 16

HÉROES



En el colegio, todos los recibieron como si fueran héroes. Jules, Huan, Caroline y Marie se cansaron de contar las mismas historias una y otra vez. Hubo quien incluso aprovechó la repentina fama para lucrarse: Huan iba vendiendo autógrafos por doquier, ante la atónita mirada de sus amigos. En clase, los compañeros los vitoreaban antes de cada lección, y en el patio siempre se formaba un gran corro de alumnos que querían escuchar sus batallitas. En el comedor no tenían que hacer cola para recibir su comida; los demás simplemente los dejaban pasar.

Lo mejor ocurrió en clase de Matemáticas: la señorita Pringuèle, emocionada, le dijo a Jules que saliera a la pizarra. Él pensó que iba a tener que realizar algún problema matemático delante de toda la clase; de hecho, le gustaba exponer su ingenio de ese modo y a menudo se ofrecía voluntario

para resolver las ecuaciones planteadas, pero la profesora de Matemáticas tenía otros planes.

—Bien, joven Verne, dibuje usted la tormenta que vivimos en el velero.

—¿Que dibuje qué? —exclamó Jules atónito.

—Sé que usted tiene unas grandes dotes artísticas: quiero que las comparta con todos nosotros y que así los alumnos que no pudieron asistir a la excursión conozcan las peripecias por las que pasamos —contestó la señorita Pringuèle emocionada.

Jules miró a Huan, que se encogió de hombros. Verdaderamente, parecía que todo el mundo se había vuelto loco, incluso los profesores.

No le quedó más remedio: comenzó a dibujar con la tiza, utilizando toda la superficie de la pizarra como si se tratara de un lienzo. Pronto la había llenado de olas gigantescas, lluvia, rayos y truenos, y un velero a la deriva, medio inclinado por la oscilación de las olas. Dibujó el timón y a él mismo sujetándolo. A su lado retrató a Caroline con la melena ondeando al viento, señalando una inmensa ola que iba hacia ellos. Luego trazó a Marie, sujetándose a un mástil en perfecto equilibrio. Por último, perfiló a Huan arrastrando un cuerpo inerte hacia los camarotes: la señorita Pringuèle.

Toda la clase prorrumpió en aplausos y Jules Verne hizo una reverencia antes de volver a su sitio. La profesora sonrió ampliamente y exclamó ilusionada:

—¡Yo estuve allí! —Y señalaba la pizarra como para demostrarlo.

Jules y Huan se rieron disimuladamente.

—Estuvo allí, sí —le susurró Huan a su amigo—, pero no fue lo que se dice en cuerpo y alma; solo en cuerpo.

Jules, que no podía parar de reír, simuló una fuerte tos. La clase seguía aplaudiendo, y la señorita Pringuèle ahora estaba empezando a relatar su propia perspectiva de la situación. Jules cerró el cuaderno de Matemáticas: estaba claro que ese día no iban a hacer nada.

Y sin embargo, como suele ocurrir con la gloria cuando llega de repente, la fama poco a poco se fue apagando. Al cabo de una semana, ya nadie les pedía que volvieran a contar cómo escaparon de la mina, ni los vitoreaban por el pasillo. La señorita Pringuèle volvía a explicar la lección de Matemáticas durante su hora de clase, y ellos tenían que hacer cola en el comedor para conseguir su ración de comida, como todo el mundo.

—Casi mejor —opinó Marie—. Estaba empezando a cansarme tanta popularidad.

Jules y Caroline asintieron, pero Huan se lamentó:

—Yo en cambio ya me había acostumbrado...

Los demás sonrieron. De los cuatro, era al que más se le había subido la fama a la cabeza, y al que más dura se le estaba haciendo la vuelta a la realidad. Ya nadie compraba sus autógrafos, y estaba tratando de regalar a los compañeros de curso todos los que le sobraban.

Una semana era mucho tiempo; era normal que la gente volviera a su rutina. Durante esos siete días habían pasado muchas cosas: la más importante era que la gendarmería de Nantes había desmantelado y cerrado la mina de corbidio, y habían liberado a todos los niños que estaban atrapados allí. Como había supuesto el capitán Nemo, no habían encontrado a los vigilantes; era como si hubieran desaparecido de la faz de la Tierra, se habían esfumado sin dejar rastro.

—¿Alguien sabe algo de Amélie? —preguntó Jules.

Las chicas asintieron con la cabeza: las demás alumnas de la clase habían empezado a preguntar por su ausencia y el director se había visto forzado a dar una explicación.

—Mathieu nos ha dicho en clase de Moral que está viajando por Europa con su familia para formarse —respondió Marie apretando inconscientemente los puños—. Ojalá la hubiera vuelto a ver; le habría dicho cuatro cosas bien dichas.

Los demás sonrieron, imaginándose los métodos de su amiga Marie. Aunque era la más menuda del grupo, sabía cómo imponerse a los demás.

—¿Qué, preparados para el acto de esta noche? —preguntó Huan cambiando de tema. No le gustaba pensar en la traición de Amélie.

—Yo ya tengo mi vestido listo —suspiró Caroline.

Marie puso los ojos en blanco, pero Jules sospechaba que en el fondo a ella el acto también le hacía ilusión. Siempre era de agradecer que le reconocieran a uno los méritos.

Todos iban elegantes esa noche, pero Caroline la que más. Jules y Huan se quedaron observándola embelesados: llevaba un vestido largo de gasa rosa y se había recogido el pelo en un complicado moño trenzado que le daba un porte distinguido. Marie, un poco molesta por el aspecto tan cuidado de su amiga, sospechó que esta se había puesto polvos en las mejillas. Bajó la vista hacia su propio vestido, un trapo viejo azulón que ya había mostrado en otras ocasiones, y se sonrojó, sintiéndose un poco fuera de lugar.

Se sentaron todos en primera fila junto a sus padres. Estaban en el Palacio de Justicia, a punto de recibir unas medallas de honor por haber salvado a la

tripulación y a los pasajeros del barco y por haber logrado que un centenar de niños pudieran regresar con sus familias tras años de separación.

El acto era muy solemne, y los cuatro aventureros del siglo XXI se sentían cohibidos. Mientras el capitán Nemo se subía a la tarima y hacía un emotivo discurso en el que alababa todas las proezas de los cuatro chicos, Caroline se dedicó a observar a los invitados. En uno de los laterales estaba Yamir, ya totalmente recuperado, con la cabeza envuelta en su habitual turbante. Sonrió a Caroline cuando vio que la chica lo miraba y luego volvió a centrar su atención en el discurso del capitán. El director también estaba entre los invitados, como representante de la escuela, y a su lado se sentaba la señorita Pringuèle, que no había querido perderse el acto por nada del mundo. Mientras que la profesora lloraba a lágrima viva de emoción, el director de la Bonne Tradition permanecía rígido y tenso en su sitio, aunque Caroline notó que intentaba disimular su malestar, y que incluso de vez en cuando iba aplaudiendo las palabras del capitán Nemo y asintiendo con la cabeza como si estuviera conforme con las cualidades que este atribuía a los niños.

La chica se fijó luego en los padres: la madre de Huan lloraba exageradamente, muy orgullosa de su hijo, y Caroline la miró con simpatía. En cambio, se percató enseguida de que a su propio padre no se lo veía tan orgulloso: a Caroline le volvió a asaltar la sensación de tener al enemigo metido en su propia casa.

Al cabo de unos minutos los hicieron subir al estrado, y el alcalde en persona les colocó las medallas en el cuello. Las condecoraciones relucían colgadas en el pecho de los cuatro aventureros, que saludaban a sus familiares y sonreían muy contentos. Luego, el alcalde alzó la voz para que el público congregado en la sala lo oyera, y comunicó que iba a darles también una remuneración económica para recompensar su valentía.

Los chicos bajaron de la tarima y, sin mediar palabra, le entregaron el dinero a Marie. Estaban tan cohesionados los unos con los otros que ni les hizo falta mirarse a los ojos para decidir qué iban a hacer con el dinero.

—Para el asilo —anunció Huan en nombre de los demás—. Así los pobres podrán comer muy bien durante una temporada, y no solo gracias al invento de hacer pan fino de Jules.

Los demás se rieron contentos, y Marie se sintió muy afortunada de tener unos amigos tan generosos y altruistas. Se fundieron en un abrazo colectivo en medio del caluroso aplauso del público.

La sala ya estaba empezando a vaciarse porque el acto había finalizado. El capitán Nemo se acercó al grupito de amigos y los miró con cara seria. No

parecía el mismo hombre que un rato antes había pronunciado un animado discurso en la tarima de la sala.

—Venid conmigo un momento, por favor —les pidió con voz grave.

Los cinco hicieron un aparte en un rincón de la sala, alejados de la gente, y le preguntaron al capitán qué ocurría.

—Acabo de recibir una información confidencial —con testó Nemo misteriosamente.

—¿Qué clase de información confidencial? —inquirió Marie.

—Me ha llegado una carta anónima en la que se me advierte de que vuelvo a correr peligro de muerte.

Un silencio helado se apoderó del grupo tras las palabras del capitán. En la otra punta de la sala, la gente se despedía animadamente y se abrazaban unos a otros, alegres por el final feliz que había tenido la historia. Pero sobre Los aventureros del siglo XXI se acababa de erigir una sombra que teñía cualquier atisbo de felicidad.

—La Orden Contra el Progreso —afirmó, más que preguntó, Jules.

—Eso me temo —asintió Nemo.

Los cuatro amigos se miraron preocupados. Acababan de salir de las garras de la Orden y ya volvían a olerse los problemas. El capitán Nemo se dio cuenta de la intranquilidad y turbación de los aventureros e intentó que no pensaran más en ello:

—Hoy es un día de celebración y debemos estar alegres —les recordó—. Este acto conmemora que una vez más habéis demostrado la valentía y la astucia necesarias para rehuir a la Orden Contra el Progreso. Y algún día la venceremos, no me cabe duda.

El capitán Nemo se fijó en que Marie se mordía el labio, Huan se cruzaba de brazos y Caroline miraba hacia el suelo. Estaban asustados y cansados de esa guerra desigual en la que siempre tenían las de perder, pero seguirían luchando porque no les quedaba otro remedio: querían un futuro mejor, y eso no sería posible mientras existiera la Orden Contra el Progreso.

Jules, en cambio, tenía otra idea en mente que le impedía estar asustado. Cuando hicieron el aparte con el capitán Nemo se había dado cuenta de que Claude Mathieu no les quitaba los ojos de encima y que se había ido acercando sigilosamente para oír lo que estaban diciendo. Pero el joven inventor sabía cómo hacerle escarmentar: tenía su venganza preparada.

Cuando el director estuvo lo suficientemente cerca, Jules dejó caer la araña mecánica del bolsillo de su chaqueta. Era la misma que había asustado a su hermano Paul: Jules la había cogido de la mesita de su madre en una

operación de rescate que había llevado a cabo esa misma tarde, antes del acto, y le dio cuerda mientras el director se acercaba. La viuda negra se dirigió directa hacia Mathieu, quien, al verla junto a su pie, dio un brinco y huyó de la sala chillando con los brazos en alto. La poca gente que aún permanecía en el Palacio de Justicia se lo quedó mirando pasmada.

—¿Ese que corre de manera tan ridícula no es el director de la Bonne Tradition? —preguntó estupefacta una señora a la madre de Jules.

La madre asintió y miró suspicaz hacia donde estaba su hijo, que en aquel momento prorrumpió en una carcajada junto a sus tres mejores amigos. Unos pasos más allá, el capitán Nemo contemplaba la escena con seriedad, pero la madre de Jules advirtió que por la comisura de la boca se le escapaba una pequeña sonrisa.